
MITOS DEL FUTURO PRÓXIMO



J. G. Ballard



J.G. Ballard

Título original: Myths of the Near Future

Traducción: Marcial Souto

© 1982 by J.G. Ballard

© 1979 Ediciones Minotauro S.A.

Rambla de Catalunya 62 - Barcelona

ISBN: 84 450 7088-6

Edición digital: Questor

R6 10/02

ÍNDICE

Mitos del futuro próximo

Días maravillosos

Una hueste de fantasías furibundas

Zodiaco 2000

Noticias del sol

Teatro de guerra

El tiempo de los muertos

La sonrisa

La arquitectura de los moteles

Unidad de cuidados intensivos

MITOS DEL FUTURO PRÓXIMO

Al anochecer Sheppard seguía sentado en la cabina del avión varado, indiferente a la marea vespertina que avanzaba por la playa hacia él. Las primeras olas ya habían llegado a las ruedas del Cessna, arrojando contra el fuselaje aguijones de espuma. Infatigables, las aguas nocturnas regaban con efervescencia luminosa la costa de la Florida, como tratando de despertar a los moradores espectrales de los bares y los moteles abandonados.

Pero Sheppard estaba tranquilamente sentado ante los mandos del aparato, pensando en su mujer muerta y en todas las piscinas secas de Cocoa Beach, y en el extraño club nocturno que había vislumbrado esa tarde a través del dosel del bosque que cubría ahora el viejo Centro Espacial. En parte casino de Las Vegas con la llamativa fachada de neón, en parte Petit Trianon - un elegante frontón clásico sostenía el techo de cromo -, el club nocturno se había materializado de repente entre las palmeras y los robles tropicales, más irreal que cualquier estudio cinematográfico. Mientras volaba por encima, a sólo veinte metros del techo espejado, Sheppard casi había esperado ver a la mismísima María Antonieta con un vestido Pepita de Oro, haciendo de lechera ante un público de caimanes inquietos.

Antes del divorcio, curiosamente, Elaine siempre había disfrutado de las expediciones de fin de semana que hacían desde Toronto hasta Algonquin Park, llevando una orgullosa vida silvestre en el lujo cromado de la casa rodante, tan incongruente entre los pinos y los abedules plateados como ese fragmento moderno de un Versailles de neón. Sin embargo, la escena del fantástico club nocturno oculto en el fondo de los bosques de Cabo Kennedy, y la curiosa conducta de sus ocupantes, convencieron a Sheppard de que Elaine estaba aún con vida, y muy probablemente prisionera de Philip Martinsen.

El club nocturno de cromo, construido hacía tal vez unos treinta años por algún ejecutivo de Disneylandia con mentalidad clásica, excitaría el sentido de lo absurdo del joven neurocirujano: un clímax de apropiado mal gusto para los desafortunados sucesos que los habían juntado en los bosques sombríos de la península de la Florida.

Pero Martinsen era tan retorcido que podía haber elegido el club nocturno deliberadamente, como parte de su estudiado esfuerzo para atraer a Sheppard al aire libre. Hacía semanas que rondaba los moteles abandonados de Cocoa Beach, remontando cometas y planeadores, ansioso por hablar con Sheppard pero temeroso de acercarse a él. Desde la seguridad de su dormitorio oscurecido en el Starlight Motel - un grupo de cabañas polvorientas en la costanera - Sheppard lo miraba por una rendija en las persianas dobles. Martinsen esperaba todos los días a que Sheppard apareciese, pero siempre se cuidaba de que hubiese entre ambos una piscina vacía.

Al principio esa obsesión del joven doctor por los pájaros había irritado a Sheppard: todo, desde las cometas - cóndores de cartón hasta las interminables palomas de Picasso dibujadas con tiza en las puertas de las cabañas mientras Sheppard dormía. Incluso ahora, mientras estaba en la playa, en el Cessna lamido por las olas, veía el perfil de una cabeza de serpiente grabado en la arena húmeda, parte de un enorme pájaro azteca sobre el que había aterrizado hacía una hora.

Los pájaros... Elaine se había referido a ellos en la última de sus cartas desde la Florida, pero ésas eran criaturas que volaban dentro de su propia cabeza, mucho más exóticas que cualquier invento de un neurocirujano, quimeras emplumadas y enjoyadas salidas de los paraísos de Gustave Moreau. No obstante, Sheppard había terminado mordiendo el anzuelo, aceptando que Martinsen quería hablar con él, y en sus propios términos. Se obligó a salir del motel, ocultándose detrás de los anteojos de sol más grandes que encontró entre los cientos que cubrían el suelo de la piscina, y fue en auto hasta el aeropuerto de Titusville.

Durante una hora voló en el Cessna alquilado por encima del dosel del bosque, explorando todo Cabo Kennedy en busca de señales de Martinsen y de sus cometas.

Tentado de regresar, voló de un lado a otro por encima de la abandonada zona espacial, tan perturbadora con esas inmensas rampas que no conducían a ningún cielo imaginable, y las plataformas oxidadas como otras tantas muertes apuntaladas dentro de féretros andrajosos. Allí en Cabo Kennedy había muerto una pequeña parte del espacio. Una potente luz esmeralda atravesaba el bosque, como si hubieran encendido un inmenso farol en el corazón del Centro Espacial.

Esa aureola sonora, tal vez la fosforescencia de algún extraño hongo de las hojas y de las ramas, se propagaba hacia afuera, y había llegado ya a las calles del norte de Cocoa Beach y atravesado el Indian River hasta Titusville. Incluso los destartados negocios y casas vibraban con esa misma luz excesiva.

A su alrededor los vientos brillantes eran como las quijadas abiertas de un pájaro de cristal, entre cuyos dientes fulguraba la luz. Sheppard se aferró a la seguridad del dosel del bosque, ladeando el Cessna entre las enormes bandadas de flamencos y oropéndolas que se dispersaban a su paso. En Titusville un patrullero oficial bajaba por uno de los pocos tramos de calle despejada, pero nadie más se sentía tentado de salir de la casa: los pocos habitantes descansaban en los dormitorios mientras el bosque subía por la península de la Florida y los cercaba.

Entonces, casi en la sombra de la plataforma de Apolo 12, Sheppard había visto el club nocturno. Sobresaltado por la fachada de neón, redujo la velocidad del Cessna. Las ruedas rasparon las frondas de las palmeras mientras daba un impulso salvador a la máquina e iniciaba una segunda vuelta.

El club nocturno estaba en un claro del bosque a orillas de un estuario poco profundo del Banana River, cerca de un ruinoso fortín al final de una pista de cemento. El bosque empujaba hacia el club nocturno desde tres lados, una brillante pajarera de pericos y guacamayos, el paraíso de fin de semana de un magnate desaparecido hacía mucho tiempo.

Mientras los pájaros pasaban como balas por delante del parabrisas, Sheppard vio a dos figuras que corrían hacia el bosque, una mujer calva vestida con el sudario gris de la túnica de un hospital seguida por un hombre conocido de tez oscura y el paso firme de un guardián de una cárcel privada.

A pesar de la edad, la mujer se movía ágilmente, y casi parecía que estaba tratando de volar. Aturdida por el ruido del Cessna, envió con las manos blancas una señal distraída a los espantados guacamayos, como si esperara que le prestasen ese plumaje fantástico para cubrirse la piel desnuda del cráneo.

Tratando de reconocer a su mujer en esa figura trastornada, Sheppard giró iniciando otra vuelta, y perdió el rumbo en el laberinto de estuarios y calzadas de cemento que asomaban por debajo del dosel del bosque. Cuando volvió a encontrar el club nocturno redujo la velocidad y se elevó por encima de los árboles, sólo para encontrar el camino bloqueado por una máquina voladora de propulsión a pedal que se había alzado en el aire desde el claro del bosque.

Con el doble del tamaño del Cessna, esa crujiente armazón de película plástica y alambre de piano se balanceaba a derecha e izquierda delante de Sheppard, haciendo todo lo posible por distraerlo. Encandilado por su propia hélice, Sheppard ladeó el aeroplano y se adelantó al planeador, y entrevió por última vez al barbinegro Martinsen pedaleando muy resuelto dentro de esa envoltura transparente, un pez desesperado suspendido del cielo. Entonces, al exceder el Cessna la corriente de aire producida por la hélice, la rama de un roble del bosque le cortó el fuselaje. Las afiladas astas rasgaron el ala de estribor y arrancaron la puerta del acompañante. Aturdido por el aire rugiente, con esfuerzo, Sheppard llevó el aparato de vuelta a Cocoa Beach, y lo hizo aterrizar

pesadamente en la arena húmeda dentro del diagrama de la inmensa ave de rapiña que Martinsen había grabado para él esa mañana.

Las olas entraban en la cabina abierta del Cessna, arrojando contra los tobillos de Sheppard una espuma fría. Se acercaron unos faros por la playa, y un jeep oficial corrió hacia la orilla del agua a cien metros del aeroplano. La joven conductora, de pie, apoyada en el parabrisas, le gritó a Sheppard por encima de los faros.

Sheppard soltó el arnés, resistiéndose todavía a dejar el Cessna. La noche había llegado desde el mar, y cubría ahora el ruinoso pueblo costero, pero todo estaba todavía encendido por esa luminiscencia que había visto desde el aire, un diluvio de fotones que salía del pabellón del bosque donde mantenían prisionera a su mujer. Millones de luces en miniatura, señales que definían los perfiles de un nuevo reino preparado para reorganizarse a su alrededor, decoraban las olas que mojaban la hélice del Cessna, los bares y los moteles vacíos a lo largo de la playa, y las silenciosas plataformas del Centro Espacial. Pensando en el club nocturno, Sheppard miró la oscuridad de luciérnagas que envolvía a Cabo Kennedy. Ya sospechaba que ésta era una primera imagen de un pequeño rincón de la ciudad mágica, un suburbio del mundo intemporal que lo envolvía y lo habitaba.

Reteniendo esa imagen en la mente, forzó la puerta contra la corriente y saltó a las aguas, que lo envolvieron hasta la cintura mientras la noche terminaba de llegar en las olas. A la luz de los faros sintió en los hombros las manos furiosas de Anne Godwin, y cayó de cabeza en el agua. La falda flotándole alrededor de las caderas, Anne lo llevó como un piloto ahogado hasta la playa y lo tendió en la arena cálida mientras el mar embestía los surcos plateados del inmenso pájaro que los abrazaba con las alas.

Pero a pesar de las confusiones del vuelo había al menos podido salir. Tres meses antes, al llegar a Cocoa Beach, Sheppard había forzado la puerta del primer motel que encontró y se había encerrado para siempre en la seguridad de un dormitorio oscurecido. El viaje desde Toronto había sido una sucesión de escalas pesadillescas, largas demoras en estaciones de autobuses semiabandonadas y oficinas de alquiler de automóviles, tediosos viajes en taxi hundido en el asiento trasero protegido por dos pares de anteojos oscuros, la chaqueta echada sobre la cabeza como un fotógrafo victoriano temeroso de su propia lente. A medida que viajaba hacia el sur, internándose en la luz creciente, los paisajes de New Jersey, Virginia y las Carolinas parecían cada vez más fantásticos y opacos, pueblos semideshabitados y carreteras vacías percibidos por un par de retinas descarnadas, inflamadas por el ácido lisérgico. A veces, a través de un aire que parecía un cristal encendido a punto de derretir las polvorientas ventanillas del taxi, tenía la sensación de estar mirando el interior del sol desde una góndola precaria suspendida en el centro del astro.

Ni Toronto, ni su rápida declinación después de divorciarse de Elaine, le habían llamado la atención sobre la verdadera magnitud de su refugio detrás de las propias terminaciones nerviosas. Rodeado por la ciudad abandonada, Sheppard se sorprendió de ser uno de los últimos afectados: arquitecto de apariencia fría, escondía en realidad una fuerte empatía por las enfermedades psicológicas de otras personas. El dolor de cabeza de una secretaria lo llevaba a recorrer, impaciente, los estudios de diseño. A menudo tenía la sensación de que había inventado ese mundo agonizante que lo rodeaba.

Veinte años antes habían aparecido los primeros síntomas de ese extraño malestar, la llamada «enfermedad espacial».

Afectando al principio sólo a una pequeña minoría de la población, echó raíces lentas en los intersticios de las vidas de las víctimas, en los menores cambios de las costumbres y el comportamiento. Se repetía invariablemente el mismo recelo a salir de las casas, el

abandono del trabajo, la familia y los amigos, la aversión por la luz del día, una pérdida gradual de peso y el refugio en un yo vegetativo.

Cuando la enfermedad se extendió más, afectando a uno de cada cien habitantes, la culpa pareció recaer en la destrucción de la capa de ozono que había continuado aceleradamente durante la década del ochenta y la del noventa. Quizá esos síntomas de timidez ante el mundo exterior, y el encierro, no fuesen más que una respuesta de autoprotección frente a los riesgos de la radiación ultravioleta, el equivalente psicológico de los anteojos para sol que utilizan los ciegos.

Pero siempre estaba esa reacción exagerada frente a la luz del sol, las jaquecas intermitentes y las córneas doloridas que insinuaban que la enfermedad tenía un origen nervioso. Estaba el gusto por pasatiempos caprichosos y compulsivos, como el subrayado de palabras obsesivas en una novela, la construcción de problemas aritméticos inútiles en la calculadora de bolsillo, el acopio de fragmentos de programas de televisión en un grabador de video, y las horas dedicadas a proyectar ciertas muecas faciales o tomas de escaleras.

Fue otro síntoma de la «enfermedad espacial», que aparecía en las etapas terminales, el que le dio el nombre popular y ofreció las primeras pistas sobre la naturaleza del mal. Casi sin excepción, las víctimas se convencían de que alguna vez habían sido astronautas. Miles de enfermos yacían en oscurecidas salas de hospital, o en sucios dormitorios de hoteles de segunda, ajenos al mundo que los rodeaba pero seguros de que alguna vez habían viajado por el espacio a Marte y Venus, y caminado junto a Armstrong por la luna.

Todos, en los últimos segundos de lucidez, se ponían tranquilos y serenos y murmuraban como pasajeros amodorrados en el comienzo de una nueva travesía, el viaje de regreso al sol.

Sheppard recordaba el encierro final de Elaine, y su última visita a la clínica de paredes blancas junto al río St. Lawrence. Sólo se habían visto una vez en los dos años que siguieron al divorcio, y él no estaba preparado para la transformación de esa dentista atractiva y segura en una adolescente soñadora que visten para el primer baile. Elaine le sonrió alegremente desde la camilla anónima, una mano blanca tratando de atraerlo a la almohada.

- Roger, pronto nos marcharemos. Nos iremos juntos...

Mientras se alejaba por las calles oscuras, escuchando el murmullo de voces, los fragmentos de una jerga espacial casi olvidada sacada de un centenar de series de televisión, Sheppard sintió que toda la raza humana comenzaba a embarcarse, preparándose para repatriarse al sol.

Recordó su última conversación con el joven director de la clínica, y el cansado gesto de fastidio del médico, dirigido menos a Sheppard que a sí mismo y a su profesión.

- ¿Una técnica radical? ¿Acaso pensará en algo parecido a la resurrección? - Al ver el tic de sospecha que cruzaba la mejilla de Sheppard, Martinsen lo había tomado del brazo en muestra de comprensión. - Lo siento... era una mujer extraordinaria. Hablamos durante horas, de usted ante todo...

En ese rostro menudo, tan intenso como el de un niño desnutrido, brotó una sonrisa fría.

Antes que Sheppard saliese de la clínica el joven médico le mostró las fotografías que le había sacado a Elaine sentada en la silla plegadiza en el jardín del personal de la clínica a principios de ese verano. En esos labios vívidos aparecían ya los primeros indicios de un radiante buen humor, como si esa dentista insolente hubiera estado probando tranquilamente su propio gas hilarante. Era evidente que Elaine había impresionado mucho a Martinsen.

Pero ¿se habría equivocado él de camino, como toda la profesión médica? El tratamiento con electroshocks y la de privación sensorial, las lobotomías parciales y las

drogas alucinatorias, nada de eso parecía dar en el blanco. Siempre era mejor tomar a los locos tal cual eran. Lo que Elaine y las demás víctimas trataban de hacer era explorar el espacio, usando su enfermedad como una metáfora extrema que les serviría para construir un vehículo espacial. La clave estaba en su obsesión por los astronautas. Resultaba curiosa la similitud del mal con los síntomas de introspección que mostraban los astronautas originales en las décadas que siguieron al programa Apolo, el refugio en el misticismo y el silencio. ¿Sería que el viaje al espacio exterior, hasta el hecho de pensar en él y mirarlo en la televisión, resultaba un paso evolucionario forzado de consecuencias imprevisibles, el equivalente de comer un tipo muy especial de fruto prohibido? Quizá, para el sistema nervioso central, el espacio no era de ningún modo una estructura lineal, sino un modelo de una condición temporal avanzada, una metáfora de la eternidad que ellos equivocadamente intentaban comprender...

Mirando hacia atrás, Sheppard se dio cuenta de que durante años había estado esperando que lo afectase el mal, que estaba muy ansioso por que lo alistasen en el inmenso viaje hacia el sol. Durante los meses anteriores al divorcio había observado cuidadosamente los signos característicos: la pérdida de peso y de apetito, el altivo desdén tanto por el personal como por los clientes de su estudio de arquitecto, la resistencia creciente a salir de la casa, las erupciones alérgicas cutáneas que aparecían con sólo estar unos pocos segundos a la luz del sol. Seguía a Elaine en las expediciones a Algonquin Park, y pasaba los fines de semana enteros encerrado en el útero cromado del Airstream, tan parecido a la cápsula de un astronauta.

¿Elaine estaría tratando de provocarlo? Ella odiaba sus distracciones fingidas, su interminable jugueteo con relojes extraños y tonterías arquitectónicas, y especialmente su interés por la pornografía. Ese pasatiempo siniestro había nacido de su peculiar obsesión por los surrealistas, una escuela de pintores que toda su educación y formación mental le habían negado hasta entonces. Por algún motivo se descubría mirando durante horas reproducciones del Turín de Chirico, con sus columnatas vacías y perspectivas invertidas, sus presagios de partida. Luego estaban las dislocaciones de tiempo y espacio de Magritte, los cielos transformados en una serie de bloques rectilíneos, y las anatomías biomorfas de Dalí.

Estas últimas lo habían llevado a esa obsesión por la pornografía. Sentado en el dormitorio oscurecido, las cortinas corridas para detener la luz ponzoñosa del sol que se pegaba a los balcones del condominio, miraba todo el día las películas de video de Elaine en el tocador y en el baño. Interminablemente repetía los primeros planos de ella sentada en el bidet, secándose en el borde de la bañera, examinando con una mueca de esperanza la geometría del pecho derecho. Las imágenes ampliadas de ese enorme hemisferio, las curvaturas achatadas entre los dedos de Sheppard, brillaban contra las paredes y el techo del dormitorio.

Finalmente hasta la tolerante Elaine se rebeló.

- Roger, ¿qué te haces... y qué me haces a mí? Has convertido a este dormitorio en un cine pornográfico, conmigo como estrella. - Le asió el rostro, comprimiendo entre las manos desesperadas veinte años de afecto. - ¡Por Dios, anda a ver a alguien!

Pero Sheppard ya lo había hecho. De cualquier modo, tres meses más tarde era Elaine quien se había marchado.

Aproximadamente en el mismo momento en que él despedía sumariamente a su cansado personal ella hacía sus maletas y se mudaba a la dudosa seguridad de la brillante luz del sol.

Poco después el trauma espacial reclutó a otra pasajera. Sheppard la había visto por última vez en la clínica de Martinsen, pero sólo seis meses después tuvo noticias de su notable recuperación, sin duda una de esas remisiones transitorias que a veces liberaban a los casos terminales del lecho del hospital. Martinsen había abandonado su puesto en la clínica, ante la censura abierta de sus colegas y acusaciones de mal desempeño. Él y

Elaine habían dejado Canadá y se habían mudado al sur, al cálido invierno de la Florida, y vivían ahora cerca del viejo Centro Espacial de Cabo Kennedy. Ella andaba levantada, y salía de la casa, milagrosamente liberada de esas ausencias profundas.

Al principio Sheppard era escéptico y tenía la impresión de que el joven neurocirujano se había obsesionado con Elaine y estaba probando algún tratamiento peligroso y radical en un esfuerzo equívoco por salvarla. Imaginaba a Martinsen raptando a Elaine, levantando de la cama del hospital a esa mujer amodorrada pero todavía hermosa y llevándola al auto y partiendo hacia la luz áspera de la Florida.

Pero Elaine parecía gozar de buena salud. Durante ese período de aparente recuperación le escribió varias cartas a Sheppard, describiendo la belleza oscura, enojada, del bosque exuberante que rodeaba ese vacío hotel con vista al Banana River y a las plataformas oxidadas del abandonado Centro Espacial. Mientras leía la última carta en la inexorable luz primaveral de Toronto, Sheppard tuvo la sensación de que toda la Florida se estaba transformando para Elaine en una inmensa réplica de las grutas cavernosas de Gustave Moreau, una región de palacios opalescentes y animales heráldicos.

»...Ojalá pudieses estar aquí, Roger, este bosque se ha colmado de una intensa luz marina, casi como si las lagunas oscuras que alguna vez cubrieron la península de la Florida hubiesen salido del pasado y nos hubiesen sumergido otra vez. Hay por aquí criaturas extrañas que parecen haber bajado de la superficie del sol. Mientras miraba hacia el río esta mañana, vi efectivamente un unicornio caminando sobre las aguas, las pezuñas con herraduras de oro. Philip ha puesto mi cama junto a la ventana, y aquí estoy sentada todo el día, seduciendo a los pájaros, especies que nunca había visto y que parecen venir de algún extraordinario futuro. Ahora tengo la seguridad de que nunca me iré de aquí. Ayer mientras cruzaba el jardín descubrí que estaba vestida de luz, una envoltura de escamas doradas que salían de mi piel y caían en la hierba resplandeciente. La luz potente del sol hace trucos extraños con el tiempo y el espacio. Estoy verdaderamente segura de que hay aquí una nueva clase de tiempo, un tiempo que de alguna manera viene del viejo Centro Espacial. Cada hoja y cada flor, hasta la pluma que tengo en la mano y las líneas que te escribo, están rodeadas por aureolas propias.

»Ahora todo se mueve muy despacio, pareciera que un pájaro tarda todo el día en atravesar el cielo, comienza como un pequeño y simple gorrión y se transforma en una criatura extravagante tan emplumada y adornada como un pájaro lira. Me alegro de haber venido, aunque Philip estaba atacado en ese momento. Sostiene que venir aquí era mi última oportunidad, recuerdo que decía que debíamos apresar la luz, no temerla. Sin embargo, pienso que ha conseguido más de lo que pretendía, está muy cansado, pobre muchacho. Le asusta que yo me duerma, dice que cuando sueño trato de convertirme en un pájaro. Desperté esta tarde junto a la ventana y él me estaba sosteniendo, como si yo fuese a salir volando para siempre rumbo al bosque.

»Ojalá estuvieses aquí, querido, este es un mundo que los surrealistas podrían haber inventado. Sigo pensando que te veré en algún lugar...»

Junto con la carta había una nota de Martinsen, diciéndole que Elaine había muerto al día siguiente, y que cumpliendo con su voluntad había sido enterrada en el bosque cerca del Centro Espacial. El certificado de defunción estaba refrendado por el cónsul canadiense en Miami.

Una semana más tarde Sheppard cerró el departamento de Toronto y salió hacia Cabo Kennedy. Durante el último año había esperado con impaciencia que lo atacase la enfermedad, dispuesto a llevar a cabo su desafío. Como todos los demás, rara vez salía durante el día, pero cuando veía a través de las persianas esa ciudad vacía, iluminada por el sol, que sólo cobraba vida al anochecer, Sheppard se sentía empujado a realizar toda

clase de actividades nerviosas. Salía al resplandor de mediodía y caminaba entre los bloques de oficinas abandonadas, adoptando poses estilizadas entre las paredes silenciosas. Unos cuantos policías y conductores de taxi muy encapuchados lo miraban como espectros en el piso de un horno. Pero a Sheppard le gustaba jugar con sus propias obsesiones. Siguiendo un impulso corría de un lado a otro en el departamento y levantaba las persianas, transformando las habitaciones en una serie de cubos blancos, otras tantas máquinas para crear una nueva clase de tiempo y espacio.

Pensando en todo lo que había dicho Elaine en la última carta, y decidido a no llorarla todavía, inició ansioso el viaje al sur. Demasiado excitado para conducir él mismo, y cauteloso ante esa luz creciente, se trasladó en autobús, en limousine alquilada y en taxi. Elaine había sido siempre una observadora precisa, y él estaba convencido de que una vez que llegase a la Florida pronto la rescataría de Martinsen y encontraría una tregua para los dos en la eterna quietud del bosque esmeralda.

En realidad sólo encontró un mundo descuidado y ruinoso, en el que no había más que polvo, piscinas secas y silencio.

Al terminar la Era Espacial, hacía treinta años, los pueblos costeros cerca de Cabo Kennedy fueron abandonados a la pujanza de los bosques. Titusville, Cocoa Beach y las viejas plataformas de lanzamiento constituían ahora un área de desastre psíquico, una zona de mal agüero. Hileras de bares y moteles abandonados se asentaban entre el calor, detrás de letreros que parecían juguetes oxidados. Junto a las casas elegantes, en otro tiempo propiedad de controladores de vuelo y de astrofísicos, las piscinas vacías servían como lugar de descanso para insectos muertos y anteojos de sol rotos.

La chaqueta echada sobre la cabeza para protegerse, Sheppard le pagó al intranquilo conductor del taxi. Mientras hurgaba en la billetera estalló a sus pies la maleta sin cerrar, exponiendo el contenido a la mirada burlona del conductor: una reproducción enmarcada de La marcha del verano de Magritte, un proyector portátil de video, dos latas de sopa, una ajada colección de seis números de la revista Kamera Klassic, un puñado de cassettes de video rotulados Elaine/Ducha I-XXV, y una selección de Cronogramas de Marey en edición de bolsillo.

El conductor asintió pensativo.

- ¿Muestras? ¿Qué es todo eso, exactamente... un equipo de supervivencia?

- De un tipo especial. - Ajeno a la ironía en la voz del hombre, Sheppard explicó: - Es la mecha de una máquina del tiempo. Le fabricaré una...

- Demasiado tarde. Hijo... - Esbozando una sonrisa, el conductor subió las ventanillas coloreadas y arrancó hacia Tampa en una nube de polvo vítreo.

Sheppard escogió al azar el Starlight Motel y se instaló en una cabaña intacta que daba sobre la piscina seca, único huésped aparte del viejo perro perdiguero que dormitaba en las escaleras de la recepción. Bajó las persianas y pasó los dos días siguientes descansando en la oscuridad sobre la cama mohosa, con la maleta al lado, el «equipo de supervivencia» que le ayudaría a encontrar a Elaine.

El segundo día, al anochecer, salió de la cama y fue a la ventana a echar una primera mirada atenta a Cocoa Beach.

Entre las láminas de plástico de la persiana observó las sombras que bisecaban la piscina vacía, trazando una diagonal irregular en el suelo inclinado. Recordó las pocas palabras que le había dicho al conductor del taxi. La compleja geometría de ese reloj de sol tridimensional parecía contener los códigos operativos de una máquina del tiempo primitiva, repetida cien veces en todas las piscinas secas de Cabo Kennedy.

Rodeando el motel estaba el ruinoso pueblo costero, donde los parasoles color flamenco de las palmeras que brotaban en las calles y en las aceras rotas protegían del crepúsculo subtropical a los bares y las tiendas abandonadas.

Más allá de Cocoa Beach estaba el Centro Espacial, las plataformas oxidadas como viejas heridas en el cielo.

Mientras las miraba a través del vidrio arenoso, Sheppard tuvo conciencia por primera vez de la curiosa ilusión de que en alguna época había sido astronauta, sentado en el sillón anatómico en la cima del inmenso cohete, vestido con un traje plateado... una idea absurda, pero de algún sitio había venido el recuerdo. A pesar del temor que infundía, el Centro Espacial era atractivo.

Pero ¿dónde estaba el mundo visionario que había descrito Elaine, un mundo colmado de pájaros enjorjados? El viejo perdiguero dorado que dormía debajo del trampolín de la piscina no caminaría nunca por el Banana River con pezuñas de oro.

Aunque rara vez salía de la habitación durante el día - el sol de la Florida le resultaba todavía demasiado fuerte para ensayar un enfrentamiento directo - Sheppard se obligó a reunir los elementos de una vida organizada. Primero, comenzó a cuidar mejor su propio cuerpo. Había estado perdiendo peso durante años, parte de una larga declinación que nunca había tratado de revertir. Delante del espejo del baño se miró el reflejo insípido: los hombros consumidos, los brazos pálidos y las manos inertes, y también el rostro de fanático, con la piel sin afeitar estirada sobre los huesos de la mandíbula y de las mejillas, las órbitas de los ojos como entradas a túneles olvidados dentro de los cuales brillaban dos luces penetrantes. Todo el mundo llevaba una imagen propia que tenía diez años de antigüedad, pero Sheppard sintió que se estaba volviendo viejo y joven al mismo tiempo: sus individualidades pasadas y futuras se habían dado una misteriosa cita en ese dormitorio de motel.

No obstante se obligó a tomar la sopa fría. Necesitaba estar fuerte para manejar un auto, hacer mapas de los bosques y las pistas de Cabo Kennedy, tal vez para alquilar un avión liviano y hacer un reconocimiento aéreo del Centro Espacial.

Al anochecer, cuando el cielo pareció inclinarse y, por fortuna, volcó su carga de nubes ciclámicas en el Golfo de México, Sheppard salió del motel y fue a buscar alimentos en los supermercados y tiendas abandonados de Cocoa Beach.

Algunos de los pobladores más viejos seguían viviendo en las calles laterales cubiertas de hierba, y había todavía un bar abierto a los visitantes infrecuentes. En los autos oxidados dormían las personas indigentes, y de vez en cuando pasaba un vagabundo como un Crusoe esquizofrénico entre las palmeras salvajes y los tamarindos. Ingenieros retirados hacía mucho tiempo del Centro Espacial, rondaban andrajosamente vestidos de blanco las tiendas abandonadas, eternamente vacilando antes de cruzar las calles umbrías.

Mientras salía con un cargador de baterías de un negocio de aparatos eléctricos Sheppard casi chocó contra un antiguo director de misiones que había aparecido con frecuencia en la televisión durante la campaña para impedir la dispersión de la NASA. El rostro embotado, los ojos atravesados por recuerdos de trayectorias olvidadas, parecía uno de esos maniqués de Chirico que tienen dibujadas en la cara fórmulas matemáticas.

- No... - Se apartó tambaleante, y le hizo una mueca a Sheppard, formando con las feroces líneas de fractura del rostro el álgebra de un futuro irrealizable. - Otra vez... diecisiete segundos... - Se alejó vacilando en el anochecer, tocando las palmeras con una mano, preocupado por su cuenta regresiva personal.

En general preferían la soledad, huéspedes crepusculares de los moteles abandonados donde nadie les cobraría nunca un alquiler ni les devolvería los recuerdos. Todos eludían el centro de socorro gubernamental instalado junto a la estación de autobuses. Esa unidad, atendida por una psicóloga de la Universidad de Miami y dos estudiantes graduados, distribuía paquetes de alimentos y de medicinas a los pobladores viejos que dormían en los porches cada día más deteriorados. También tenían la tarea de recoger a los vagabundos y convencerlos de que ingresasen en el hospicio estatal de Tampa.

La tercera tarde, mientras saqueaba el supermercado local, Sheppard notó que esa alerta y joven psicóloga lo miraba por encima del polvoriento parabrisas del jeep.

- ¿Necesita ayuda para violar la ley? - La mujer se acercó y husmeó en la bolsa de Sheppard. - Soy Anne Godwin, hola. Puré de palta, budín de arroz, anchoas, va usted preparado para una fiesta de medianoche. Pero ¿qué tal le caería un bistec? De veras parece que no le vendría mal.

Sheppard trató de hacerse a un lado.

- No tiene de qué preocuparse. Estoy aquí en vacaciones de trabajo... un proyecto científico.

La mujer lo miró con perspicacia. - Sólo otro visitante veraniego... aunque todos tienen un doctorado, los mantenidos de la Era Espacial. ¿Dónde se hospeda usted? Lo llevaremos de vuelta.

Mientras Sheppard luchaba con el pesado paquete, la psicóloga les hizo una seña a los estudiantes graduados, que se acercaron atravesando el pavimento oscurecido. En ese momento un herrumbroso Chevrolet giró entrando en la calle, con un hombre barbudo de sombrero blando al volante.

Bloqueado por el jeep, el hombre se detuvo para dar marcha atrás con el pesado sedán, y Sheppard reconoció al joven médico que había visto por última vez en las escaleras de la clínica de orillas del St. Lawrence.

- ¡Doctor Martinsen! - gritó Anne Godwin soltando el brazo de Sheppard -. Quería hablar con usted, doctor. ¡Espere...! Por esa prescripción que me dio, supongo que ha entrado usted en la menopausia.

Golpeando la palanca de los cambios trabada, Martinsen sólo parecía interesado en eludir a Anne Godwin y sus preguntas. Entonces vio los ojos alerta de Sheppard que lo miraban por encima de la bolsa. Se detuvo y le devolvió la mirada, con la expresión franca y casi impaciente de un viejo amigo que hace tiempo se ha reconciliado con un acto de traición. Se había dejado crecer la barba, como para ocultar alguna enfermedad de la boca o de la mandíbula, pero el rostro parecía casi adolescente y al mismo tiempo envejecido por una fiebre extraña.

- Doctor... he informado... - Anne Godwin llegó junto al auto de Martinsen. El médico intentó, sin demasiado entusiasmo, esconder un manojo no muy bien atado de varillas de bronce para cortinas que llevaba en el asiento de al lado.

¿Estaría planeando adornar el bosque con telas inapreciables?

Antes de que Sheppard pudiera preguntar, Martinsen hizo engranar la palanca de cambios y se alejó velozmente, golpeando la mano extendida de Anne Godwin con el espejo lateral.

Pero al menos ahora sabía que Martinsen estaba allí, y ese breve encuentro le permitió a Sheppard escabullirse sin que Anne Godwin se diese cuenta. Seguido por el viejo perdiguero, Sheppard llevó las provisiones al motel, y los dos saborearon la comida en la oscuridad junto a la piscina vacía.

Ya se sentía más fuerte, confiado en que pronto descubriría el escondite de Martinsen y rescataría a Elaine. La semana siguiente durmió por las mañanas y pasó las tardes reparando el viejo Plymouth que había sacado de un garaje local.

Como suponía, Martinsen pronto hizo otra aparición. Una pequeña cometa, con forma de ave, inició una serie de vuelos regulares en el cielo por encima de Cocoa Beach. La línea plateada desaparecía en algún sitio del bosque al norte del pueblo. La siguieron otras dos en el aire, y el trío se mecía en el cielo sereno, manejado desde el bosque por algún fanático.

En los días siguientes comenzaron a aparecer en las calles de Cocoa Beach otros emblemas ornitológicos, toscas palomas de Picasso dibujadas con tiza en los frentes de madera de las tiendas, en los techos polvorientos de los autos, en el frondoso limo del suelo seco de la piscina del Starlight, todos ellos, presumiblemente, mensajes secretos de Martinsen.

¿El neurocirujano estaría entonces tratando de atraerlo al bosque? Finalmente, cediendo a la curiosidad, Sheppard salió en auto, en las últimas horas de una tarde, hacia el aeropuerto de Titusville. Poco tráfico visitaba esa pista gastada, y un piloto comercial retirado dormitaba en la oficina polvorienta debajo de un cartel que anunciaba viajes de placer por el Cabo.

Tras un breve regateo Sheppard alquiló un Cessna monomotor y despegó hacia el crepúsculo cada vez más suave.

Hizo un reconocimiento cuidadoso del viejo Centro Espacial, y finalmente vio el extraño club nocturno en el bosque, y vislumbró dolorosamente ese horripilante espectro calvo que corría entre los árboles. Entonces Martinsen lo sorprendió con el planeador de propulsión a pedal, claramente decidido a emboscar a Sheppard y obligarlo a aterrizar violentamente en el bosque. Pero Sheppard escapó, y logró llegar de algún modo a Cocoa Beach y a la marea ascendente. Anne Godwin virtualmente lo sacó a la rastra del avión empantanado, pero él se las arregló para tranquilizarla y escabullirse hasta el motel.

Esa noche descansó en la silla junto a la piscina vacía, mirando los videocassettes de su mujer proyectados en la pared del fondo. En algún sitio de esas conjunciones íntimas de carne y geometría, de recuerdos, ternura y deseo, estaba la llave del aire brillante, del tiempo y el espacio nuevos que los astronautas sin saberlo habían revelado allí en Cabo Kennedy, y que él mismo había vislumbrado esa noche desde la cabina del avión sumergido.

Al amanecer Sheppard se durmió, pero dos horas más tarde lo despertó un repentino cambio de luz en el dormitorio oscurecido. Se estaba produciendo un eclipse de sol en miniatura. La luz parpadeó, temblando contra la ventana.

Acostado en la cama, Sheppard vio, proyectado contra las persianas de plástico, el perfil de una cara de mujer de pelo empenachado.

Preparándose para resistir la impaciente luz del sol matutino, y un desagradable ataque fóbico, Sheppard separó las cintas de la persiana. A menos de cien metros de distancia, suspendida sobre las sillas del otro lado de la piscina, flotaba una cometa enorme, capaz de sostener a una persona. Contra el disco del sol se veía la silueta pintada de una figura femenina alada, los brazos abiertos sobre los paneles de lona. La sombra tocaba la persiana plástica a sólo centímetros de los dedos de Sheppard, como si estuviera pidiendo que la dejasen entrar a la seguridad del dormitorio oscurecido.

¿Estaría Martinsen ofreciéndole un vuelo en esa cometa gigante? Protegiéndose los ojos con los anteojos de sol más gruesos, Sheppard salió del cuarto y caminó bordeando la piscina vacía. Era hora de hacerle un modesto desafío al sol.

La cometa colgaba por encima de su cabeza, meciéndose suavemente; el cable plateado desaparecía en la playa, detrás de un cobertizo para botes, a un kilómetro de distancia.

Seguro de sí mismo, Sheppard echó a andar por la costanera. Durante la noche el Cessna había desaparecido, barrido por las olas. Detrás del cobertizo, el que manejaba la cometa estaba recogiendo el cable, y la sombra de la mujer acompañaba a Sheppard, arrastrando a sus pies la larga cabellera emplumada. Ya estaba seguro de que encontraría a Martinsen entre las lanchas abandonadas, retirando el mensaje ambiguo que había enviado al aire feroz.

Casi tropezando en la sombra de la mujer, Sheppard se detuvo para mirar alrededor. Después de tantas semanas y meses eludiendo la luz del día, se sentía indeciso ante esas perspectivas demasiado iluminadas, el mar que le lamía las orillas de la mente chasqueando sobre la playa con lenguas de animal pérfido. Sin prestarle atención, echó a correr por la calle. El que manejaba la cometa había desaparecido, internándose en las calles repletas de palmeras.

Sheppard arrojó los anteojos de sol y miró hacia el aire. Lo sorprendió que el cielo estuviese mucho más cerca de lo que recordaba. Casi parecía vertical, construido con bloques cúbicos de un kilómetro de ancho, la pared de una inmensa pirámide invertida.

Las olas se metían en la arena húmeda a sus pies, cortesanas lisonjeras en ese palacio de luz. La playa pareció inclinarse, la calle invirtió la curva. Se apoyó contra el techo de un auto abandonado para recuperar el equilibrio. Le dolían las retinas, picadas por miles de agujas. De los techos de los bares y moteles abandonados, de los oxidados letreros de neón y del polvo cristalino que había a sus pies salía un resplandor febril, como si todo el paisaje estuviera al borde de la combustión.

El cobertizo para botes se mecía acercándose, inclinando el techo a un lado y a otro. Las puertas cavernosas se abrieron bruscamente, como las paredes de una montaña vacía.

Sheppard dio un paso atrás, cegado durante un momento por las tinieblas, mientras brotaba de las sombras, hacia la arena, la figura de un hombre alado que corrió pasándole por delante, rumbo a la seguridad del bosque cercano. Sheppard vio un rostro barbudo debajo de la cofia emplumada, alas de lona montadas sobre un armazón de madera sujeto a los brazos del hombre. Agitándolas hacia arriba y hacia abajo como un aviador excéntrico, corría entre los árboles, más estorbado que ayudado por esas alas desmañadas, una de las cuales se le rompió a la altura del hombro al atascarse entre las palmeras. Desapareció en el bosque, todavía saltando en un esfuerzo por ascender en el aire con esa única ala.

Demasiado sorprendido para reírse de Martinsen, Sheppard echó a correr detrás de él. Siguió el cable metálico que se desenroscaba detrás del neurocirujano. La enorme cometa había caído sobre el techo de una farmacia cercana, pero Sheppard no le prestó atención y continuó corriendo por las calles estrechas. El cable terminaba bajo la rueda trasera de un camión abandonado, pero Martinsen ya no estaba.

En todas partes había signos de pájaros, dibujados con tiza en las cercas y los troncos de los árboles, centenares de figuras que formaban una pajarera amenazante, como si Martinsen estuviese tratando de intimidar a los moradores originales del bosque y echarlos del Cabo. Sheppard se sentó en el estribo del camión, sosteniendo entre los dedos el extremo roto del cable de la cometa.

¿Por qué usaría Martinsen esas alas ridículas, tratando de convertirse en un ave? Hasta había construido, al final del camino, una tosca trampa para pájaros, suficientemente grande como para encerrar a un cóndor, o a un pequeño hombre alado, una jaula del tamaño de un cobertizo de jardín levantado de un lado con varas de bambú.

Protegiéndose los ojos del resplandor, Sheppard subió a la tapa del motor y trató de orientarse. Había entrado en una parte desconocida de Cocoa Beach, un laberinto de calles invadidas por el bosque. Se había internado bastante en esa zona de luz vibrante que había visto desde el Cessna, el velado farol que parecía expandirse desde el Centro Espacial, iluminando todo lo que tocaba. La luz era más intensa pero más sonora, como si cada hoja fuera la ventana de un horno.

Frente a él, en la hilera de bares y tiendas ruinosos, había una curiosa lavandería automática. Apretada entre un maltrecho bazar y una cafetería abandonada, parecía un templo en miniatura, con un techo de tejas doradas, puertas cromadas y ventanas de vidrios delicadamente grabados. Una intensa luz interior bañaba toda la estructura, que parecía una gruta iluminada por lámparas en una calle de santuarios.

La misma arquitectura fantástica se repetía en las calles cercanas que se perdían en el bosque. A la luz del sol brillaban una tienda de ramos generales, una gasolinera y un lavadero de autos, aparentemente diseñados por un grupo de entusiastas del espacio llegados de Bangkok o de Las Vegas.

Cubiertas por los tamarindos y el musgo negro, las torres doradas y las ventanas metalizadas formaban un suburbio enojado en el bosque.

Sheppard abandonó la búsqueda de Martinsen, que a esa altura podía estar escondido en la cima de una plataforma de lanzamiento de las naves Apolo, y decidió regresar al motel. Se sentía agotado, como si llevase el cuerpo metido en una pesada armadura. Entró en el pabellón al lado de la cafetería, sonriéndole al extravagante interior de esa modesta lavandería automática. Las máquinas de lavar estaban dentro de glorietas de herraje y cristal lustrado, una serie de capillas laterales reservadas para la adoración de la vestimenta de los técnicos espaciales.

Una luz rubí centelleaba alrededor de Sheppard, como si un leve terremoto hiciera vibrar al pabellón. Sheppard tocó la pared vítrea con una mano, y descubrió sorprendido que la palma parecía fundirse con la superficie, como si ambas fuesen imágenes proyectadas en una pantalla. Le temblaban los dedos, un centenar de contornos superpuestos unos sobre otros, le tamborileaban los pies en el suelo, transmitiendo las mismas ondas rápidas por las piernas y las caderas, como si estuviera transformándose en una imagen holográfica, un número infinito de réplicas de sí mismo. En el espejo encima de la mesa metálica de la cajera, ahora un trono bizantino, resplandecía como un arcángel. Levantó de la mesa un pisapapeles de vidrio, joya trémula de vibrante coral que se derramó dentro de su propio mar rojo. El mismo torrente sanguíneo de Sheppard, al fundirse en ese parpadeo de imágenes múltiples, alimentaba la luz rubí que emitían todas las superficies dentro del lavadero automático.

Mirándose las manos translúcidas, Sheppard salió del pabellón y echó a andar por la calle, bajo el sol intenso. Tras las cercas ladeadas veía las piscinas secas de Cocoa Beach, fórmulas geométricas de luz y sombra, pisos oblicuos que cifraban las puertas secretas de otra dimensión. Había entrado en una ciudad de yantras, diales cósmicos hundidos en la tierra delante de cada casa y motel para provecho de devotos viajeros del tiempo.

Las calles estaban vacías, pero oyó detrás unos pasos laboriosos que le resultaron conocidos. El viejo perdiguero se afanaba por la acera, derramando una trémula pelambre dorada. Sheppard lo miró con atención, seguro por un momento de que estaba viendo el unicornio que Elaine le había descrito en la última carta. Se miró las muñecas, los dedos incandescentes. El sol le fijaba en la piel láminas de luz cobriza, le vestía los brazos y los hombros con una armadura de gala. El tiempo se condensaba a su alrededor, mil réplicas de sí mismo salidas del pasado y del futuro habían invadido el presente y le ceñían el cuerpo.

De los hombros le colgaban alas de luz, cubiertas por un plumaje dorado arrancado del sol, espectros renacidos de sus individualidades pasadas y futuras, reclutadas para unirse a él allí en las calles de Cocoa Beach.

Asustada, una vieja miró a Sheppard desde la puerta de una casucha junto al cobertizo de los botes. Se llevó las manos frágiles al pelo teñido de azul, y se encontró transformada de vejestorio arrugado y andrajoso en una potente belleza surgida del olvidado Versailles de su juventud, las mil individualidades de cada día de su vida pasada alegremente alistadas a su lado, encendiéndole las mejillas marchitas y calentándole las manos reseca. Su viejo marido la miró desde la mecedora, reconociéndola por primera vez en décadas, transformado él mismo en un conquistador adormecido a orillas de un océano mágico.

Sheppard saludó con la mano, a ellos y a los mendigos y vagabundos que salían a la luz del sol desde las cabañas y las habitaciones de los moteles, ángeles soñolientos que despertaban entrando cada uno en su propia juventud. El torrente de luz que atravesaba el aire era ahora más lento, las capas de tiempo se superponían unas a otras, las láminas de pasado y futuro se fundían en una sola. Pronto se detendría la marea de fotones, tiempo y espacio quedarían inmóviles para siempre.

Ansiando formar parte de ese mundo magnético, Sheppard alzó las alas y se volvió hacia el sol.

- ¿Trataba de volar?

Sheppard estaba sentado contra la pared, al lado de la cama, rodeando las rodillas con brazos que parecían alas mutiladas. A poca distancia, en el dormitorio en penumbras, estaban los muebles conocidos, las reproducciones de Marey y Magritte fijados en el espejo del tocador, el proyector preparado para ampliar en la pared, encima de su cabeza, el negro rollo de celuloide.

Pero la habitación parecía extraña, un camarote que alguien le había asignado en un misterioso crucero, con esa joven psicóloga tan interesada sentada a los pies de la cama.

Recordó el jeep en la calle polvorienta, los trompetazos del altavoz dirigiéndose a la pareja de ancianos y a los otros vagabundos en el momento en que iban a subir en el aire, una bandada de ángeles. Bruscamente había retornado un mundo aburrido, sus individualidades pasadas y futuras habían huido, se encontró de pie en una calle de bares y casuchas desvencijadas, un espantapájaros con un perro viejo.

Aturcidos, los vagabundos y la pareja de viejos se habían pellizcado las mejillas reseca y desaparecido en los dormitorios oscuros.

Entonces esto era tiempo presente. Sin darse cuenta, había pasado toda su vida en esa zona gris y atormentada.

Pero aún tenía el pisapapeles en la mano. Aunque inerte ahora, al alzarlo a la luz comenzaba a brillar de nuevo, convocando a su lado su breve pasado y su ilimitado futuro.

Sheppard esbozó una sonrisa, recordando las alas translúcidas: una ilusión, desde luego, esa vibración de individualidades múltiples que resplandecía saliéndole de los brazos y de los hombros, como un inmenso plumaje eléctrico.

¿Acaso en algún momento del futuro llegaría a ser un hombre alado, un pájaro de cristal listo para caer en manos de Martinsen? Se vio enjaulado en la trampa para cóndores, soñando con el sol...

Anne Godwin movía la cabeza en silencio. Había dejado de mirar a Sheppard y estudiaba con evidente disgusto las fotografías pornográficas clavadas en las puertas del armario. Sobre esas copias lustrosas había unos diagramas geométricos que ese extraño inquilino del motel había trazado con un lápiz, atravesando los cuerpos de las mujeres que copulaban, una anatomía secundaria.

- ¿Así que esto es su laboratorio? Hace días que lo estamos observando. De todos modos, ¿quién es usted?

Sheppard dejó de mirarse las muñecas, recordando el fluido dorado que había corrido por esas venas ahora apagadas.

- Roger Sheppard. - De pronto agregó: - Soy astronauta.

- ¿De veras? - Como una enfermera preocupada, la psicóloga se sentó en el borde de la cama, tentada de tocar la frente de Sheppard. - Es sorprendente cuántos vienen a Cabo Kennedy... considerando que el programa espacial terminó hace treinta años.

- No ha terminado. - Tranquilamente, Sheppard hizo todo lo posible por corregir a esa mujer atractiva pero confundida. Quería que se fuera, pero ya empezaba a darse cuenta de que podía ser útil. Además, estaba ansioso por ayudarla, y liberarla de ese mundo gris.

- En realidad, hay miles de personas involucradas en un nuevo programa... somos el comienzo de la primera y auténtica Era Espacial.

- ¿No será la segunda? ¿Acaso los vuelos Apolo fueron...?

- Mal interpretados. - Sheppard señaló con un ademán los cronogramas de Marey en el espejo del tocador, las fotos borrosas que mostraban el paso del tiempo, tan parecidas a las imágenes de sí mismo que había visto antes de la llegada de Anne Godwin. - La exploración del espacio es una rama de la geometría aplicada, y tiene muchas afinidades con la pornografía.

- Eso suena siniestro. - La sacudió un leve estremecimiento. - Esas fotografías tuyas parecen la receta de un tipo especial de locura. No debería salir durante el día. La luz del sol le inflama los ojos... y la mente.

Sheppard apretó la cara contra la pared fría, pensando en cómo deshacerse de esa joven psicóloga demasiado interesada. Sus ojos recorrieron las rayas de luz entre las persianas de plástico. Ya no temía el sol, y ansiaba salir de ese cuarto oscuro. El sitio de su individualidad verdadera estaba en el brillante mundo exterior. Allí sentado, se sintió como una imagen estática dentro de un solo cuadro de la película colocada en el proyector que tenía en la mesa de noche. Había una sensación de cuadro fijo en todo lo que tenía que ver con su vida pasada: la infancia y la época de la escuela, McGill y Cambridge, la sociedad de Vancouver, el noviazgo con Elaine parecían otras tantas secuencias pasadas a una velocidad incorrecta. Los sueños y ambiciones de la vida diaria, las pequeñas esperanzas y fracasos, eran esfuerzos por volver a integrar esos elementos separados en un todo único. Las emociones eran las líneas de tensión de esa estirada red de acontecimientos.

- ¿Está usted bien? Pobre hombre, ¿no puede respirar?

Sheppard tomó conciencia de la mano de Anne Godwin que tenía en el hombro. Había cerrado los dedos con tanta fuerza sobre el pisapapeles que el puño se le había puesto blanco.

Aflojó la mano y le mostró a la psicóloga la flor vítrea.

- Hay aquí una arquitectura curiosa - dijo con naturalidad -; gasolineras y lavanderías automáticas como templos siameses. ¿Los ha visto usted?

Anne eludió su mirada. - Sí, al norte de Cocoa Beach.

Pero no me acerco a ese lugar. - De mala gana, agregó: - Hay una luz extraña junto al Centro Espacial, una no sabe si dar crédito a lo que ven los ojos. - Sopesó la flor en la mano pequeña, los dedos todavía magullados por el espejo lateral del auto de Martinsen. - ¿Fue allí donde encontró esto? Es como un fósil del futuro.

- Lo es. - Sheppard tendió la mano y lo recogió.

Necesitaba la seguridad de la pieza, le recordaba el mundo luminoso del que lo había arrancado esa joven. ¿Estaría ella dispuesta a seguirlo? Le miró la frente firme y la nariz de caballete alto, una proa que vencería los vientos del tiempo, los hombros anchos, capaces de sostener un plumaje dorado.

Sintió una necesidad repentina de examinarla, de utilizarla como estrella de su nueva película de video, de explorarle los planos del cuerpo como un piloto que toca los alerones y el fuselaje de un avión desconocido.

Se levantó y fue hasta el ropero. Sin pensar, empezó a comparar la figura desnuda de su mujer con la anatomía de la joven sentada en la cama, los contornos de los pechos y los muslos, los triángulos del cuello y del pubis.

- Oiga, ¿me permite? - La psicóloga se interpuso entre Sheppard y las fotografías. - No me va a agregar a ese experimento suyo. De todos modos, ya viene la policía a investigar lo del avión. Pero ¿qué es todo esto?

- Lo siento. - Sheppard comprendió. Modestamente, señaló los elementos de su «equipo», películas, cronogramas y fotos pornográficas, la reproducción de Magritte. - Es una especie de máquina. Una máquina del tiempo. Funciona con la energía de esa piscina vacía que está ahí afuera. Estoy tratando de construir una metáfora para resucitar a mi mujer.

- Su mujer... ¿cuándo murió?

- Hace tres meses. Pero está aquí, en el bosque, en algún lugar cercano al Centro Espacial. El que vio usted el otro día era su médico. Está tratando de convertirse en un pájaro. - Antes que Anne Godwin pudiese protestar Sheppard la tomó del brazo y la llevó a la puerta de la habitación. - Venga, le mostraré cómo funciona la piscina. No se preocupe, sólo estará afuera diez minutos... el sol nos ha asustado mucho a todos.

Ella lo tomó del codo cuando llegaron al borde de la piscina vacía, mostrando en el rostro los primeros signos de irritación producida por la luz áspera. El suelo de la piscina estaba sembrado de hojas y anteojos de sol descartados; entre todo eso se veía claramente el diagrama de un pájaro.

Sheppard respiraba libremente en el aire dorado. No había cometas en el cielo, pero vio hacia el norte de Cocoa Beach la máquina voladora de propulsión a pedal, alas frágiles que flotaban sostenidas por las corrientes termales.

Bajó por la escalera cromada hasta el fondo seco de la piscina, luego ayudó a bajar a esa joven nerviosa.

- Esto es la clave de todo - explicó, mientras ella lo miraba atentamente, protegiéndose los ojos del terrible resplandor. Él se sentía casi atolondrado, señalando orgulloso la geometría angular de azulejos blancos y de sombra -. Es un motor, Anne, de características únicas. No es ninguna coincidencia que el Centro Espacial esté rodeado de piscinas vacías. - Consciente de una repentina intimidación con esa joven psicóloga, y seguro de que no lo denunciaría a la policía, decidió tomarla por confidente. Mientras bajaban por el suelo inclinado le rodeó los hombros con el brazo. Bajo sus pies crujían las lentes negras de docenas de anteojos de sol descartados, parte de los millares arrojados en las piscinas secas de Cocoa Beach como monedas en una fuente romana.

- Anne, en esta piscina hay una puerta de salida, y estoy tratando de encontrarla, una puerta lateral por la que podremos escapar todos. Esa enfermedad espacial... en realidad tiene que ver con el tiempo, no con el espacio, igual que todos los vuelos Apolo. La vemos como un tipo de locura, pero puede tal vez ser parte de un plan de salvación elaborado hace millones de años, un verdadero programa espacial, una oportunidad para huir a un mundo más allá del tiempo. Hace treinta años abrimos una puerta en el universo...

Estaba sentado en el suelo de la piscina vacía entre los anteojos de sol rotos, la espalda apoyada en la alta pared del fondo, hablando solo mientras Anne Godwin corría subiendo por el piso inclinado a buscar el botiquín que tenía en el jeep. En las manos blancas Sheppard sostenía el pisapapeles de vidrio, cuya flor, alimentada por su sangre y por el sol, ardía en una llamarada roja.

Luego, mientras descansaba con ella en su dormitorio del motel, y durante los días que pasaron juntos en la semana siguiente, Sheppard le habló de su esfuerzo por rescatar a su mujer, por encontrar la clave de todo lo que sucedía alrededor.

- Anne, tira el reloj. Levanta las persianas. Piensa en el universo como una estructura simultánea. Todo lo que ha sucedido alguna vez, todos los hechos que sucederán alguna vez, ocurren al mismo tiempo. Nuestro sentido de la propia identidad, la corriente de cosas que nos rodea, son una especie de ilusión óptica. Nuestros ojos están demasiado juntos. Esos extraños templos en el bosque, los maravillosos pájaros y animales...tú también los has visto. Todos debemos abrazar el sol, quiero que tus hijos vivan aquí, y Elaine...

- Roger... - Anne le apartó las manos del pecho izquierdo. Durante minutos, mientras hablaba, Sheppard le había estado palpando obsesivamente las curvaturas, como un ladrón que trata de encontrar la combinación de una caja fuerte. Ella miró el cuerpo desnudo de ese hombre obsesivo, la piel blanca que alternaba en los codos y en el cuello con zonas oscuras, tostadas por el sol, una geometría de luz y sombra tan ambigua como la de la piscina vacía.

- Roger, hace tres meses que murió. Me mostraste una copia del certificado de defunción.

- Sí, murió - dijo Sheppard -. Pero sólo en un sentido. Ella está aquí, en algún lugar, en el tiempo total. Nadie que haya vivido alguna vez puede verdaderamente morir. Voy a encontrarla, sé que me espera aquí para que la resucite... - Señaló modestamente las fotografías del dormitorio. - Quizá no impresione mucho, pero esto es una metáfora que funcionará.

Durante una semana, Anne Godwin ayudó en lo posible a Sheppard a construir su «máquina». Todo el día se entregaba a la cámara Polaroid, a las películas de su cuerpo que Sheppard proyectaba en la pared encima de la cama, a las interminables posiciones pornográficas en que colocaba los muslos y el pubis. Sheppard miraba durante horas por el ocular de la cámara, como si buscara entre esas imágenes una puerta anatómica, una de las claves en una combinación cuyos otros elementos eran los cronogramas de Marey, las pinturas surrealistas y la piscina vacía allí afuera, al sol cada vez más brillante. Al anochecer, Sheppard la sacaba de la habitación y la hacía posar junto a la piscina vacía, desnuda desde la cintura, una mujer de sueños en un paisaje de Delvaux.

Mientras tanto, el duelo de Sheppard con Martinsen continuaba en los cielos de Cabo Kennedy. Después de la tormenta las olas depositaron en la playa el Cessna hundido, secciones del ala y del estabilizador de cola, partes de la cabina y del tren de aterrizaje. La reaparición del aparato empujó a los dos hombres a una actividad frenética. Los dibujos de pájaros se multiplicaron en las calles de Cocoa Beach, pintados con aerosol en los descascarados frentes de las tiendas. Esbozos de aves gigantescas cubrían la playa, sosteniendo en los talones los fragmentos del Cessna.

Y la luz seguía volviéndose cada vez más brillante, saliendo de las plataformas del centro espacial, encendiendo los árboles y las flores y sembrando en las aceras polvorientas una alfombra de diamantes. Para Anne, esa aureola siniestra que flotaba sobre Cocoa Beach parecía a punto de perforarle las retinas como un hierro candente.

Temerosa de acercarse a las ventanas, se sometió a Sheppard durante esos últimos días. Sólo cuando él intentó asfixiarla, en un esfuerzo confuso por liberarla de la prisión las individualidades pasadas y futuras, huyó del motel y fue a buscar al sheriff a Titusville.

Mientras la sirena del auto de la policía se perdía en el bosque, Sheppard descansó contra el volante del Plymouth.

Había llegado a la vieja calzada de la NASA, del otro lado del Banana River, con el tiempo justo para doblar y meterse en un camino lateral abandonado. Aflojó los puños, incómodamente consciente de que las manos todavía le dolían a causa de la pelea con Anne Godwin. Ojalá hubiera tenido más tiempo para advertir a la joven que estaba tratando de ayudarla, de liberarla de esa carne transitoria y temporal que había acariciado con tanto afecto.

Volvió a poner en marcha el motor y arrancó por el camino, que ya se había transformado en un sendero selvático e irregular. Allí en Merrit Island, casi al alcance de las arrolladoras sombras de las enormes plataformas, el bosque parecía incendiado de luz, un mundo submarino en el que cada hoja y cada rama colgaba ingravida a su alrededor. Reliquias de la primera Era Espacial brotaban de la maleza como espectros excesivamente iluminados: un tanque de combustible esférico metido dentro de una chaqueta de lianas en flor, dispositivos de lanzamiento de cohetes caídos al pie de plataformas abandonadas, un inmenso vehículo con cadenas, de seis pisos de altura, como un hotel de hierro, cuyas huellas formaban dos caminos metálicos dentados que atravesaban el bosque.

Quinientos metros más adelante, cuando el sendero desapareció bajo una caída empalizada de troncos de palmera, Sheppard apagó el motor y salió del auto. Ahora que estaba bien dentro del perímetro del Centro Espacial descubrió que el proceso de fusión temporal estaba aún más avanzado. Las palmeras podridas yacían allí en el suelo, pero vivas otra vez, las intensas volutas de la cáscara encendidas por los años de jade de la juventud, brillando con los tintes cobrizos de su madurez selvática, elegantes dentro de ese mosaico que vestía su avanzada decadencia.

Por una abertura en el follaje Sheppard vio la plataforma de la Apolo 12 que subía entre los robles altos como la hoja de un gigantesco reloj solar. La sombra caía sobre un estuario plateado del Banana River. Recordando el vuelo en el Cessna, Sheppard calculó que el club nocturno estaba a poco más de un kilómetro y medio hacia el noroeste.

Echó a andar por el bosque, saltando de un tronco al siguiente, eludiendo las cortinas de musgo negro que exhibían seductores frescos. Atravesó un pequeño claro junto a un arroyo poco profundo, donde tomaba sol tranquilamente un enorme caimán, rodeado por un resplandor que él mismo generaba, sonriendo satisfecho mientras las quijadas de oro hociaban sus propias individualidades pasadas y futuras. Del humus mojado brotaban helechos vívidos, hojas adornadas estampadas en metal, capas y capas de cobre y verdín fijadas en un mismo proceso. Hasta la modesta hiedra terrestre parecía haberse cebado con los cadáveres de los astronautas desaparecidos hacía mucho tiempo. Ese era un mundo alimentado por el tiempo.

En los árboles había dibujos de signos ornitológicos, palomas de Picasso garabateadas en cada tronco como si un laborioso empresario de mudanzas estuviera preparando a todo el bosque para el vuelo. Había trampas enormes, tendidas en los claros estrechos y evidentemente calculadas para cazar algo que no era un pájaro. De pie junto a uno de esos cestos sostenidos por varitas, descubrió que todos miraban hacia las plataformas de Apolo. Así que ahora Martinsen no estaba asustado de Sheppard sino de una criatura aérea a punto de salir del corazón del Centro Espacial.

Sheppard arrojó una rama suelta al sensible soporte de la trampa. La varita de bambú saltó como un resorte, y el pesado cesto cayó al suelo en una nube de hojas, despidiendo una onda luminosa que reverberó entre los árboles. Casi al mismo tiempo se produjo una ráfaga de actividad en un matorral de palmitos resplandecientes a cien metros de distancia. Mientras Sheppard esperaba, oculto detrás de la trampa, se acercó una figura corriendo, un hombre barbudo vestido con un andrajoso disfraz de pájaro, una mezcla de Crusoe y guerrero indio, plumas brillantes de guacamayo atadas a las muñecas y gafas de aviador en la frente.

Se acercó de prisa a la trampa y la miró como aturdido.

Aliviado de encontrarla vacía, se apartó de los ojos las plumas harapientas y observó las copas de los árboles, como si esperase ver a su presa posada en una rama cercana...

- ¡Elaine...! El grito de Martinsen fue un quejido patético. Sin saber bien cómo calmar al neurocirujano, Sheppard se puso de pie.

- Elaine no está aquí, doctor...

Martinsen dio un paso atrás, el rostro barbudo tan menudo como el de un niño. Miró a Sheppard, casi sin poder controlarse. Sus ojos recorrían en suelo y el follaje incandescentes, y se sacudía nerviosamente los bordes borrosos de los dedos, aterrorizado sin duda por esos fantasmas de sus otras individualidades que ahora llevaba adheridas. Le hizo un gesto de advertencia a Sheppard, señalando los perfiles múltiples de sus brazos y piernas que formaban una armadura resplandeciente.

- Sheppard, no se detenga. Oí un ruido... ¿ha visto usted a Elaine?

- Está muerta, doctor.

- ¡Hasta los muertos pueden soñar! - Martinsen asintió con la cabeza; el cuerpo le temblaba como si tuviera fiebre.

Señaló las trampas para pájaros. - Sueña con volar. Las he puesto aquí para atraparla si intenta huir.

- Doctor... - Sheppard se acercó al exhausto médico. - Déjela volar, si ella quiere, déjela soñar. Y déjela despertar...

- ¡Sheppard! - Martinsen retrocedió, espantado de la mano eléctrica que Sheppard tendía hacia él. - ¡Está tratando de volver de la muerte! Antes que Sheppard pudiese alcanzarlo, el neurocirujano dio media vuelta. Se acomodó las plumas y se lanzó entre las palmeras, y con un grito de dolor y de rabia desapareció en el bosque.

Sheppard dejó que se fuera. Ahora sabía por qué Martinsen había remontado esas cometas, y llenado el bosque con imágenes de aves. Había estado preparando todo el Centro Espacial para Elaine, transformando la selva en una pajarera donde ella pudiese sentirse cómoda. Aterrorizado por la visión de esa mujer aparentemente alada que

despertaba del lecho de muerte, abrigaba ahora la esperanza de poder mantenerla de algún modo dentro del reino mágico del bosque de Cabo Kennedy.

Sheppard dejó las trampas y echó a andar entre los árboles, los ojos clavados en las enormes plataformas que ahora estaban a sólo unos pocos cientos de metros de distancia. Sentía los vientos del tiempo rozándole la piel, fijándole las otras individualidades en los brazos y los hombros, la transformación de sí mismo, otra vez, en aquel ser angelical que se paseaba por las calles ruinosas de Cocoa Beach. Atravesó una rampa de cemento y entró en una zona más densa del bosque, un mundo esmeralda decorado con frescos extravagantes, un palacio sin muros.

Casi había dejado de respirar. Allí, en el centro del área espacial, sentía que el tiempo se engullía rápidamente a sí mismo. Los infinitos pasados y futuros del bosque se habían fundido. Un perico de cola larga se detuvo entre las ramas sobre su cabeza, un emblema eléctrico de sí mismo más espléndido que un pavo real. Una serpiente enjoyada colgaba de una rama, reuniendo sobre el cuerpo todas las pieles bordadas que había mudado alguna vez.

Un estuario del Banana River se deslizaba entre los árboles, una lengua de plata que descansaba pasivamente a sus pies. En la orilla, a cincuenta metros de distancia, estaba el club nocturno que había visto desde el Cessna, la fachada luminosa encendida contra el follaje.

Sheppard vaciló en la orilla del agua, y luego pisó la superficie dura. Sentía bajo los pies las arrugas frágiles, como si caminara por un piso de cristal escarchado. Sin tiempo, nada podía perturbar el agua. En la hierba de cuarzo al pie del club nocturno había comenzado a levantarse del suelo una bandada de oropéndolas. Estaban silenciosamente suspendidas en el aire, los abanicos de oro iluminados por el sol.

Sheppard saltó a tierra y subió por la cuesta hacia ellas. Una mariposa gigante desplegaba contra el aire las alas de arlequín, detenida en pleno vuelo. Sheppard la eludió y caminó a pasos largos hacia la entrada del club nocturno, donde estaba posado en la hierba el planeador de propulsión a pedal, la hélice como una espada brillante. Un pájaro desconocido se agazapaba en el follaje, una rara especie de quetzal o de tucán que hasta hacía poco había sido un modesto estornino. Miraba la presa, un pequeño lagarto subido en los escalones, transformado ahora en una confiada iguana acorazada por la suma de sus individualidades. Como todo el bosque, ambos animales eran ahora criaturas ornamentales vaciadas de toda malignidad.

Por las ventanas de cristal Sheppard espió el interior de la glorieta resplandeciente del club nocturno. Era evidente que ese exótico pabellón no había sido en otro tiempo más que la casa del guardabosque, el escondite de fin de semana de algún aficionado a las aves, transformado por la luz de la suma de sus identidades en ese casino en miniatura.

Las mágicas puertas ventanas permitían ver una sala pequeña pero opulenta, un círculo de sillas muy bien tapizadas junto a una cocina que parecía la capilla lateral de una catedral de cromo. Contra la pared del fondo había una hilera de jaulas en desuso, abandonadas allí hacía años por un ornitólogo local.

Sheppard abrió las puertas y entró en ese ambiente viciado. A su alrededor flotaba un olor rancio y desagradable, no el olor de pájaros sino el del cadáver de algún animal guardado demasiado tiempo al sol.

Detrás de la cocina, y parcialmente oculta en las sombras que arrojaban las pesadas cortinas, había una jaula grande de bruñidos barrotes de bronce. Se apoyaba en una plataforma estrecha, y tenía un extremo tapado por un paño de terciopelo, como si un prestidigitador distraído hubiese estado a punto de realizar un complejo truco con la ayuda de la asistente y de una bandada de palomas.

Sheppard atravesó la habitación, cuidando de no tocar las sillas resplandecientes. La jaula encerraba un estrecho catre de hospital, y los paneles laterales estaban ajustados y asegurados con cerrojos. Acostada en el colchón raso había una mujer vieja vestida con

una bata. La mujer miraba con ojos débiles las barras que tenía por encima de la cara, el pelo oculto dentro de una toalla blanca firmemente envuelta alrededor de la frente. Una mano artrítica había asido la almohada, de manera que la barbilla le resaltaba como un cincel. La boca estaba abierta en un bostezo de muerte, un feo rictus que le descubría los dientes sorprendentemente uniformes.

Mientras miraba la piel cerosa de ese rostro en otra época tan conocido, parte de su vida durante tantos años, Sheppard pensó primero que estaba viendo el cadáver de su madre. Pero al retirar el paño de terciopelo la luz del sol tocó las fundas de porcelana de aquellos dientes.

- Elaine...

Ya había aceptado que ella estaba muerta, que había llegado tarde a ese mausoleo provisorio donde el apesadumbrado Martinsen había conservado el cuerpo, encerrándolo en esa jaula mientras se esforzaba por atraer a Sheppard al bosque.

Metió la mano entre los barrotes y le acarició la frente.

Los dedos nerviosos desajustaron la toalla, descubriendo la cabeza calva. Pero antes de que pudiese reacomodarle en el cráneo esa tela gris, sintió que algo le asía la muñeca. La mano derecha de Elaine, una garra de palillos nudosos en los que había expirado toda sensibilidad hacía mucho tiempo, se movió y le tomó la suya. Los ojos débiles miraron serenamente a Sheppard, reconociendo sin ninguna sorpresa a ese joven marido. Los labios descoloridos se movieron sobre los dientes, examinando las superficies pulidas, como si estuviera identificándose cautamente.

- Elaine... he venido. Te llevaré... - Al intentar calentarle la mano, Sheppard sintió un enorme alivio, la seguridad de que todo el dolor y la incertidumbre de los últimos meses, la búsqueda de la puerta secreta, no habían sido vanos. Sintió una corriente de afecto por su mujer, una necesidad de dar salida a todas las emociones guardadas que no había podido expresar desde la muerte de ella. Había allí mil y una cosas para contarle, acerca de sus planes para el futuro, de su salud irregular y, sobre todo, la larga búsqueda de ella a través de todas las piscinas vacías de Cabo Kennedy.

Veía el planeador afuera, el extraño pájaro que custodiaba la ahora resplandeciente cabina, una aureola en la que podrían volar juntos. Tanteó la puerta de la jaula, confundido por el fulgor casi fúnebre que había comenzado a emanar del cuerpo de Elaine. Pero cuando ella se movió y se tocó la cara una luz cálida le cubrió la piel gris. Se le estaba ablandando el rostro, las puntas huesudas de la frente desaparecieron bajo sienes lisas, la boca perdió la mueca de muerte y se transformó en el arco reluciente de la joven estudiante que él había visto por primera vez hacía veinte años, sonriéndole desde el otro lado de la piscina del club de tenis. Volvía a ser una niña, el cuerpo reseco inundado e irrigado por las individualidades anteriores, una escolar vivaz animada por las imágenes de su pasado y de su futuro.

Elaine se incorporó, sacándose con dedos fuertes el gorro mortuario que llevaba en la cabeza, y con un movimiento se soltó las trenzas húmedas de cabello plateado. Tendió las manos hacia Sheppard, tratando de abrazar al esposo a través de los barrotes de la jaula. Ya tenía los brazos y los hombros vestidos de luz, ese plumaje eléctrico que él mismo llevaba ahora puesto, amante alado de esa alada mujer.

Mientras sacaba los cerrojos de la jaula, Sheppard vio que las puertas del pabellón se abrían al sol. Martinsen estaba de pie en la entrada, mirando el aire brillante con la expresión átona de un sonámbulo despertado de un sueño oscuro. Se había quitado las plumas, y ahora tenía el cuerpo vestido con una docena de imágenes fulgurantes de sí mismo, refracciones del pasado y el presente vistas a través del prisma del tiempo.

Gesticulaba tratando de advertirle a Sheppard que se alejase de su mujer. Sheppard estaba ahora seguro de que el médico había vislumbrado el tiempo de los sueños, mientras lloraba a Elaine en las horas que siguieron a su muerte. La había visto revivir

entre los muertos, mientras las imágenes de su pasado y de su juventud acudían a rescatarla, convocadas por las fuerzas invisibles del Centro Espacial.

Temía la jaula abierta, y el espectro de esa mujer alada que se alzaba de sus propios sueños en el borde de la tumba, llamando a la legión de sus individualidades pasadas para que la resucitasen.

Confiado en que Martinsen pronto entendería, Sheppard abrazó a su mujer y la levantó del lecho, ansioso por dejar a esa joven huir a la luz del sol. ¿Podría todo eso haber estado esperándolos a la vuelta de las invisibles esquinas de sus vidas pasadas? Sheppard se quedó junto al pabellón, mirando hacia ese mundo silencioso. Un mar de ámbar, casi tangible, flotaba sobre los bancos de arena de Cabo Kennedy y Merrit Island. Un dosel de aire diamantino colgaba de las plataformas Apolo, cubriendo el bosque.

En el río, allá abajo, centellearon unos movimientos.

Una mujer joven corría por la superficie del agua, y el pelo plateado le flotaba detrás como alas que empiezan a desplegarse. Elaine estaba aprendiendo a volar. La luz de los brazos abiertos brillaba en el agua y moteaba las hojas de los árboles que pasaban a su lado. Llamó a Sheppard por señas, invitándolo a acompañarla, una niña que era tanto su madre como su hija.

Sheppard caminó hacia el agua. Pasó entre la bandada de oropéndolas suspendidas encima de la hierba. Cada uno de los pájaros inmóviles se había transformado en una joya apretada, deslumbrada por su propio reflejo. Tomó uno de los pájaros en el aire y le alisó el plumaje, buscando la misma clave que había tratado de encontrar cuando acariciaba a Anne Godwin.

Sintió las palpitaciones del ave en las manos, un universo emplumado que temblaba alrededor de un solo corazón.

El pájaro se estremeció y se animó, como una flor liberada de las cápsulas. Le saltó de los dedos, un torrente de imágenes de sí mismo entre las ramas. Contento de liberarlo, Sheppard tomó las oropéndolas del aire y las acarició una por una. Liberó la mariposa gigante, el quetzal y la iguana, las polillas y los insectos, los helechos y los palmitos de la orilla, congelados, encerrados en el tiempo.

Por último liberó a Martinsen. Abrazó al desvalido doctor, buscando los músculos fuertes del joven estudiante y los huesos sabios del viejo médico. En un repentino instante de reconocimiento, Martinsen se encontró a sí mismo, la juventud y la vejez fundidas en las geometrías abiertas del rostro, esa cita feliz de sus individualidades pasadas y futuras. Dio un paso atrás, apartándose de Sheppard, las manos alzadas en un saludo generoso, luego corrió por la hierba hacia el río, ansiando ver a Elaine.

Satisfecho, Sheppard fue a unirse a ellos. El bosque pronto volvería a cobrar vida, y podrían regresar a Cocoa Beach, a ese motel donde Anne Godwin yacía en el dormitorio oscurecido. De allí seguirían, a los pueblos y ciudades del sur, a los niños sonámbulos de los parques, a los padres y madres que soñaban embalsamados en las casas, esperando que los despertasen del presente y los llevasen al reino infinito de sus individualidades repletas de tiempo.

DÍAS MARAVILLOSOS

JULIO 3, 1985, HOTEL IMPERIAL, PLAYA INGLATERRA, LAS PALMAS

Llegamos hace una hora, después de un vuelo asombroso. Por alguna razón misteriosa el ordenador de Gatwick nos otorgó asientos de primera clase, a nosotros y a una asustada dentista de Bristol, a su marido y a sus tres niños. Richard, siempre temeroso de volar, se aprovechó ampliamente del champagne gratuito, y antes que las

ruedas dejaran la pista ya estaba a diez kilómetros de altura. He señalado con una cruz nuestro balcón en el piso veintisiete. Este es un sitio extraordinario, a unos treinta kilómetros al sur de Las Palmas y sobre la costa, un complejo turístico flamante con todos los entretenimientos imaginables, que se pueden concertar con sólo apretar el botón que está al lado de la cama. ¡Ahora mismo voy a pedir una hora de esquí acuático, seguida de masajes suecos y peluquero! Diana.

JULIO 10, HOTEL IMPERIAL

¡Una semana increíble! Nunca había vivido tanta excitación en tan pocos días: tenis, buceo, esquí acuático, fiestas y fiestas. Todas las noches salimos en grupo a las boites y a los cabarets de la playa, y terminamos en uno de los cinco clubes nocturnos del hotel. Casi no he visto a Richard. El apuesto caballero de la foto es lo que llaman el Animador de la Playa, un hombre extremadamente inteligente que ha sido experto en relaciones públicas y abandonó todo eso hace dos años y desde entonces está aquí. Esta tarde me enseñará a practicar aladeltismo. ¡Deséame un feliz aterrizaje! Diana.

JULIO 17, HOTEL IMPERIAL

Los tiempos de arena se acaban. Sentada aquí en el balcón, mirando cómo Richard esquía con paracaídas en la bahía, me cuesta pensar que mañana estaremos en Exeter. Richard jura que de lo primero que se ocupará será de hacer la reserva para las próximas vacaciones. Verdaderamente, esto ha sido un acierto asombroso: quién sabe cómo se las arreglan con lo que cobran; se habla de una subvención del gobierno español. En cierto modo todo se debe a la organización, tan discreta y sofisticada: nada de Butlins, aunque está en manos de ingleses y todos nosotros, curiosamente, venimos del sureste de Londres. ¿Te das cuenta de que Richard y yo hemos estado tan ocupados que en ningún momento nos hemos molestado en visitar Las Palmas? (Noticia de último momento: ¡Mark Hastings, el Animador de la Playa, acaba de mandar orquídeas a la habitación!) Mañana te hablaré de él, y te contaré todo.

Diana.

JULIO 18, HOTEL IMPERIAL

¡Sorpresa! Otra vez ese ordenador. Aparentemente ha habido un lío en la terminal de Gatwick, y nuestro avión, con suerte, no estará aquí antes de mañana. Richard anda bastante preocupado por no haber podido llegar hoy a la oficina. Se nos han acabado los últimos cheques de viajero pero por fortuna la gente del hotel se ha portado maravillosamente, gracias en gran medida a los buenos oficios de Mark. No sólo no nos cobrarán recargo sino que el conserje nos ha dicho que nos podrán adelantar encantados todo el dinero que necesitemos. Qué te parece... Igual es una pequeña desilusión. Esta tarde, por primera vez, caminamos juntos por la playa. No me había dado cuenta del tamaño de este complejo turístico: se extiende kilómetros y kilómetros por la costa, y la mitad está todavía en construcción. Por todas partes llegaba del aeropuerto, en autobuses, gente de Sheffield y Manchester y Birmingham; a la media hora nadaban y esquaban, descansando en el borde de cientos de piscinas con sus Camparis comprados en el avión. Verlos desde afuera, como quien dice, es bastante extraño. Diana.

JULIO 25, HOTEL IMPERIAL

Todavía seguimos aquí. El cielo está repleto de aviones que vienen de Gatwick y de Heathrow, pero aparentemente ninguno es el nuestro. Hemos esperado todas las mañanas en la recepción con las maletas preparadas, pero el autobús del aeropuerto no llega nunca. Después de aproximadamente una hora el conserje nos anuncia que el vuelo ha sido postergado y nos resignamos a otro día de piscina, tragos y esquí acuático a

cargo del hotel. Los primeros días fue bastante divertido, aunque Richard andaba enojado y deprimido. La compañía para la que trabaja es una de las principales abastecedoras de la Leyland, y si cae el hacha los gerentes intermedios son los primeros en sentirla. Pero el hotel nos ha dado un crédito ilimitado, y Mark dice que mientras no nos excedamos lo más probable es que nunca se molesten en cobrarnos lo prestado.

Buenas noticias: la empresa acaba de telegrafiarle a Richard para decirle que no se preocupe. Apparently han quedado hordas de personas atrapadas de la misma manera. Un alivio inmenso: he querido llamarte por teléfono, pero hace días que todas las líneas telefónicas están bloqueadas. Diana.

AGOSTO 15, HOTEL IMPERIAL

¡Tres semanas más! Risas histéricas en el paraíso... de eso están llenos los diarios ingleses que llegan aquí en avión, sin duda te habrás enterado de que se realizará una investigación oficial. Apparently, en vez de llevarse de vuelta a la gente desde las Canarias, las líneas aéreas han estado mandando los aviones al Caribe para recoger el tráfico norteamericano que vuelve de las vacaciones. Los pobres británicos nos vemos entonces detenidos indefinidamente en este lugar. Hay literalmente cientos de compatriotas en el mismo bote. Lo más asombroso de todo es que una se acostumbra. La gente del hotel es un verdadero encanto, nos ha solucionado todos los problemas, ingeniándose para organizar entretenimientos de todo tipo. Hay un cabaret muy politizado, y un equipo arqueológico submarino va a rescatar una carabela española del fondo del mar. Para pasar el tiempo me he metido en un grupo de teatro amateur que piensa representar *The Importance of Being Ernest*. Richard toma todo con una tranquilidad sorprendente. Quise despachar esto desde Las Palmas, pero no viaja hacia allí ningún autobús, y cuando Richard y yo salimos a pie nos perdimos en un laberinto de construcciones nuevas. Diana.

SETIEMBRE 5, HOTEL IMPERIAL

Todavía sin novedades. El tiempo transcurre como un sueño. La gente, perpleja, se apiña todas las mañanas en la recepción del hotel, tratando de conseguir noticias sobre el vuelo de regreso. En general todo el mundo está tomando esto con una calma sorprendente, mostrando ese auténtico espíritu británico. La mayoría, como Richard, es personal de dirección de industrias, pero las firmas, gracias al cielo, se han portado maravillosamente, y nos han cableografiado a todos para que regresemos cuando podamos. Richard comenta cínicamente que con los presentes niveles de estancamiento industrial, y con el gobierno haciéndose cargo de las consecuencias, tal vez se alegren de tenernos aquí.

Francamente, yo estoy demasiado ocupada con cien y una actividades para preocuparme: hay una especie de minirenacimiento de las artes. Saunas mixtas, clases de cordon bleu, grupos de encuentro, el teatro, naturalmente, y biología marina. Entre paréntesis, nunca conseguimos llegar a Las Palmas. Richard alquiló ayer un bote de pedal y salió costa arriba. Apparently están dividiendo toda la isla en una serie de inmensos complejos turísticos autónomos: reservas humanas, los llamó Richard. Él calcula que ya hay aquí un millón de personas, en su mayoría trabajadores ingleses del norte y del centro. Algunos apparently están aquí desde hace un año, viviendo bastante contentos, aunque sin disfrutar ni siquiera remotamente de nuestras comodidades. Ensayo general esta noche. Imagíneme en el papel de Lady Bracknell: resulta humillante que no exista otra persona suficientemente madura para representar el papel, todos andan por los veinte y los treinta, pero Tony Johnson, el director, un ex especialista en estadísticas de la ICI, me trata con extraordinaria dulzura. Diana.

OCTUBRE 6, HOTEL IMPERIAL

Sólo una breve tarjeta. Se produjo una crisis esta mañana cuando Richard, que había andado de muy mal humor en los últimos tiempos, chocó finalmente con la gerencia del hotel.

Cuando llegué a la recepción después de la clase de conversación en francés, encontré allí una enorme cantidad de gente que se había reunido para oír cómo le gritaba al personal del hotel. Estaba muy excitado, pero era de una lógica inflexible dentro de su locura, exigiendo un taxi (aquí no hay ninguno, nadie va a ninguna parte) que lo llevase a Las Palmas. Al ver que eso era imposible, insistió en que le dejaran llamar al gobernador de las islas, o al cónsul suizo. Mark y Tony Johnson legaron entonces con un médico. Se produjo un momento de forcejeo desagradable, y finalmente lo llevaron a nuestra habitación. Pensé que había quedado completamente extenuado, pero media hora más tarde, cuando salí de la ducha, había desaparecido. Ojalá se esté refrescando en algún sitio. La administración del hotel se ha portado maravillosamente, pero me sorprendió que nadie tratase de intervenir. Todos observaron la escena con ojos vidriosos, y volvieron a la piscina. A veces pienso que no tienen prisa por irse a casa. Diana.

NOVIEMBRE 12, HOTEL IMPERIAL

Hoy ocurrió un hecho extraordinario: vi a Richard por primera vez desde que se fue. Yo iba por la playa, practicando mis ejercicios matutinos y allí estaba él, sentado debajo de una sombrilla. Se lo veía muy bronceado y saludable, pero mucho más delgado. Con voz tranquila me contó una historia absurda sobre la construcción en todo el territorio de las Canarias, por los gobiernos de Europa occidental en combinación con las autoridades españolas, de una especie de campo permanente de vacaciones para sus desocupados, no solamente los obreros de las fábricas sino la mayoría del personal de dirección. Según Richard están construyendo una playa para los franceses del otro lado de la isla, y otra para los alemanes. Y las Canarias son sólo uno de los muchos lugares alrededor del Mediterráneo y del Caribe. Una vez instalados allí, a los turistas no se les permitirá regresar, por miedo a que inicien revoluciones. Traté de discutir con él, pero se levantó con naturalidad y dijo que iba a formar un grupo de resistencia, y luego se alejó caminando por la playa. El problema es que no ha encontrado nada en que ocupar la mente: ojalá hubiera entrado en nuestro grupo de teatro. Ahora ensayamos *The Birthday Party* de Pinter. Diana.

ENERO 10, 1986, HOTEL IMPERIAL

Un día triste. Tuve la intención de mandarte un telegrama, pero he estado demasiado ocupada. Richard fue enterrado esta mañana, en el nuevo cementerio internacional que hay en las colinas sobre la bahía. Señalé el sitio con una X. Lo vi por última vez hace dos meses, pero supongo que se habrá estado moviendo por la isla, viviendo en los hoteles en construcción y tratando sin éxito de organizar su grupo de resistencia.

Hace unos pocos días aparentemente robó una lancha de motor que no estaba en condiciones de navegar y salió hacia las costas de África. Su cuerpo fue depositado ayer por las aguas en una de las playas francesas. Desgraciadamente habíamos dejado de vernos del todo, aunque siento que la experiencia me ha dado un grado de perspicacia y madurez que aprovecho muy bien cada vez que interpreto a Clitemnestra en *Electra*, la nueva producción de Tony. Él y Mark Hastings han sido pilares de fortaleza. Diana.

JULIO 3, 1986, HOTEL IMPERIAL

¿De veras hace un año que estoy aquí? Hasta tal punto he perdido el contacto con Inglaterra que me cuesta recordar cuándo te mandé la última postal. Ha sido un año del más maravilloso teatro, de papeles que en otras épocas jamás habría soñado representar, y de públicos tan leales que no sé si soporto la idea de abandonarlos. Los hoteles están colmados ahora, y todas las noches hacemos funciones de teatro lleno. Hay tanto que

hacer aquí, y todo el mundo está tan satisfecho que rara vez encuentro tiempo para pensar en Richard. Mucho me gustaría que estuvieses aquí, con Charles y los chicos... aunque probablemente estén, en uno de los miles de hoteles de la playa. Los correos son tan poco confiables, a veces pienso que ninguna de las postales que te he escrito te ha sido entregada, sino que están todas mezcladas con otro millón de postales en los sótanos de la sucia oficina de correos detrás del hotel. Cariños a todos. Diana.

UNA HUESTE DE FANTASÍAS FURIBUNDAS

No mires ahora, pero detrás de nosotros están sentados una joven extraña y su compañero, un hombre mayor. Todos los jueves por la tarde salen del casino y vienen aquí al café del Hotel de París, y escogen las mismas dos mesas cerca del quiosco de revistas. Si te inclinas hacia adelante podrás verla a ella en el espejo, la muchacha alta y elegante de mirada imperturbable y ese andar característico de las jóvenes ricas que han sido criadas por monjas.

El hombre está detrás, ese sujeto de aspecto ruinoso y cara que alguna vez fue atractiva, por lo menos veinte años mayor que ella, aunque quizá te parezcan treinta. Lleva el mismo traje gris y la misma corbata plateada, caros pero inadecuados, como si acabaran de dejarlo salir de una clínica para asistir a una boda. Sus ojos siguen a las secretarias que vuelven del almuerzo, evidentemente soñando con una fuga.

Si uno observa su mirada triste, en la que no falta cierta dignidad, sólo puede llegar a la conclusión de que Montecarlo es un tipo especial de cárcel.

¿Ahora los has visto? Entonces coincidirás en que cuesta creer que esos dos estén casados, y hayan incluso alcanzado una unión estable, aunque bastante especial y gobernada por una serie de rituales complejos. Una vez a la semana ella lo lleva de Vence a Montecarlo en la limousine, ese Cadillac dorado estacionado del otro lado de la plaza. Después de media hora salen del Casino, donde él ha jugado a la ruleta los pocos francos que le han dado. En el quiosco de este café ella le compra siempre la misma revista barata, una de esas horrendas publicaciones sensacionalistas sobre criadas y sus Príncipes Azules, y luego, sentados en mesas separadas, ella se queda sorbiendo su limón exprimido. Mientras tanto él devora la revista como un niño. Los ademanes de ella son el epítome de una tranquila seguridad interior, de la más vigorosa salud mental.

Pero hace sólo cinco años, como médico responsable de su caso, la vi de una manera muy diferente. En verdad, es casi inconcebible que ésta sea la misma joven que conocí en el hospicio de Nuestra Señora de Lourdes, en un estado de completa degeneración mental. Que yo pudiese curarla después que tantos otros fracasaron lo atribuyo a un extraordinario trabajo de detección psiquiátrica, del tipo que yo generalmente desapruébo. Pero por desgracia ese éxito tuvo un precio, que pagó cien veces el viejo triste de poco más de cuarenta y cinco años que se babea mirando una revista barata unas pocas mesas detrás de nosotros.

Quiero, antes que se vayan, contarte el caso...

La enfermedad de un colega me llevó por casualidad a ponerme en contacto con Christina Brossard. Después de diez exitosos años de práctica en Mónaco como dermatólogo yo había aceptado una consultoría en la Clínica Americana de Niza. Mientras miraba la lista de pacientes externos de un colega indispuerto su secretaria me informó que una paciente de diecisiete años, una tal mademoiselle Brossard, no había llegado para la consulta. En ese momento una de las hermanas enfermeras del Hospicio de

Nuestra Señora de Lourdes en Vence - donde la muchacha estaba en tratamiento desde hacía tres años - llamó por teléfono para anular la cita.

- La Madre Superiora me pide que le transmita sus disculpas al profesor Derain. La muchacha, sencillamente, vuelve a estar muy alterada.

En ese momento no me llamó la atención, pero por algún motivo - tal vez el nombre de la muchacha o el uso, por la monja, de la palabra «vuelve» - pedí la ficha clínica.

Descubrí que ésta era la tercera consulta que cancelaba en un año. Huérfana, Christina Brossard había ingresado en el Hospicio a la edad de catorce años, después del suicidio del padre, que era la única persona que la cuidaba después de la muerte de la madre en un accidente aéreo.

Al llegar a ese punto recordé toda la tragedia. Antiguo alcalde de Lyon, Gaston Brossard era un próspero empresario de la construcción e íntimo del presidente Pompidou, varias veces millonario. En la cumbre del éxito este hombre de cincuenta y cinco años se había casado por tercera vez. Para la joven novia, una hermosa ex actriz de la televisión de apenas veinte años, había construido una suntuosa mansión en las afueras de Vence. Pero, por desgracia, sólo dos años después del nacimiento de Christina la joven madre había muerto cuando el avión de la empresa que la llevaba a reunirse con su marido en París se estrelló en los Alpes Marítimos. Desgarrado, Gaston Brossard dedicó entonces los restantes años de su vida a cuidar de la pequeña hija. Todo había andado bien, pero doce años después, sin motivo aparente, el viejo millonario se disparó un tiro en el dormitorio.

Los efectos sobre la hija fueron inmediatos y desastrosos: postración nerviosa total, estado catatónico y una recuperación lenta pero dolorosa en el cercano Hospicio de Nuestra Señora de Lourdes, al que Gaston Brossard había hecho una generosa donación en memoria de su joven esposa.

Los escasos apuntes clínicos, realizados por un joven colega de Derain que responsablemente había viajado hasta Vence, describían una dermatitis recurrente, complicada por anemia y anorexia crónicas.

Sentado en mi cómodo consultorio, detrás de una sala de espera repleta de pacientes adinerados y maduros, me sorprendí pensando en esa huérfana de diecisiete años perdida en las montañas de Niza. Tal vez mi formación anticlerical - mi padre había sido caricaturista de un periódico de izquierda, mi madre funcionaria militante y feminista temprana - me hizo sospechar del Hospicio de Nuestra Señora de Lourdes. Hasta el propio nombre sugería una combinación siniestra de curación por la fe y charlatanería religiosa, casi expresamente calculada para aprovecharse de una heredera con desequilibrios mentales. Albaceas perezosos y tutores indiferentes prepararían el camino para la explotación de la niña, mientras su enfermedad, cuidadosamente preservada, garantizaría la afluencia de los fondos asignados al Hospicio en el testamento de Gaston Brossard. Yo sabía muy bien que la dermatitis, la anorexia y la anemia denunciaban claramente, muchas veces, falta de higiene, desnutrición y abandono.

El fin de semana siguiente, mientras salía en auto para Vence - el profesor Derain había sufrido un infarto leve y estaría ausente durante un mes - imaginé a esa niña dolorida, encarcelada en lo alto de las brillantes colinas por monjas ignorantes y maquinadoras que habían deliberadamente hambreado a una criatura tan atormentada mientras de untaban las manos con el oro dedicado a la memoria de la madre.

Por supuesto, me equivocaba totalmente, como pronto descubrí. El Hospicio de Nuestra Señora de Lourdes resultó ser un sanatorio flamante y especializado, con habitaciones bien iluminadas, jardines soleados y un evidente aire de prácticas médicas modernas y celo por el bienestar de los pacientes, a muchos de los cuales vi sentados afuera en el espacioso césped, hablando con amigos y parientes.

La propia Madre Superiora, como todas sus colegas, era una mujer educada e inteligente de rostro enérgico, abierto, y modales simpáticos, y manos - siempre lo noto inmediatamente - que no rehuían el trabajo duro.

- Es muy importante que usted haya venido, doctor Charcot. Hace algún tiempo que todas estamos preocupadas por Christina. Sin querer faltar de ninguna manera al respeto de nuestros médicos, se me ha ocurrido más de una vez que convendría probar un método nuevo.

- Tal vez se refiera usted a la quimioterapia - sugerí -. O al tratamiento radiológico. Pronto instalarán en la Clínica uno de los pocos betatrones que hay en toda Europa.

- No me refiero a eso exactamente... - La Madre Superiora fue pensativa detrás del escritorio, como si ya estuviese reconsiderando la utilidad de mi visita. - Pensaba en algo menos físico, doctor Charcot, algo que calmase los fantasmas del espíritu tanto como los del cuerpo. Pero deberá verla usted con sus propios ojos.

Me tocó ahora a mí mostrarme escéptico. Desde los primeros tiempos de estudiante yo había sido hostil a todas las pretensiones de la psicoterapia, el feliz coto de caza de chiflados pseudocientíficos de un tipo especialmente peligroso.

Salimos del Hospicio y subimos en auto por las montañas hacia la mansión de los Brossard, donde le permitían a la joven pasar unas pocas horas diarias.

- Es extremadamente activa, y tiende a alterar a los demás pacientes - explicó la Madre Superiora mientras entrábamos en la larga calzada de la mansión, cuya fachada paladiana presidía ahora una silenciosa galería de fuentes -. Parece más feliz aquí, entre los recuerdos de su padre y de su madre.

Una de las dos monjas jóvenes que acompañaban en las salidas a la heredera huérfana nos hizo pasar a la imponente sala. Mientras ella y la Madre Superiora trataban el caso de una paciente que sería dada de alta esa tarde caminé por la sala y miré los magníficos tapices que colgaban de las paredes jaspeadas. Sobre los tramos semicirculares de la escalera había un inmenso reloj veneciano de manecillas y números adornados como armas extrañas, guardianas de un tiempo fugitivo.

Detrás de la biblioteca cerrada se entraba al comedor por una puerta con columnatas. Las sillas y la mesa estaban enfundadas, y junto a la chimenea la segunda de las monjas supervisaba a una criada que limpiaba la parrilla. Un guardián o un rematador había hecho hacía poco una pequeña fogata de escrituras y catálogos. La muchacha, con un anticuado delantal de cuero, trabajaba duramente, arrodillada y con las manos, barriendo meticulosamente las cenizas antes de fregar las losas sucias.

- Doctor Charcot... - La Madre Superiora señaló el comedor. La seguí entre los muebles enfundados.

- Hermana Julia, veo que volvemos a estar muy ocupadas. Doctor Charcot, no dudo que le agradecerá ver tanta laboriosidad.

- Naturalmente... - Miré a la muchacha, pensando por qué a la Madre Superiora le parecía que yo podía estar interesado en la limpieza de una chimenea. La criada era poco más que una niña, pero sus brazos, largos y delgados, trabajaban con voluntad propia. Había raspado la pesada parrilla de hierro forjado con un cuidado obsesivo, poniendo las cenizas en bolsas de plástico transparente. Sin mirar a las tres monjas, hundió un cepillo ordinario en el balde de agua jabonosa y comenzó a fregar furiosamente las losas, decidida a borrar hasta el último rastro de suciedad. La chimenea ya estaba blanqueada por el jabón, como si la hubieran restregado una docena de veces.

Supuse que la muchacha estaba cumpliendo alguna penitencia reiteradamente impuesta por la Madre Superiora.

Aunque sin querer interferir, noté que las manos y las muñecas de la muchacha mostraban los signos característicos de un eczema enzimosensible. En un tono de ligero reproche, dije:

- Podrían al menos darle un par de guantes de goma. Ahora ¿puedo ver a la señorita Brossard?

Ni las monjas ni la Madre Superiora contestaron, pero la muchacha levantó la mirada de las baldosas enjabonadas. Noté inmediatamente la boca decidida en un rostro pálido que alguna vez había sido atractivo, el cabello atado fanáticamente detrás de un pescuezo delgado, una musculatura facial átona a la que deliberadamente se le había sacado toda expresión. Sus ojos miraron los míos con una intensidad casi enervante, como si me hubiera identificado rápidamente y estuviera ya considerando qué papel iría a jugar en su vida.

- Christina... - La Madre Superiora habló con suavidad, incitando a la muchacha a levantarse. - El doctor Charcot ha venido a ayudarte.

La muchacha apenas asintió con la cabeza, y volvió al fregado, interrumpiéndolo solamente para alejar de nuestro alcance las bolsas plásticas llenas de cenizas. La observé con ojo profesional, recordando el diagnóstico de dermatitis, anorexia y anemia. Christina Brossard era delgada pero no estaba desnutrida, y su palidez se debía quizá a toda esa actividad compulsiva dentro de la sombría mansión. En cuanto a la dermatitis, se trataba de esa clase especial causada por un lavado de manos obsesivo.

- Christina... - La hermana Louise, una joven agradable de mejillas redondas, se arrodilló en las baldosas mojadas. - Querida, descansa un momento.

- ¡No! ¡No! ¡No! - La muchacha golpeó las baldosas con el cepillo enjabonado. Comenzó a retorcer el estropajo, las manos furiosas como manojos de palitos excitados. - ¡Quedan tres parrillas más para limpiar esta tarde! Usted me dijo que las limpiara, ¿no es así, Madre?

- Sí, querida. Pareciera que es lo que más te gusta hacer. - La Madre Superiora dio un paso atrás con una sonrisa de frustración, cediéndome el lugar. Miré a Christina, que continuaba con ese trabajo aparentemente interminable. Estaba claramente desequilibrada, pero de algún modo también dramatizaba, como si la dominara del todo esa compulsión pero fuera al mismo tiempo muy consciente de sus posibilidades de maniobra. Me impresionó su autocompasión, y la mirada dura que de vez en cuando les lanzaba a las tres monjas, como si deliberadamente se degradara ante esas mujeres amables y cariñosas para descargar el odio que sentía por ellas. Desistí por el momento, y la dejé lavando las baldosas y volví a la sala con la Madre Superiora. - Bueno, doctor Charcot, estamos en sus manos.

- Yo diría... francamente no estoy seguro que yo sea el más indicado para tratar este caso. Dígame... ¿se pasa todo el tiempo limpiando esas parrillas?

- Todos los días, desde hace dos años. Hemos tratado de impedírselo, pero entonces vuelve a entrar en el estupor del comienzo. Sólo nos queda pensar que cumple algún papel importante para ella. Hay una docena de chimeneas en esta casa, todas tan inmaculadas como una sala de operaciones.

- ¿Y las cenizas? ¿Las bolsas llenas de cenizas? ¿Quién enciende esos fuegos?

- La propia Christina, desde luego. Quema sus libros infantiles, decidida por algún motivo a destruir todo lo que leyó cuando era niña.

Me llevó a la biblioteca. Faltaban casi todos los libros, y una hilera de cabezas de ciervos miraban desde los estantes vacíos. Sólo un mueble contenía una fila corta de libros.

Abrí la vitrina de vidrio. Había unas pocas historias escolares, cuentos de hadas y varios clásicos infantiles. La Madre Superiora los miró con tristeza.

- Al principio había cientos, pero cada día Christina quema unos pocos más... bajo nuestra atenta supervisión, no hace falta decirlo, pues no quiero verle incendiar la mansión. Tenga cuidado de no tocarla, pero sólo se ha salvado una historia.

Señaló un libro grande y gastado, con ilustraciones, colocado solo en un estante.

- Como usted ve, la elección no es inadecuada... la historia de Cenicienta.

Mientras regresaba a Niza, dejando atrás aquella extraña mansión con sus monjas bondadosas y su heredera obsesiva, me descubrí revisando mi opinión de la Madre Superiora. Esa mujer sensata tenía razón al pensar que ni todos los dermatólogos del mundo podrían liberar a Christina Brossard de su obsesión. Evidentemente la muchacha se había adjudicado el papel de Cenicienta, y se había rebajado al más pobre nivel de servidumbre. Pero ¿qué culpa estaría tratando de lavar? ¿Habría desempeñado una función todavía desconocida pero vital en el suicidio de su padre? Toda esa fantasía ¿sería un esfuerzo por liberarse de la sensación de culpa?

Pensé en las bolsas transparentes llenas de cenizas, restos todas de cuentos de hadas infantiles. Las correspondencias eran extraordinariamente claras, pensadas con la lógica cruel de la locura. Recordé el odio en aquellos ojos mientras miraban a las monjas, imponiéndoles a esas mujeres pacientes y cariñosas el papel de hermanastras feas.

Hasta había una madrastra malvada, la Madre Superiora, cuyo Hospicio se había beneficiado con la muerte de los padres de esa huérfana.

Por otra parte, ¿dónde estaban el Príncipe Azul, el hada madrina y su calabaza, la fiesta de la que habría que huir al dar las doce, y sobre todo el zapatito de cristal?

Pero no tuve oportunidad de probar mi hipótesis. Dos días más tarde, cuando llamé al Hospicio para concertar una nueva cita con Christina Brossard, la secretaria de la Madre Superiora me informó cortésmente que los servicios de la Clínica, del profesor Derain y los míos no volverían a ser solicitados.

- Le estamos agradecidas, doctor, pero la Madre Superiora ha decidido probar un nuevo método de tratamiento. La distinguida psiquiatra doctora Valentina Gabor ha aceptado hacerse cargo del caso... tal vez usted conozca su reputación. En realidad ya ha comenzado el tratamiento, y le alegrará a usted saber que Christina está haciendo progresos inmediatos.

Mientras colgaba el teléfono, una poderosa jaqueca me atacó la sien izquierda. La doctora Valentina Gabor... claro que sabía quien era, el miembro más notorio de la nueva escuela de los autotitulados antipsiquiatras, que dedicaban el poco tiempo que les quedaba después de las interminables apariciones en la televisión a la práctica de una psicoterapia totalmente espuria, una elegante mezcla de vocabulario post - psicoanalítico, elevación moral y misticismo católico. Era esta última vena la que probablemente le había ganado la aprobación de la Madre Superiora.

Cada vez que veía a la doctora Valentina la sangre me empezaba a hervir. Esa rubia encantadora de charla sedante y ojos de cajera aparecía constantemente en programas de televisión, proponiendo la paradójica noción de que las enfermedades mentales no existían pero eran sin embargo creación de la familia del paciente, de sus amigos y hasta (aunque parezca increíble) de sus médicos. Para mayor indignación, la doctora Valentina había conseguido anotarse una serie de éxitos legítimos, facilitados sin duda por su reciente y muy publicitada audiencia con el Papa. Sin embargo, yo estaba seguro de que recibiría su merecido. Ya se habían presentado pedidos dentro de la profesión médica para realizar una discreta investigación de su presunto uso de LSD y otras drogas alucinógenas.

No obstante, me aterrorizó que alguien tan profundamente enfermo y tan vulnerable como Christina Brossard tuviera que caer en manos de esa charlatana oportunista.

Me entenderás muy bien, entonces, si te digo que sentí una cierta satisfacción, por no decir beneplácito, cuando recibí una urgente llamada telefónica de la Madre Superiora tres semanas más tarde.

Mientras tanto no había tenido noticias ni del Hospicio ni de Christina. La doctora Valentina Gabor, sin embargo, había aparecido con descarada frecuencia en Radio

Montecarlo y los canales de televisión locales, difundiendo ese producto tan singular de misticismo psicoanalítico, y exaltando todas las virtudes del hecho de «renacer».

Fue precisamente mientras miraba, en el informativo de la noche, una entrevista con la doctora Gabor grabada esa tarde en el Aeropuerto de Niza, antes de volar ella de regreso a París, cuando me llamó la Madre Superiora.

- ¡Doctor Charcot! ¡Gracias a Dios que está usted en su casa! Aquí ha ocurrido un desastre... ¡Christina Brossard ha desaparecido! Tenemos miedo de que haya tomado una sobredosis. He tratado de ponerme en contacto con la doctora Gabor, pero ha regresado a París. ¿Podría usted venir al Hospicio?

La tranquilicé lo mejor que pude y salí. Pasaba de medianoche cuando llegué al sanatorio. Los reflectores inundaban la calzada con un resplandor áspero, a los pacientes se los veía nerviosos, espiando por las ventanas, las monjas exploraban infructuosamente el parque con antorchas. La hermana Louise me llevó nerviosa a la Madre Superiora, que me tomó las manos con alivio. Su rostro enérgico estaba cargado de tensión.

- ¡Doctor Charcot! Le estoy muy agradecida... sólo lamento que sea tan tarde...

- No importa. Dígame qué sucedió. ¿Christina estaba en tratamiento con la doctora Gabor?

- Sí. Cómo lamento la decisión. Tuve la esperanza de que Christina pudiese encontrarse a sí misma mediante un viaje espiritual, pero no tenía idea de que el tratamiento implicaba el uso de drogas. Si lo hubiera sabido... Me entregó un frasco vacío. Sobre la etiqueta se veía la florida firma de la doctora Gabor.

- Encontramos esto en la habitación de Christina hace una hora. Aparentemente se inyectó toda la dosis y luego, descontrolada, se perdió en la noche. Sólo nos queda suponer que lo robó del maletín de la doctora Gabor.

Estudí la etiqueta.

- Psilocibina... una poderosa droga alucinógena. Todavía la pueden usar legalmente algunos médicos calificados, aunque casi todos los profesionales la desaprueban. Es algo más que un juguete peligroso.

- Ya lo sé, doctor Charcot. - La Madre Superiora hizo un ademán con manos cansadas.

- Temo por el alma de Christina, créame. Aparentemente estaba trastornada del todo: cuando huía en nuestro camión de lavandería más viejo, lo describió como su «carroza de oro».

- ¿Ha llamado a la policía?

- Todavía no, doctor. - Una sombra de turbación atravesó el rostro de la Madre Superiora. - Al salir, Christina le dijo a una de las asistentes que iba «al baile». Me dicen que el único baile que se celebra esta noche es la gran gala del príncipe Rainiero en Mónaco, en honor del presidente Giscard d'Estaing. Supongo que habrá ido allá, tal vez confundiendo al Príncipe Rainiero con el Príncipe Azul del cuento, y con la esperanza de que la rescate. Sería muy embarazoso para el Hospicio si crease una escena, o incluso si intentase...

- ¿Matar al presidente? ¿O a los Rainiero? Lo dudo. - Ya se me estaba formando una idea en la mente. - No obstante, para mayor seguridad, iré a Mónaco inmediatamente. Con suerte estaré allí antes de que pueda hacerse daño.

Perseguido por las bendiciones de la Madre Superiora, regresé al auto y me interné en la noche. Es innecesario decir que no pensaba viajar a Mónaco. Estaba bastante seguro de saber a dónde había huido Christina Brossard: a la mansión de su padre en las afueras de Vence.

Mientras iba por el camino de montaña pensé en todas las pruebas reunidas: la fantasía de ser una sirvienta, la psiquiatra cargada de promesas, la droga alucinógena. Esa heredera trastornada representaba, tal vez inconscientemente, toda la historia de la Cenicienta. Si ella misma era Cenicienta, la doctora Valentina Gabor era el hada madrina,

y la varita mágica la jeringa hipodérmica que blandía tan espectacularmente. El papel de la calabaza lo desempeñaba el «hongo sagrado», la planta alucinógena de la que se extraía la psilocibina. Bajo su influencia hasta un viejo furgón de lavandería parecería una carroza de oro. En cuanto al «baile», evidentemente no era otra cosa que el viaje psicodélico.

Pero ¿quién era entonces el Príncipe Azul? Al llegar al final del camino de entrada de la enorme mansión se me ocurrió que yo podía estar cumpliendo ese papel sin saberlo, colmando una fantasía exigida por esa muchacha desdichada.

Apretando con fuerza el maletín atravesé la grava oscura hasta la entrada abierta, donde el furgón de la lavandería había concluido su viaje en el centro de un cantero de flores.

Allá arriba, en una de las amplias habitaciones que daban al mar, parpadeaba una luz, como si estuviesen quemando algo en la chimenea. Me detuve en la sala para acostumar los ojos a la oscuridad, pensando en cuál sería la mejor manera de acercarse a esa joven demente. Entonces vi que el macizo reloj veneciano que había en las escaleras estaba salvajemente mutilado. Algunos de los adornados números estaban flojos, sostenidos apenas por los engastes. Las agujas se habían detenido a medianoche, y alguien había tratado de arrancarlas de la esfera.

A pesar de mi resistencia a esa pseudociencia, se me ocurrió que una explicación psicoanalítica volvía a ser el vehículo más apto para abarcar esos hechos extraños y la fábula de la Cenicienta que los apuntalaba. Subí las escaleras y pasé por delante del reloj desmembrado. A pesar del ataque irracional que habían sufrido, las agujas seguían en posición vertical, señalando la medianoche: la hora en que terminó el baile, la hora en que se acabaron los galanteos y las frivolidades de la fiesta y comenzó el asunto serio de una auténtica relación sexual. Espantada por esa erección masculina, Cenicienta siempre huía a medianoche.

Pero ¿de qué habría huido Christina Brossard en esa mansión paladiana? Supongamos que el Príncipe Azul que la galanteó tan peligrosa pero atrayentemente fuese en verdad su padre. ¿Habría habido algún acto incestuoso entre el industrial viudo y su hija adolescente, tan misteriosamente parecida a la esposa muerta? La repugnancia, el asco de Gaston Brossard por haber cometido incesto explicaría su suicidio aparentemente inmotivado y la culpa de su hija: sabía perfectamente, por mis comparecencias en la corte como testigo experto en medicina, que las hijas a las que los padres obligaban a cometer incesto, lejos de odiarlos aparecían invariablemente plagadas de poderosos sentimientos de culpa por su responsabilidad en el encarcelamiento del padre. Entonces, después de la muerte de Gaston Brossard era natural que ella regresase a la casa e intentase expiar esa culpa adoptando el papel de criada. Y ¿qué mejor modelo para una heredera que el de la propia Cenicienta? Atraído por las llamas distantes, atravesé la sala superior y entré en el dormitorio. Estaba repleto de pinturas de jóvenes desnudas retozando con centauros, evidentemente el dormitorio principal, tal vez el sitio donde se había consumado el incesto.

Las llamas subían desde la chimenea, iluminando el rostro ceniciento de Christina. La muchacha estaba arrodillada junto a la parrilla, cantando mientras echaba en el fuego las últimas páginas arrancadas de un conocido libro de cuentos infantiles. La cabeza ladeada, miraba fijamente la suave fogata con ojos demasiado brillantes, acariciando las toscas costuras de la túnica de hospital que llevaba sobre las piernas desnudas.

Supuse que estaba en plena alucinación, y que se veía con un vestido resplandeciente. Pero sus ojos errantes se alzaron y me miraron con una expresión de calma casi sabia, como si me reconociera y esperase de algún modo que yo desempeñase mi papel en la fábula y la llevase a su debida conclusión. Pensé en las agujas mutiladas del reloj de la escalera. Todo lo que faltaba era devolverle el zapatito de cristal a su legítima dueña.

¿Tendría yo ahora que desempeñar el papel de salvador? Recordando el conocido simbolismo sexual del pie, sabía que el zapato de cristal no era más que una vagina transparente y por lo tanto libre de culpa. Y en cuanto al pie que entraría en él, naturalmente no se trataría del de la muchacha sino del de su verdadero amante, el órgano sexual masculino erecto del que ella había huido.

Christina estiró el brazo, agregó la tapa del cuento de hadas al fuego moribundo y luego me miró con ojos expectantes. Por un momento vacilé. Intoxicada por la psilocibina, no conseguiría distinguir la verdad de la fantasía, y yo podría desempeñar mi papel y llevar ese drama psicoanalítico a su conclusión sin temor a la censura profesional. Mi acción no se desarrollaría en el mundo real sino dentro del reino donde se representaba la fábula de la Cenicienta.

Conociendo ahora mi papel, y el objeto que tendría que meter en aquel zapato de cristal, la tomé de las manos, la hice levantarse y la llevé hacia la cama del padre.

- Cenicienta... - murmuré.

Pero espera: están a punto de irse del café. Ahora puedes mirarlos, todos los demás observan francamente a esa joven atractiva y su compañero decrepito. Sentados aquí en el centro de Montecarlo en un magnífico día de primavera, cuesta creer que alguna vez hayan ocurrido esos hechos extraños.

Es casi aterrador: me mira directamente. Pero ¿me reconoce, el dermatólogo que la liberó de la obsesión y le devolvió la salud?

Su compañero, desgraciadamente, fue la única víctima de esa terapia radical. Sentado ahí a la mesa como lo ves, encorvado y moviéndose desmañadamente como un viejo, te diré que hace unos años fue un elegante médico que ella conoció poco antes de que le dieran el alta en el Hospicio. Se casaron tres meses más tarde, pero el matrimonio distó mucho de ser un éxito. De alguna manera, tal vez utilizando métodos propios, lo transformó en ese viejo.

Pero ¿por qué? Simplemente porque para que su fantasía incestuosa sea creíble, el hombre con el que se case, por joven y principesco que sea, por encantador que sea, deberá volverse tan viejo como para que pudiera ser su padre.

¡Espera! Ella viene hacia esta mesa. ¿Acaso necesitará mi ayuda? Se detiene delante del espejo del restaurante mirando su imagen y la de su viejo marido, a quien le pone una mano en el hombro.

Ese rostro elegante de sonrisa sabia. Déjame quebrar tanta compostura, y susurrar el título de esta revista barata que tengo en el regazo.

- LA CENICIENTA...

La mano de la muchacha me palmea el hombro con indulgencia.

- Padre, es hora de volver al Hospicio. Le prometí a la Madre Superiora que no te fatigaría demasiado.

Sabia, elegante y completamente dueña de sí misma.

- Y deja de jugar a eso contigo mismo. Sabes que sólo a ti te excita.

Y muy vengativa.

ZODÍACO 2000

Nota del autor:

Hace tiempo que necesitamos una actualización, siquiera modesta, de los signos del zodiaco. Las casas de nuestro cielo psicológico ya no están habitadas por carneros, cabras y cangrejos sino por misiles de crucero y espirales intrauterinas, y por todos los espectros del pabellón psiquiátrico. Hay algunas correspondencias obvias: los clones y la

jeringa hipodérmica reemplazan convenientemente a los gemelos y el arquero. Pero queda el problema de todos esos animales de granja tan importantes para los caldeos. Tal vez nuestras verdaderas equivalencias de esas criaturas cotidianas sean las máquinas que cuidan y dan forma a nuestras vidas de tantas maneras...: sobre todo el taurino ordenador, de posibilidades ilimitadas. En cuanto al carnero, el incansable guardián del rebaño doméstico, su equivalente en nuestras propias casas parece ser la cámara Polaroid, que pastorea nuestros recuerdos y emociones más insignificantes, nuestros actos sexuales más tiernos. He aquí, de cualquier modo, un zodíaco de cf que podría ser el próximo zodíaco verdadero...

EL SIGNO DE LA POLAROID

Los esquís se deslizaban. El primer equipo de televisión ya había llegado al parking del hospital, y sus integrantes observaban con los binoculares los pisos superiores del pabellón psiquiátrico. El hombre bajó la cortina de plástico, agotado por toda esa atención, con la sensación de que un mundo se cerraba y se abría al mismo tiempo a su alrededor. Esperó mientras la doctora Vanessa ajustaba la lente de su cámara cinematográfica. El pelo revuelto, todavía sin peinar desde que lo había buscado a él en el comedor de los pacientes, caía sobre el visor. ¿Estaría ella poniendo el filtro de sus propios tejidos entre ella y cualquier mensaje amenazador que pudiese revelar el film? Desde la llegada del profesor Rotblat en la limusina del Ministerio del Interior ella no había hecho otra cosa que fotografiarlo obsesivamente durante toda una serie de actividades sin importancia: estudiando las tediosas imágenes del Rorschach, montado en la bicicleta en el laboratorio de psicología, sentado en el bidet de su apartamento. ¿Por qué lo habían elegido a él de repente, un paciente desconocido y de tratamiento prolongado en quien nadie se había fijado desde su internación hacía diez años? Durante toda su adolescencia había estado subiendo a la azotea del bloque de dormitorios y apoderándose del cielo, pero ni siquiera la doctora Vanessa se había dado cuenta. Echando hacia atrás el pelo rubio, la doctora lo miró con inesperado interés.

- Un último rollo, y luego tendrá que hacer las maletas: viene el helicóptero a buscarnos.

Había estado toda la noche sentada al lado de él, proyectando las películas en la pared del apartamento.

EL SIGNO DEL ORDENADOR

Estaba sentado a la mesa de metal junto al podio, mirando las caras mudas de los delegados mientras el profesor Rotblat agitaba las hojas impresas.

- Hace seis meses se practicó un examen citoplasmático de rutina a los pacientes de esta oscura institución para enfermos mentales, como parte de los ensayos clínicos de un nuevo tranquilizante prenatal. Gracias a la doctora Vanessa Carrington, llegó a mi conocimiento la química celular extraordinaria y totalmente anómala del paciente, ante todo la espiral levorrotatoria de la hélice de ADN. Los análisis más completos, dirigidos por Ultrac 666 del M.I.T., el ordenador más poderoso del mundo, confirman que este joven desconocido, huérfano de padres imposibles de rastrear, parece haber nacido en un universo que es como un espejo del nuestro, y haber sido lanzado a nuestro propio mundo por fuerzas cósmicas de poder ilimitado. También indican que al optar por su rotación original hacia la derecha nuestro reino biológico escogió el camino más débil. Todas las predicciones de Ultrac sugieren que las posibilidades combinatorias del ADN levorrotatorio superan a las de nuestra propia química celular por un factor de 10.27. Quiero agregar que los programadores de Ultrac han construido un modelo informático total de ese universo alternativo, con implicaciones que son a la vez regocijantes y aterradoras para todos nosotros...

EL SIGNO DE LOS CLONES

Se afirmó contra la baranda del balcón, vomitando sobre las baldosas turquesas. Siete metros por debajo del cuarto de hotel estaba el techo curvilíneo del centro de conferencia, el blanco lomo de cemento como una inmensa lente tapada. Por mucho que el profesor Rotblat hablase de universos alternativos, los delegados nada verían por ese ocular. Parecían más impresionados por la potencia del ordenador excesivamente productivo que por la de él. Hasta ese momento su vida había carecido de toda posibilidad: vóleibol con los paraplégicos, las espinillas magulladas por las sillas de ruedas, horas de tedio pretendiendo emular a Van Gogh en las clases de terapia ocupacional, luego noches de televisión y largactil. Pero al menos podía mirar el cielo y escuchar la música temporal de los cuásares. Esperó a que se le pasase la náusea, lamentando haber aceptado el vuelo en avión a ese sitio. Las recepciones del hotel estaban llenas de funcionarios sospechosamente respetuosos. ¿Dónde andaría la doctora Vanessa? Ya echaba de menos esas manos tranquilizadoras, el perfume que flotaba en la sala de proyección. Apartó la vista del vómito sobre las baldosas. Allá abajo estaba el director de la televisión, de pie en el techo del centro de conferencias, saludándolo con la mano de una manera amigable pero misteriosa. Había algo aterradoramente familiar en su rostro y en su postura, como una imagen reflejada con excesiva perfección en un espejo. A veces el hombre parecía remedarlo, tratando de señalar los códigos de una combinación para la fuga. ¿O sería algún tipo de gemelo funesto, una réplica diestra de sí mismo a la que estaban preparando para ocupar su lugar? Mientras se limpiaba la boca descubrió la píldora verde en el vómito entre los pies. Así que el policía había tratado metódicamente de sedarlo. En ese momento, decidió fugarse, y recogió el manual que el horoscopista del Home Office le había puesto en las manos después del almuerzo.

EL SIGNO DEL DIU

Sentía en las manos el olor de la vulva. Estaba acostado de lado en el dormitorio oscurecido, esperando a que ella volviese del cuarto de baño. A través de la puerta de vidrio veía los muslos y los pechos borrosos, como distorsionados por un ordenador que permutase todas las posibilidades de una anatomía alternativa. Esta joven agradable pero extraña, con su apartamento anónimo y su conversación casual llena de referencias súbitas a los cuásares, la derrota del capitalismo, los ácidos nucleicos y la horoscopia, ¿tendría alguna idea de lo que pronto le sucedería a ella? Sin duda lo había estado esperando en el aparcamiento de coches del hotel, preparada para esconderlo en el asiento plegable del coche deportivo. ¿Sería ella el correo de un consorcio rival, enviada por los poderes invisibles que gobernaban los cuásares? En la mesita de noche estaba la espiral intrauterina cuyo cordel había sentido en el cuello del útero. En un impulso confuso ella había decidido sacársela, como si hubiera resuelto conservar por lo menos un juego de esos genes turbulentos en el depósito de seguridad de su bóveda placentaria. Suspendida del cordel, hizo girar la espiral, esa cifra tecnológica que parecía contener en su doble esvástica un anagrama de todos los emblemas zodiacales del manual de horoscopia. ¿Sería una pista que le dejaban, un módulo que habría que multiplicar por todas las cosas de ese mundo diestro: los contornos de los pechos de esa joven, las leyes de la cinética química, el canto migratorio de las golondrinas? Después de la cámara fotográfica, el ordenador y los clones, la espiral era la cuarta casa de ese zodiaco en el que ya había entrado, la mansión de doce cuartos por la que tendría que moverse con la astucia de un ladrón experto. Levantó la vista mientras Renata lo empujaba suavemente hacia la almohada.

- Descansa una hora.

La joven parecía repetir instrucciones que venían de otro cielo.

- Luego saldremos para Jodrell Bank.

EL SIGNO DE LA ANTENA DE RADAR

Mientras esperaban entre el tráfico detenido en el atestado puente del paso elevado, Renata jugó impacientemente con la radio, sin llegar a atravesar la estática de los automóviles de alrededor. Sonriéndole, él apagó el sonido y señaló el cielo sobre la cabeza de ella.

- No hagas caso del horizonte. Más allá de la Estrella Polar oirás los universos insulares.

Se echó hacia atrás, tratando de pasar por alto los miles de transmisiones de satélites, un parloteo salvaje que llegaba por debajo de la gran música de los cuásares. Aun ahora, a través de la luz vespertina que bañaba esa ciudad de provincias, percibía las retransmisiones de los satélites y los haces de los radares de Fylingdales y la línea Norad del norte de Canadá, y oía, más allá del horizonte, la respuesta de los dispositivos rusos en las bases cercanas de Murmansk, leones distantes que intercambiaban rugidos aterrorizados, exigiendo derechos sobre territorios imposibles. Un misil que se acercase quedaría inmovilizado en la red entrelazada de su mente, como una mosca atrapada en el espacio sonoro de una sinfonía de Beethoven. Asustado, vio cómo una mano cubierta de cicatrices aferraba el borde del parabrisas. Un hombre gordo de barba hirsuta había saltado entre los autobuses de las compañías aéreas y lo miraba fijamente, el ojo izquierdo inflamado por un virus desagradable. Le dijo de pronto a Renata:

- Pasa al asiento trasero: sólo falta una semana para la visita del Primer Secretario.

EL SIGNO DE LA DESNUDISTA

Al cesar la música se sentaron en la primera fila del club nocturno. A sólo un metro de él, en un escenario decorado como un tocador, la pareja desnuda llegaba al clímax del acto sexual. Los aburridos espectadores guardaban silencio, y él era consciente de que Heller lo miraba con intensidad casi obsesiva. Durante días lo había entumecido la energía galvánica de ese hombre psicótico, ese terrorista con sueños apocalípticos de la tercera guerra mundial. Durante los últimos días habían seguido un itinerario desordenado: almacenes de carga de aeropuertos, caminos que llevaban a silos de misiles; apartamentos secretos atestados de terminales de ordenadores y custodiados por una banda de asesinos arrogantes, físicos rufianes educados en alguna universidad perversa. Y sobre todo los clubes nudistas: él y Heller habían visitado docenas de esos tugurios lúgubres, mirando cómo Renata y las mujeres del equipo recorrían toda la gama de variaciones sexuales imaginables, perversiones tan abstractas que se habían convertido en los elementos de un cálculo complejo. Luego, en sus apartamentos, esas mujeres agresivas se deslizaban a su alrededor como caricaturas de un sueño erótico. Ya sabía que Heller estaba tratando de reclutarlo para su conspiración. Pero ¿estarían inconscientemente entregándole las llaves de la sexta casa? Miró a la joven que salía del escenario entre aplausos escasos, mostrando el semen en el muslo. Recordó la aterradora violencia de Heller mientras forcejeaba con prostitutas jóvenes sobre el asiento trasero del auto deportivo, en embestidas tan estilizadas como movimientos de ballet. En los códigos del cuerpo de Renata, en las uniones de pezón y dedo, en el surco de las nalgas, aguardaban las posibilidades de una psicopatología benévola.

EL SIGNO DEL PSIQUIATRA

Cuando Vanessa Carrington volvió de la ventana y se detuvo detrás de la silla del joven, apoyándole las manos protectoramente en los hombros, el profesor Rotblat hizo una pausa. La cara del hombre parecía encarnar la geometría de obsesiones totalmente extrahumanas.

- Hoy el papel de la psicología ya no consiste en curar al paciente, sino en reconciliarlo con sus fortalezas y debilidades, en equilibrar el lado oscuro del sol con el lado brillante: una tarea, dicho de paso, complicada por una naturaleza nada complaciente. La física

teórica nos recuerda la inherente preferencia diestra de toda la materia. El giro del electrón, la rotación tanto del sistema solar como de las partículas subatómicas más pequeñas, las enormes corrientes que hacen girar el propio cosmos, todo ilustra esta constante fundamental, reflejada no sólo en la muy arraigada incomodidad popular con todo lo zurdo sino en la hélice dextrorrotatoria del ADN. Dada la intervención de energías tan elevadas, ya sea en galaxias o en sistemas biológicos, cualquier esfuerzo en sentido contrario produciría resultados catastróficos, de un tipo que ya conocemos en el caso de los agujeros negros. Un solo individuo de esas características podría llegar a convertirse en el equivalente psicológico de un arma apocalíptica... Esperó la respuesta del joven. ¿Habría regresado al hospital para recordarles que había trascendido el papel de paciente y que estaba entrando en una región siniestra donde las predicciones de Ultrac tendrían que leerse de derecha a izquierda?

EL SIGNO DEL PSICÓPATA

Se quedó junto al Mercedes robado mientras las mujeres cargaban en el baúl el cuerpo del embajador. Heller miraba desde la puerta del ascensor, sosteniendo la pesada ametralladora con ambas manos. El rostro moreno del terrorista se había cerrado sobre sí mismo, mostrando las suturas alrededor de las sienes. Durante las horas de violencia en el apartamento había empuñado la pistola como masturbándose en un orgasmo continuo. El tormento aplicado a ese viejo diplomático había servido claramente a un fin que sólo conocían Renata y sus compañeras. Habían observado el crimen con una tranquilidad casi hipnótica, como si la crueldad demente de Heller revelase las fórmulas secretas de una lógica nueva, una violencia conceptualizada que transformaría los desastres aéreos y los choques de automóviles en sucesos de apacible dulzura. Ya planeaban una eterna lista psicótica de aventuras espectaculares: el asesinato del líder político visitante, la captura del convoy de plutonio, la reprogramación de Ultrac para destruir todo el sistema comercial y bancario de Occidente. Esas mujeres soñaban con la tercera guerra mundial como madres jóvenes que tararean mientras esperan el nacimiento del primer hijo.

EL SIGNO DE LA HIPODÉRMICA

Miró el reflejo de la doctora Vanessa en la ventana de la sala de control mientras ella le acomodaba los electrodos en el cuero cabelludo. Esas manos inseguras, que temblaban de culpa y de afecto, resumían todas las incertidumbres de ese peligroso experimento practicado en los transformados estudios de televisión. A pesar de la desaprobación del profesor Rotblat, ella se había convertido en una conspiradora dispuesta, tal vez con la confusa esperanza de que él lograra escapar, embarcarse en los arrecifes de su propia columna vertebral y alejarse volando por algún cielo interior. El rostro del director de la televisión nadaba en los gruesos vidrios de la sala de control. Durante los días anteriores, mientras preparaban el experimento en el laboratorio del estudio, Tarrant había comenzado a esconderse detrás de esos espejos transparentes, como si dudase de su propia realidad. No obstante, daba la impresión de entender la necesidad de aceptar ese mundo de terroristas y misiles de crucero, objetos vistos en un espejo deformado que quizá reconstruirían algún día en una secuencia más organizada. Multiplicadas por el ordenador Ultrac, las ondas de su cerebro alucinado serían transmitidas por la red nacional de televisión, y proporcionarían una nueva serie de fórmulas operativas para su pasaje a través de la conciencia. Tocó tranquilizadamente la rodilla de la doctora Vanessa mientras ella levantaba la hipodérmica hacia la luz.

EL SIGNO DEL VIBRADOR

Escuchó el zumbido monótono de la elegante máquina que la mano de Renata sostenía firmemente. Ella estaba acostada boca arriba, murmurando alguna complicada fantasía masturbatoria, ajena por primera vez a la presencia de él. Esos temblores y

jadeos, ¿la convencerían verdaderamente de su propia satisfacción sexual? Desde que regresara al apartamento de ella, había pensado muchas veces que el sexo ofrecía a cualquier aspirante a tirano el medio de conquista política más fácil y más eficaz. Pero él se había decidido por otra cosa. En unos pocos días los grupos terroristas intentarían iniciar la tercera guerra mundial, y el año psicológico llegaría a su clímax. Las películas subliminales ya estaban preparadas y serían transmitidas en los nuevos boletines de emergencia. Al fin relajado, miró la pelvis y los muslos tensos de Renata. Cuando la retransmisión televisiva de ese agotador acto sexual llegase a las estrellas más cercanas, cualquier observador curioso pensaría que ella estaba pariendo esa máquina desagradable, hija de su matrimonio con los impresos de Ultrac.

EL SIGNO DEL MISIL DE CRUCERO

Se arrodilló delante del aparato de televisión, esperando los retrasados boletines de emergencia. A esa altura los cielos del centro de Londres ya estarían repletos de helicópteros, las calles retumbarían por el paso de los transportes blindados de tropas, toda la panoplia del alerta nuclear. Aguardando pacientemente, confiado en que la lógica del nuevo zodíaco no dejaría de cumplirse, miró la pantalla silenciosa mientras Renata dormía tendida en la cama. En las profundidades de la mente soñó con misiles de crucero, lanzados desde submarinos y que atravesaban la tundra solitaria, y seguían luego los contornos de remotos fiordos árticos. Muy pronto partiría, contento de dejar ese planeta y sus interminables juegos de pesadilla. Sólo había desempeñado un papel menor en ese drama simplificado. El auténtico zodíaco de esa gente, las constelaciones de sus cielos mentales, no eran otra cosa que una inmensa máquina autodestructora. Salió del estudio mirando a la joven. Mientras le rodeaba el cuello con las manos, dispuesto a satisfacer la impecable lógica del círculo psicológico, sólo pensaba en los misiles de crucero.

EL SIGNO DEL ASTRONAUTA

Por la ventana de vidrio de la sala de aislamiento miró cómo la doctora Vanessa hablaba en voz baja con el profesor Rotblat. La ansiedad nerviosa de la doctora cuando la policía lo llevó de vuelta al hospital había dado paso a nada más que un simple interés neutro y profesional. Empujó con los codos la sábana firme, pensando en el cuerpo ensangrentado de Renata, con esa anatomía extrañamente resistente que él había tratado de ordenar en una geometría más feliz y más significativa. Ahora sabía que todos lo habían engañado, que no había existido ninguna crisis nuclear, y que habían preparado los mensajes subliminales para él solo. ¿Habría sido todo una simple fantasía, y la búsqueda zodiacal una imposición involuntaria causada por su brusca salida del hospital? Sin embargo, el cuerpo de Renata seguía siendo algo más que un pequeño estorbo clínico. Un día, el crimen de esta gangster intelectual sembraría quizá la total destrucción. A él lo había atrapado el zodíaco que se había visto obligado a construir, pero se había escapado por la puerta lateral de la muerte de esa joven mujer. La gran rueda había dado una vuelta completa, lo había alzado y lo había devuelto a la institución. Sin embargo no habían tenido en cuenta una contingencia totalmente inesperada: la recuperación de su cordura, un tesoro arrebatado a las doce casas. Ahora los dejaría, y tomaría la escalera izquierda que llevaba a la azotea de su mente, y se alejaría volando por los cielos libres de su espacio interior.

NOTICIAS DEL SOL

Por las noches, mientras descansaba en la azotea de la clínica abandonada, Franklin recordaba a menudo a Trippett, y el último viaje que había hecho al desierto con el astronauta moribundo y con su hija. Impulsivamente, había cedido ante el pedido de la muchacha, cuando la encontró esperándolo en el laboratorio desmantelado, el traje de astronauta y los anteojos solares del padre en las manos, gastados recuerdos de la desaparecida era del espacio. En muchos sentidos había sido un gesto sentimental, pero Trippett era el último hombre que había caminado por la luna, y el paisaje descuidado que rodeaba la clínica se parecía cada vez más a la superficie lunar. Bajo ese cielo azul cianuro tal vez se movería algo, excitando recuerdos perdidos, y por unos instantes Trippett hasta podría volver a sentirse como en su casa.

Seguido por la hija del astronauta, Franklin entró en el pabellón oscurecido. Habían trasladado a los otros pacientes, y Trippett estaba sentado solo en la silla de ruedas a los pies de la cama. Ahora, en vísperas del cierre de la clínica, el viejo astronauta había entrado en la fase terminal y sólo se mantenía consciente unos pocos segundos cada día. Pronto caería en la última ausencia profunda, un sueño invisible de las inmensas mareas del espacio.

Franklin levantó al viejo de la silla y llevó el cuerpo infantil por los pasillos hasta el aparcamiento de autos detrás de la clínica. Pero en cuanto salió a la punzante luz del sol lamentó la decisión, consciente de que la joven lo había manipulado. Ursula rara vez hablaba con Franklin y, al igual que los demás integrantes de la comunidad hippie, parecía disponer de todo el tiempo del mundo para mirarlo.

Pero esos rasgos pacientes y vulgares, y la mirada nada inocente, lo perturbaban de una manera curiosa. A veces sospechaba que había mantenido a Trippett en la clínica simplemente para poder ver a la hija. Los médicos más jóvenes la veían regordeta y asexuada, pero Franklin estaba seguro de que ese cuerpo de matrona ocultaba un misterio sexual muy particular.

Sospechas aparte, el estado del padre de la muchacha le recordaba a Franklin la aceleración de sus propias ausencias.

Durante un año esas ausencias habían durado poco más de algunos minutos diarios, lo que las había hecho manejables dentro del contexto de las horas que pasaba en el escritorio, y a veces casi indistinguibles de la meditación. Pero en las últimas semanas, como si la decisión de cerrar la clínica las hubiese incitado, se habían estirado a más de treinta minutos por episodio. En tres meses no podría salir de la casa, en seis estaría totalmente despierto sólo una hora por día.

Las ausencias llegaban con tanta rapidez que el tiempo se derramaba saliendo en torrente de la copa rota de sus vidas. El verano anterior, durante las primeras excursiones al desierto, los períodos de vigilia de Trippett habían durado por lo menos media hora. Le habían producido un placer conmovedor el paisaje desierto, los moteles abandonados y las piscinas cubiertas de maleza del pequeño pueblo cerca de la base aérea, las pistas silenciosas con los reactores polvorientos asentados en neumáticos desinflados, las colinas demasiado brillantes que esperaban con la astucia infinita del reino geológico el fin del mundo orgánico y el comienzo de un dominio mineral, más vívido.

Ahora, por desgracia, el viejo astronauta no se daba cuenta de ninguna de esas cosas. Iba al lado de Franklin en el asiento delantero, los ojos descoloridos abiertos detrás de los anteojos pero la mente sincronizada con un tiempo personal. Ni siquiera lo excitaba el movimiento veloz del auto, y Ursula tenía que sostenerlo por los hombros para que no se golpease contra el parabrisas como un muñeco de trapo.

- Siga, doctor... le gusta la velocidad... - La muchacha se echó hacia adelante y tocó con la mano la cabeza de Franklin, mirando el velocímetro con ojos muy abiertos.

Franklin hizo un esfuerzo para concentrarse en el camino, consciente del aliento de la muchacha en el pescuezo. Le costaba apartar las manos y la mente de esa madona de las autopistas con sueños secretos de velocidad. ¿Estaría planeando secuestrar al padre

de la clínica? Vivía en la pequeña comunidad que había ocupado Soleri II, la vieja ciudad solar que se levantaba allá arriba, en las colinas. La muchacha bajaba todas las mañanas en bicicleta a llevarle a Trippett su ración de uvas pasas y exquisiteces macrobióticas. Ella se sentaba muy tranquila a su lado, como una madre joven, mientras él jugaba con la comida, dibujando figuras extrañas en el plato de papel.

- Más rápido, doctor Franklin... he visto como maneja.

Siempre pisa el acelerador.

- ¿Así que me has visto? No estoy seguro. Si tuviera ahora un desmayo... - Cediendo otra vez, Franklin llevó el Mercedes al centro de la ruta e hizo subir la aguja del velocímetro hasta ochenta. Hubo un destello de faros delanteros cuando se adelantaron al autobús semanal de Las Vegas, una mescolanza de gritos de advertencia proferidos por los pasajeros que quedaron atrás envueltos en un tornado de polvo. El Mercedes ya andaba al doble del límite legal de velocidad. A treinta kilómetros por hora, teóricamente, el conductor que entraba en una ausencia repentina tenía tiempo de pasarle los mandos al acompañante obligatorio en el asiento delantero. En el desierto, a ambos lados de la ruta, se veían esparcidos los restos de autos que habían virado y salido del camino, deteniéndose en una loma de arena a más de un kilómetro de distancia, muriendo de exposición los conductores antes de despertar de las ausencias.

Pero a pesar de todo el peligro a Franklin le encantaba manejar, emprender carreras vertiginosas e ilícitas al anochecer, cuando parecía que estaba solo en un planeta olvidado. En un hangar cerrado de la base aérea había un Porsche y un viejo Jaguar. Los colegas de la clínica lo censuraban, pero él se salía con la suya, lo mismo que en el laboratorio, escudándose detrás de una fachada de excentricidad calculada que disculpaba algunas obsesiones con la velocidad, el tiempo, el sexo... Ahora necesitaba más la velocidad que el sexo. Pero pronto tendría que detenerse; manejar con rapidez se había convertido en un juego peligroso, estimulado por la esperanza infantil de que la velocidad garantizaría el movimiento de las agujas del reloj.

Por la izquierda se acercaron las torres y las cúpulas de cemento de la ciudad solar, la encantadora fantasía de una comunidad autosuficiente soñada por Paulo Soleri. Franklin aminoró la marcha para no atropellar a una joven vestida con un sari, detenida en el centro de la carretera como un maniquí. Los ojos de la joven miraban el polvo, una paleontología de esperanzas. En una hora saldría de ese estado y seguiría caminando hasta la parada del autobús, sin darse cuenta de que ya habían pasado el autobús y el tiempo.

Ursula abrazó al padre con tristeza, invitando a Franklin por señas a que se acercase.

- Andamos a paso de hombre, doctor. ¿Qué sucede? A usted le gustaba la velocidad. A papá también.

- Ursula, tu padre ni siquiera sabe que está aquí.

Franklin miró hacia el desierto, tratando de imaginar cómo lo verían los ojos de Trippett. El paisaje no parecía tan desolado como descuidado: los canales de riego desatendidos, el oxidado cuenco de un radiotelescopio montado sobre una cumbre cercana, plato de mendigo tendido hacia el banquete del universo. Las colinas esperaban a que ellos se alejasen de allí. Se había cometido un crimen, una fechoría cósmica que llevaba sobre los hombros ese viejo y excelente astronauta sentado a su lado. Trippett lloraba todas las noches mientras dormía. Por sus sueños apagados corrían espectros, tratando de salir de su cabeza.

Los mejores astronautas - Franklin lo había descubierto mientras trabajaba para la NASA - nunca soñaban. O al menos no lo hacían hasta diez años después de las misiones, cuando aparecían las pesadillas y ellos regresaban a los institutos de medicina aérea que habían ayudado a reclutarlos.

La luz parpadeó en el desierto, y dibujó un efímero rastro catódico en las lentes negras de los anteojos de Trippett. Había miles de espejos de acero instalados en un trecho

semicircular al borde de la carretera, una de las granjas solares que habrían proporcionado corriente eléctrica a los habitantes de Soleri II, energía ilimitada donada (en un gesto tal vez demasiado bondadoso) por la economía del sol.

Mientras miraba la luz reflejada que bailaba en los ojos de Trippett, Franklin dobló por el camino de mantenimiento que llevaba a la granja.

- Ursula, vamos a descansar aquí... Creo que estoy más fatigado que tu padre.

Franklin bajó del auto y echó a andar por la tierra blanca, calcinada, hacia el espejo más cercano. Siguió con los ojos las líneas focales que convergían en la torre de acero a menos de cien metros de distancia. Una parte del plato colector había caído al suelo, pero Franklin vio imágenes de sí mismo arrojadas al cielo, las mangas estiradas de su chaqueta blanca como las alas de un pájaro deforme.

- Ursula, trae a tu padre...

El viejo astronauta podía volver a verse suspendido en el espacio, esta vez patas arriba en esa imagen invertida, colgado por los talones del mástil del cielo.

Sorprendido por el placer perverso que le producía esa idea, Franklin volvió al auto. Pero mientras ayudaban a Trippett a bajar del asiento, tratando de tranquilizarlo, resonó sobre el desierto un ruido metálico. Una sombra angulosa relampagueó sobre sus cabezas, y un pequeño avión les pasó por encima, a menos de diez metros del suelo. El avión se escabullía como un mosquito demente, fabricando una tormenta con el motor diminuto, las alas encordadas aseguradas sobre un fuselaje abierto.

Montado a horcajadas sobre los mandos en miniatura iba un hombre de pelo blanco, desnudo a excepción de las gafas de aviador que llevaba sujetas a la cabeza. Manejaba el avión de una manera errática pero elegante, utilizando el cielo para exhibir su llamativa figura.

Ursula trató de sostener al padre, pero el viejo se le desprendió de la mano y empezó a tambalearse entre los espejos, aporreando el aire con los puños cerrados. Al verlo, el piloto giró bruscamente alrededor de la torre solar y luego picó directamente hacia él, elevándose en el último instante en una bocanada de ruido y de polvo. Mientras Franklin corría a echar a Trippett cuerpo a tierra, el avión describió una larga curva para embestir de nuevo. El piloto manejaba el aparato utilizando sólo las rodillas, los brazos abiertos a los lados como si remedara la figura de Franklin que se veía en el cuenco sobre la torre.

- ¡Slade! Tranquilícese de una vez...

Franklin se pasó una mano por la boca, sacándose la arena que lo había lastimado. Conocía de ese hombre demasiadas travesuras extravagantes para saber con certeza lo que haría a continuación. Antiguo piloto de la fuerza aérea y aspirante a astronauta, cuya solicitud Franklin había rechazado hacía tres años, mientras era presidente del tribunal de apelaciones médicas, había vuelto para importunarlo con las mismas excentricidades absurdas: rociar bandadas de golondrinas con pintura dorada, levantar un círculo de torres en el desierto («mi programa espacial privado», lo llamaba con orgullo), construir un aeropuerto de culto de cargo con torre de control de madera y aviones guardados en el garaje de la base aérea, parodia cruel destinada a castigar a los pocos mecánicos que todavía quedaban.

Y esos incesantes vuelos acrobáticos. Slade ¿habría reconocido el distante reflejo de Franklin mientras volaba cabeza abajo sobre el desierto, y decidido entonces pasar zumbando sobre el Mercedes por pura diversión, para impresionar a Trippett y a Ursula, y tal vez hasta a sí mismo? El avión volvía hacia ellos con el motor chillando.

Franklin vio que Ursula le gritaba algo, pero no se oían las palabras. El viejo astronauta temblaba como un espantapájaros vacío, señalando con una mano los espejos. Reflejadas en las hojas metálicas estaban las imágenes múltiples del avión negro, cientos de aves parecidas a buitres que giraban hambrientas sobre la tierra.

- ¡Ursula, al auto! - Franklin se quitó la chaqueta y corrió entre los espejos, con la esperanza de alejar el avión de Trippett. Pero Slade había decidido aterrizar. Apagó el

motor en el aire y fue perdiendo velocidad hasta aterrizar desmañadamente en el camino de mantenimiento. Mientras la máquina carreteaba hacia el Mercedes con la hélice todavía girando, Franklin aferró el ala de estribor, casi rasgando la tela barnizada.

- ¡Doctor! Ya me ha hecho aterrizar demasiadas veces...

- Slade inspeccionó la tela mellada, luego señaló los dedos temblorosos de Franklin. - Esas manos... Espero que no le dejen operar a sus pacientes.

Franklin miró el piloto canoso. Sus propias manos estaban temblando, un comprensible reflejo de alarma. A pesar de esas palabras irónicas, el cuerpo desnudo de Slade se veía tan tenso como una trampa, cada músculo cargado de hostilidad. Sus ojos examinaron a Franklin con la mirada alerta pero curiosamente inexpresiva del psicópata. Su piel pálida era casi luminosa, como si después de terminar la carrera de astronauta hubiese hecho algún pacto privado con el sol. Un estrecho cinturón, que le rodeaba el cuerpo por debajo de la cintura, lo mantenía pegado al asiento, pero en sus hombros se veían las cicatrices de un extraño arnés: las marcas de una camisa de fuerza, pensó Franklin, o de algún tipo de fetichismo sexual.

- Sí, mis manos. Son las primeras en traicionarme. Le gustará saber que me retiro esta semana. - Con voz tranquila, Franklin agregó: - Yo no lo hice aterrizar.

Slade rumió esas palabras, meneando la cabeza. - Doctor, usted casi clausuró, por su cuenta, todo el programa espacial. Tal vez lo irritaba de un modo particular. Pero no se preocupe, yo he iniciado otro, mi propio programa espacial. - Señaló a Trippett; Ursula lo estaba calmando en el auto. - ¿Por qué sigue molestando al viejo? Él no anda buscando preocupaciones.

- Le gusta pasear en auto... parece que la velocidad le hace bien. Y entiendo que a usted también. Tenga cuidado con esas ausencias. Si quiere, visíteme en la clínica.

- Franklin... - Slade controló su irritación aflojando cuidadosamente la mandíbula y la boca, como quien desmonta un arma ofensiva. - Ya no tengo ausencias. Encontré una manera de... enfrentarlas.

- ¿Haciendo estos vuelos? Asustó al viejo.

- No estoy seguro. - Slade miró a Trippett mientras movía afirmativamente la cabeza. - En realidad me gustaría llevarlo conmigo... Algún día volveremos a volar al espacio.

Para él fabricaré una suave nave espacial, de papel de arroz y bambú...

- Ésa parece su mejor idea hasta el momento.

- Lo es. - Slade miró a Franklin con repentino interés, y con la sonrisa casi infantil del alumno ante un maestro favorito. - Hay una manera de salir, doctor, una manera de salir del tiempo.

- Muéstremela, Slade. No me queda mucho tiempo.

- Lo sé, doctor. Eso es lo que quería decirle. Marion y yo lo vamos a ayudar.

- ¿Marion...? - Pero antes de que Franklin pudiese terminar la frase, se encendió el motor del avión. Soplando con la hélice el estabilizador de cola, Slade hizo girar hábilmente el aparato sobre sí mismo. Volvió a colocarse las gafas sobre los ojos y despegó en un embudo de polvo que blanqueó la pintura del Mercedes. Ya en la seguridad del aire dio una vuelta final, hizo un curioso saludo secreto y se elevó en el cielo.

Franklin caminó hasta el auto y se apoyó en el techo, recuperando el aliento. El viejo había recobrado la calma, y ya no se acordaba del breve ataque.

- Ese era Slade. ¿Lo conoces, Ursula? - Lo conoce todo el mundo. A veces trabaja con nuestra computadora en Soleri, o arma peleas. Está un poco loco, y trata todo el tiempo de no sufrir ausencias.

Franklin asintió, mirando cómo desaparecía el avión hacia Las Vegas, perdiéndose entre las torres de los hoteles.

- En una época se entrenó como astronauta. Mi mujer piensa que quiere matarme.

- Quizá tenga razón. Ahora recuerdo... Dijo que si no fuera por usted habría ido a la luna.

Franklin hizo girar el Mercedes en el camino de mantenimiento. Cuando entraron en la autopista pensó en la misteriosa referencia que Slade había hecho sobre Marion. Era hora de ser cauteloso. Las ausencias de Slade tendrían que haberse ido alargando durante meses, pero de algún modo las mantenía a raya. Toda esa energía violenta contenida en su cráneo abriría algún día las suturas y estallaría en un feroz acto de venganza...

- ¡Doctor Franklin! ¡Escuche! Franklin sintió las manos de Ursula en los hombros.

Presa de pánico, aminoró la velocidad y se puso a buscar el pequeño avión en el cielo.

- ¡Es papá, doctor! ¡Mire! El viejo se había incorporado, y miraba por la ventanilla con sorprendente atención. La floja musculatura de ese rostro había recuperado el tono, dibujando el enérgico perfil de un antiguo oficial naval. No mostraba ningún interés en su hija ni en Franklin pero se fijaba con notable curiosidad en una raída palmera que crecía al lado de un motel de la orilla de la autopista, y en el agua tibia de la piscina semivacía.

Mientras el auto oscilaba avanzando por el centro de la carretera, Trippett movía afirmativamente la cabeza, aprobando sin reservas todo ese paisaje árido. Tomó la mano de la hija, subrayando algún punto de la conversación interrumpida por un bache.

-...aquí todo es verde, más parecido a Texas que a Nevada. Y tranquilo. Muchos árboles frescos y pastos y todos esos campos y lagos bonitos. Me gustaría parar y dormir un rato. Mañana, tal vez, iremos a nadar, querida. ¿Te gustaría? Apretó la mano de la hija con repentino afecto. Pero no pudo continuar hablando: una puerta se le cerró dentro de la cara, y él dejó de estar allí.

Llegaron a la clínica y devolvieron a Trippett a su sala oscurecida. Más tarde, mientras Ursula pedaleaba alejándose por las pistas de aterrizaje silenciosas, Franklin se sentó en su escritorio del laboratorio desmantelado. Golpeteó uniendo las yemas de los dedos mientras pensaba en la curiosa intervención de Trippett, provocada de algún modo por la aparición de Slade en el cielo. La breve salida del viejo astronauta al mundo del tiempo, esos pocos segundos de lucidez, le daban esperanzas. ¿Sería posible revertir las ausencias? Estuvo tentado de volver a la sala y meter a Trippett en el auto y salir a dar otra vuelta.

Entonces recordó el avión de Slade que se acercaba velozmente sobre los espejos solares, la hélice pequeña y maligna que desmenuzaba la luz y el aire, el tiempo y el espacio. Ese astronauta fracasado había llegado a la clínica hacía siete meses. Mientras Franklin estaba de viaje, asistiendo a una conferencia, llegó Slade en una ambulancia de la fuerza aérea, haciéndose pasar por un paciente terminal. Con ese pelo canoso y esa mirada obsesiva, había cautivado inmediatamente a la directora de la clínica, la doctora Rachel Vaisey, que le permitía andar libremente por todo el lugar. Slade recorría los laboratorios y los pasillos, recogiendo armarios y cajones de escritorios en desuso, sobre los que montaba una serie de pequeños cuadros, altares psicosexuales para los extraños dioses que llevaba dentro de la cabeza.

Construyó el primero de los altares en el bidet de Rachel Vaisey, una fea armazón de jeringas hipodérmicas, anteojos de sol rotos y tampones ensangrentados. Otros altares aparecieron en alcobas de los pasillos y en camas desocupadas, reliquias de un futuro todavía no experimentado abandonadas allí como una especie de depósito psíquico a cuenta del probable fracaso de su tratamiento. Después que una ultrajada doctora Vaisey insistió en realizar una inspección completa, Slade se fue de la clínica y se hizo una nueva casa en el cielo.

Quitaron los altares, pero preservaron uno cuidadosamente. Franklin abrió el cajón central de su escritorio y miró el arreglo exhibido como un cadáver en un féretro de algodón quirúrgico. Había un fragmento etiquetado de roca lunar robado del museo de la NASA en Houston; una fotografía de Marion en un baño de hotel, tomada con zoom; el

cuerpo blanco casi se fundía con los azulejos de la ducha; una reproducción descolorida de La persistencia de la memoria de Dalí, con los relojes blandos y el embrión agonizante; un juego de leucótomos con las puntas tapadas por habichuelas metálicas; y una tarjeta de emergencia de un donante de órganos que legaba su propio cerebro a quien lo necesitase.

En conjunto esos artículos formaban un certero antirretrato de todas las obsesiones de Franklin, una capilla lateral de su cabeza. Pero Slade había sido siempre un observador agudo, y mostraba más interés en Franklin que en ninguna otra persona.

¿Cómo eludía las ausencias? La última vez que Franklin lo había visto en la clínica, Slade ya sufría ausencias que duraban una hora o más. Pero ese hombre de algún modo había abierto una puerta en la mente de Trippett, y le había dado su visión de campos verdes.

Cuando Rachel Vaisey fue a quejarse de la salida en auto sin autorización, Franklin le restó importancia, y trató de transmitir su excitación ante el arranque de Trippett.

- Allí estaba, Rachel. Fue completamente él mismo durante algo así como treinta segundos, sin esfuerzo, sin necesidad de recordar quién era. Me asusta pensar que lo había dado por perdido.

- Qué extraño... una de esas remisiones inexplicables.

Pero trate de no ver en eso demasiadas cosas. - La doctora Vaisey miró con disgusto la cámara perimetral instalada al lado del enorme disco giratorio. Como a la mayoría de los integrantes de su equipo, le gustaba la idea de que cerrase la clínica, y que trasladasen a algún sanatorio distante los pocos pacientes que quedaban. Dentro de un mes ella y sus colegas regresarían a las universidades de donde habían salido temporariamente. Ninguno de ellos había sido afectado todavía por las ausencias; que hubiese sucumbido solamente Franklin parecía doblemente cruel, y confirmaba todas las viejas sospechas acerca de ese médico díscolo. Franklin había sido el primer psiquiatra de la NASA en identificar la enfermedad del tiempo, en ver el sentido de las ausencias originales de los astronautas.

Pensativa ante el panorama que se le presentaba a Franklin, consiguió esbozar una sonrisa conciliatoria.

- Dice usted que habló con coherencia. ¿Qué dijo? - Balbuceó algo acerca de unos campos verdes. - Franklin estaba detrás del escritorio con la vista clavada en el cajón abierto que los ojos suspicaces de la doctora Vaisey no alcanzaban a ver. - Estoy seguro de que los veía de verdad.

- ¿Un recuerdo de la infancia? Pobre hombre, al menos parece feliz, no importa donde esté verdaderamente.

- ¡Rachel...! - Franklin metió el cajón en el escritorio. - Trippett miraba el desierto a los lados de la carretera: allí no hay nada más que piedras, polvo y unas pocas palmeras moribundas, pero él veía campos verdes, lagos, bosques de árboles. Debemos mantener abierta la clínica un poco más. Siento que ahora tengo una oportunidad. Quiero volver al principio y repensar todo.

Antes que la doctora Vaisey pudiera interrumpirlo, Franklin había empezado a pasearse por la oficina, hablándole al escritorio. - Tal vez las ausencias sean una preparación para algo, y hayamos hecho mal en temerlas. Los síntomas se han extendido tanto que estamos virtualmente frente a una epidemia invisible que afecta a una persona de cada cien y que quizá ha contagiado a otro cinco por ciento que todavía no se ha dado cuenta. Eso, sin duda, es lo que ocurre aquí en Nevada.

- Es el desierto... Desde luego, la topografía tiene que ver con las ausencias. Le ha hecho daño a usted, Robert. A todos nosotros.

- Más razón para quedarnos y enfrentarla. Escúcheme, Rachel: estoy dispuesto a trabajar con los demás mejor que antes. Esta vez seremos un verdadero equipo.

- Eso es una concesión. - La doctora Vaisey habló sin ironía. - Pero es demasiado tarde, Robert. Usted ha probado todo.

- No he probado nada... - Franklin apoyó una mano en la enorme lente de la cámara perimetral, ocultando la figura deformada que remedaba sus gestos desde el cristal. Lo habían seguido todo el día reflejos distorsionados de sí mismo, como si le estuvieran mostrando breves pasajes de una película obscena en la que actuaría pronto. Ojalá hubiera dedicado más tiempo a Trippett y menos a los grupos de voluntarios compuestos por amas de casa y personal de la fuerza aérea.

Pero el viejo astronauta lo intimidaba, le tocaba los sentimientos de culpa que le despertaba su complicidad con el programa espacial. Como integrante del equipo de apoyo médico había ayudado a poner en el espacio a los últimos astronautas, y hecho posibles los vuelos de un año de duración que habían desatado toda la plaga espacial y quebrado el reloj de arena cósmico...

- ¿Y Trippett? ¿Dónde lo va a esconder? - No lo vamos a esconder. Su hija se ha ofrecido a llevarlo con ella. Parece una chica razonable.

Dominada por la ansiedad, la doctora Vaisey se adelantó y sacó la mano de Franklin de la lente de la cámara. - Robert... ¿podrá arreglárselas? Usted dice que lo cuidará su mujer. Me gustaría que me permitiese conocerla. Podría insistir...

Franklin pensaba en Trippett: la noticia de que el viejo astronauta seguiría estando allí, probablemente viviendo en Soleri II, le había dado esperanzas. El trabajo podría continuar...

Sintió una necesidad repentina de quedarse solo en la clínica vacía, de librarse de la doctora Vaisey, esa neuróloga madura y bien intencionada, de mente cerrada y mundo cerrado. Ella miraba a Franklin por encima del escritorio, evidentemente sin saber bien qué hacer, los ojos distraídos por las golondrinas doradas y plateadas que hacían piruetas sobre las pistas del aeropuerto. La doctora Vaisey había lamentado siempre su breve apasionamiento con Slade.

Franklin recordaba su último encuentro en la oficina de ella, en el que Slade había sacado el pene y se había masturbado delante de la mujer; luego había insistido en poner el semen caliente en una platina. Por el ocular del microscopio la doctora Vaisey había observado las mil réplicas de ese joven psicótico nadando frenéticamente. Luego de diez minutos comenzaron a claudicar. En una hora estaban todas muertas.

- No se preocupe, no tendré problemas. Marion conoce exactamente mis necesidades. Y Slade estará cerca para ayudarla.

- ¿Slade? ¿Qué diablos...? Franklin sacó el cajón central del escritorio. Con cuidado, como quien manipula un explosivo, puso el altar ante los ojos aterrados de la doctora Vaisey.

- Tómelo, Rachel. Es el plano de nuestro programa espacial conjunto. Quizá le interese participar...

Después que se fue la doctora Vaisey, Franklin regresó a su escritorio. Primero se sacó el reloj de pulsera y se masajeó la piel en carne viva del antebrazo. Cada quince minutos volvía la aguja del cronómetro a cero. Ese tic nervioso, un espasmo temporal, era desde hacía tiempo objeto de bromas en la clínica. Pero tras la aparición de una ausencia el tiempo total acumulado le daba una medida razonablemente exacta de su duración. Un mecanismo imperfecto: casi se alegraba al pensar que pronto se libraría totalmente del tiempo.

Pero eso aún no era posible. Mientras se tranquilizaba miró las últimas páginas del diario.

Junio 19 - ausencias: 8:30 a 9:11 am; 11:45 a 12:27 am; 5:15 a 6:08 pm; 11:30 a 12:14 pm. Total: 3 horas.

Las sumas lo iban arrinconando. Junio 20: 3 horas 14 minutos; junio 21: 3 horas 30 minutos; junio 22: 3 horas 46 minutos. Le quedaba poco más de diez semanas si las ausencias no dejaban de crecer, o si no encontraba la puerta por la que Trippett había asomado brevemente la cabeza.

Franklin cerró el diario y volvió a mirar la lente de la cámara perimetral. Curiosamente, nunca se había dejado fotografiar por la máquina, como si los contornos de su cuerpo constituyesen un terreno secreto cuyos códigos había que mantener en reserva para facilitarle la última tentativa de huida. De pie o recostados en la plataforma rotatoria, los pacientes voluntarios habían sido fotografiados en una toma continua que los transformaba en un paisaje de colinas y valles ondulantes, no muy diferente del desierto que se extendía allí afuera. ¿Podrían tomar una fotografía aérea de los desiertos de Gobi y del Sahara, invertir el proceso y reconstituir la inmensa figura de una diosa dormida, una Afrodita nacida de un mar de dunas? Franklin se había obsesionado con la cámara, y fotografiaba todo desde cubos y esferas hasta tazas y platos y luego los propios pacientes desnudos, con la esperanza de encontrar la dimensión de tiempo encerrada en esos espacios ondulantes.

Hacía tiempo que los voluntarios se habían retirado a las salas de enfermos terminales, pero sus fotografías estaban todavía clavadas en las paredes: un dentista jubilado, un sargento de policía integrante del destacamento de Las Vegas, una peluquera de edad madura, una atractiva madre de mellizos de un año de edad, un controlador de tráfico aéreo de la base. Sus rasgos achatados y sus anatomías deformes se parecían al embrollo pesadillesco que veían todos los pacientes si se los despertaba deliberadamente de sus ausencias mediante estimulantes fuertes o choques eléctricos: formas legamosas en un mundo elástico, vertiginoso y desagradable. Sin tiempo, un rostro parecía desparramarse manchando el aire, y el cuerpo humano se transformaba en un monstruo surrealista.

Para Franklin, y para las demás decenas de miles de víctimas, las ausencias habían comenzado de la misma manera, con momentos muy breves de distracción. Una pausa demasiado larga en la mitad de una oración, un huevo revuelto misteriosamente quemado, el sargento de la fuerza aérea que le cuidaba el Mercedes molesto por su repentina falta de educación: todo eso llevó a lapsos más largos de tiempo perdido. Subjetivamente, no notaba interrupciones en la corriente de la conciencia. Pero el tiempo se escurría escapándose lentamente de su vida. Apenas el día anterior, se había asomado a la ventana a mirar la hilera de autos iluminados por el sol del atardecer; un instante después afuera era de noche y el lugar de aparcamiento estaba vacío.

Todas las víctimas contaban la misma historia: citas olvidadas, accidentes automovilísticos inexplicables, criaturas sin atención rescatadas por la policía y los vecinos. Las víctimas «despertaban» a medianoche en edificios de oficinas vacíos, se descubrían en bañeras de agua estancada, eran arrestadas por caminar sin respetar las señales de tránsito, se olvidaban de alimentarse. En seis meses sólo estarían conscientes durante la mitad del día, tendrían miedo de manejar o de salir a la calle, y llenarían desesperadamente todos los cuartos de relojes y de aparatos para medir el tiempo. Una semana (mezcolanza de albas y crepúsculos) pasaba como una exhalación. Al final del primer año sólo estaban alerta unos pocos minutos por día, ya no podían alimentarse ni cuidarse, y pronto entrarían en uno de los tantos hospitales o sanatorios estatales.

El primer paciente de Franklin después que éste llegó a la clínica fue un piloto de combate con quemaduras graves que se había metido con su reactor por las puertas de un hangar.

El segundo fue el último de los astronautas, un antiguo capitán naval llamado Trippett. El piloto pronto quedó fuera de su alcance, sumido en un crepúsculo perpetuo, pero Trippett había resistido, manteniéndose lúcido durante unos pocos minutos diarios.

Franklin había aprendido mucho de Trippett, el último hombre en caminar por la luna y el último hombre en luchar contra las ausencias: hacía tiempo que todos los primeros astronautas se habían retirado a un mundo intemporal. Los cientos de conversaciones fragmentarias, y la misteriosa culpa que Trippett compartía con sus colegas y que, como a ellos, lo llevaba a llorar en sueños, convencieron a Franklin de que había que buscar el origen de la epidemia en el propio programa espacial.

El hombre, al salir de su planeta y partir hacia el espacio exterior, había cometido un crimen evolutivo, había violado las normas que regían su inquilinato del universo, y las leyes del tiempo y el espacio. Tal vez el derecho a viajar por el espacio perteneciese a otra categoría de seres, pero por ese delito recibía un castigo tan indudable como el que sufriría cualquiera que intentase desconocer las leyes de la gravedad. Las vidas desdichadas de los astronautas mostraban, por cierto, todos los signos de un creciente sentido de culpa. La reincidencia en el alcoholismo, el silencio y el pseudomisticismo, y los trastornos mentales, insinuaban angustias profundas ante el problema de la legitimidad moral y biológica de la exploración espacial.

Por desgracia, la enfermedad no sólo afectaba a los astronautas. Cada lanzamiento espacial había dejado su huella en las mentes de las personas que habían observado las expediciones. Cada vuelo a la luna y cada viaje alrededor del sol era un trauma que les torcía la percepción del tiempo y del espacio. Su propia expulsión del planeta de origen mediante el uso de fuerza bruta había sido un acto de piratería evolucionaria, por el que los echaban ahora del mundo del tiempo.

Franklin fue el último en salir de la clínica, preocupado por sus recuerdos de los astronautas. Se había quedado sentado en su escritorio dentro del laboratorio silencioso, el dedo en el cronómetro, esperando la ausencia vespertina. Pero la ausencia no se había producido: tal vez su alegre estado de ánimo tras la salida en auto con Trippett la había desviado.

Mientras atravesaba el aparcamiento de autos miró hacia la base aérea abandonada. A doscientos metros de la torre de control, sobre la pista de cemento, había una joven con un delantal atado alrededor de la cintura, perdida en una ausencia. A poco más de medio kilómetro de distancia había otras dos mujeres en el centro de la enorme pista de carga.

Todas pertenecían al pueblo cercano. Al oscurecer, esas mujeres de las pistas salían de sus hogares y de sus casas rodantes y vagaban por la base aérea, mirando el crepúsculo como esposas de astronautas olvidados que esperaban la vuelta de sus maridos desde las mareas del espacio.

La aparición de esas mujeres tenía siempre un efecto perturbador sobre Franklin, que debió obligarse a poner en marcha el auto. Mientras viajaba hacia Las Vegas el desierto presentaba un aspecto casi lunar a la luz del anochecer.

Nadie iba ahora a Nevada, y la mayor parte de la población local se había marchado hacía mucho tiempo, asustada por las molestas perspectivas del desierto. Cuando llegó a su casa el crepúsculo se filtraba a través de la bruma color cereza que cubría los viejos casinos y hoteles, recuerdo espectral de la noche eléctrica.

A Franklin le gustaba ese abandonado lugar de juego. Los otros médicos vivían a pocos minutos en auto de la clínica, pero Franklin había escogido uno de los moteles semivacíos de los suburbios del norte de la ciudad. Por las noches, después de visitar a sus escasos pacientes en las casas de retiro, solía pasear en auto por el silencioso Strip, bajo las fachadas crepusculares de los enormes hoteles, y vagar durante horas bajo las sombras, entre las piscinas vacías.

Esa ciudad de sueños agotados, que alguna vez se había jactado de no contener relojes, parecía estar ahora sufriendo ella misma una ausencia.

Mientras aparcaba en el patio delantero del motel, notó que faltaba el auto de Marion. El departamento del tercer piso estaba vacío. El televisor, puesto al lado de la cama,

funcionaba en silencio para una montaña de textos de medicina que Marion le había sacado de los estantes y para un cenicero tan desbordado como la boca del Vesubio. Franklin puso los vestidos en perchas y los guardó en el ropero. Mientras contaba las nuevas quemaduras de cigarrillo que había en la alfombra, pensó en el notable desorden que Marion podía producir en unas pocas horas, tanto en la casa como en lo demás. Sus ausencias ¿serían verdaderas o simuladas? A veces sospechaba que ella, casi a sabiendas, remedaba los deslices temporales, en un esfuerzo por entrar en la única región donde Franklin estaba libre de ella, a salvo de toda su frustración por haber vuelto a su lado.

Franklin salió al balcón y miró hacia la piscina vacía.

Marion tomaba a menudo baños de sol desnuda sobre el piso de cemento, y quizá la había atrapado allí la ausencia. Escuchó el zumbido de un avión liviano que daba vueltas alrededor de los hoteles distantes, y se enteró por el geólogo jubilado del departamento contiguo que Marion había salido en el auto apenas unos minutos antes de su llegada.

Mientras arrancaba se dio cuenta de que su ausencia vespertina aún no se había producido. Marion ¿habría visto sus faros acercándose por el desierto, y decidido de pronto desaparecer en la noche oscura de los hoteles del Strip? Ella había conocido a Slade en Houston hacía tres años, y en esa ocasión él había intentado persuadirla de que intercediese ante Franklin. Ahora parecía que él la cortejaba desde el cielo, por motivos que ella probablemente no alcanzaba a entender. Hasta aquella primera relación había sido parte de la esmerada cacería que Slade practicaba sobre Franklin.

No se veía más el avión; había desaparecido sobre el desierto. Franklin se metió con el auto por el Strip, entrando y saliendo de los patios de los hoteles. En un aparcamiento vacío vio uno de los fantasmas del crepúsculo, un hombre de edad madura vestido con un raído smoking, un croupier o un cardiólogo jubilado que volvía a esos armatostes soñadores. Sorprendido en la mitad del pensamiento, miró sin ver hacia un letrero de neón apagado. No muy lejos, entre las mesas polvorientas de la piscina, había una joven de caderas fuertes, la figura escultural transformada por la ausencia en una musa de Delvaux.

Franklin se detuvo para ayudarlos, si fuera posible para despertarlos antes de que se congelasen en la fría noche del desierto. Pero al bajar del auto vio que los faros se reflejaban en la hélice quieta de un pequeño avión detenido sobre el Strip.

Slade se asomó desde la cabina del aparato; a la luz de los faros su piel blanca era de un marfil enfermizo. Todavía andaba desnudo, y llamaba por señas, con gran familiaridad, a una mujer hermosa vestida con un abrigo de prostituta que inspeccionaba juguetonamente la cabina. La invitaba ofreciéndole el asiento estrecho, como un conductor de antes tratando de seducir a una transeúnte.

Admirando a Slade por su valor para usar el cielo como medio para abordar a su mujer, Franklin echó a correr. Slade había tomado a Marion de la cintura e intentaba meterla en la cabina.

- ¡Suéltela, Slade! - A veinte metros de ellos, Franklin tropezó en un neumático abandonado. se detuvo a recuperar el aliento, y entonces brotó de la oscuridad un ruido de motor que se arrojó sobre él: el mismo trompetazo metálico que había oído esa mañana en el desierto. El avión de Slade corría por el Strip, rebotando con las ruedas en el cemento, la hélice iluminada por los faros delanteros del auto.

Franklin cayó de rodillas y el avión se ladeó para esquivarlo; luego se elevó bruscamente y se alejó en el cielo.

El aire excitado se agitaba alrededor de Franklin, persiguiendo a Slade. Franklin se levantó, tapándose la cara con las manos para protegerla del polvo. La oscuridad se había llenado de hojas de hélice que giraban. De la noche salían retorciéndose unos lazos plateados, imágenes de la hélice que se arrojaban desde la estela que había dejado el avión.

Aturdido todavía por el violento ataque de la máquina, Franklin oyó cómo se perdía el zumbido sobre el desierto.

Observó el despliegue con que su retina había transformado las calles sombrías. Sobre su cabeza giraban unas espirales de plata que desaparecían entre los hoteles, resplandeciente senda de vuelo que casi podía tocar con las manos. Se afirmó contra el duro cemento que tenía bajo los pies y volvió a seguir a su mujer, que escapaba de él entre las piscinas vacías y los aparcamientos desiertos de la ciudad recién iluminada.

- Pobrecito... ¿no lo viste? Voló directamente hacia ti.

¿Robert...? - Claro que lo vi. Si no fuera por eso no creo que estuviese ahora aquí.

- Pero tú te quedaste allí inmóvil, totalmente hipnotizado. Sé que él siempre te ha fascinado, pero eso es llevar las cosas demasiado lejos. Si esa hélice hubiera...

- Fue un pequeño experimento - dijo Franklin -. Quería ver qué era lo que trataba de hacer.

- ¡Trataba de matarte! Franklin estaba sentado en el borde de la cama, mirando las quemaduras de cigarrillo en la alfombra. Habían llegado al departamento hacía quince minutos, pero él estaba todavía tratando de tranquilizarse. Pensaba en la hélice que había girado devorando la oscuridad. Postergada toda la tarde, su ausencia había comenzado en el momento en que tropezaba en el neumático, y había durado casi una hora. Por motivos personales, Marion fingía que la ausencia no había ocurrido, pero Franklin tenía la piel helada al despertar. ¿Qué habían estado haciendo ella y Slade durante el tiempo perdido? A Franklin no le costaba nada imaginarlos juntos en el auto de Marion, o hasta en la cabina del avión, bajo la mirada ciega del marido. Eso le agradaría a Slade, y lo pondría en el estado de ánimo justo para asustar a Franklin en el momento de despegar.

Por la puerta abierta Franklin miró el cuerpo desnudo de su mujer dentro del cubo blanco del cuarto de baño. En la jabonera humeaba un cigarrillo mojado. En los muslos y las caderas de Marion había racimos de pequeñas magulladuras, marcas de una lucha estilizada. Un día, pronto, cuando ella se vaciase de tiempo, los contornos de esos pechos y esos muslos emigrarían a las paredes bruñidas, tan serenas como las dunas y los valles de las fotografías perimetrales.

Marion se sentó ante la mesa del tocador y espió por encima del hombro empolvado con cierta preocupación.

- ¿Te pondrás bien? A mí me cuesta mucho enfrentarme conmigo misma.

¿Aquello no fue un ataque...?

- Claro que no. - Hacía meses que fingían que ninguno estaba afectado por las ausencias. Marion necesitaba la ilusión, más en el caso de Franklin que en el suyo. - Pero quizá yo no sea siempre inmune.

- Robert, si alguien es inmune ese alguien eres tú.

Piensa en ti, en lo que siempre has querido: estar solo en el mundo, sólo tú y esos hoteles vacíos. Pero cuídate de Slade.

- Me cuido. - Como al pasar, Franklin agregó: - Quiero verlo de nuevo. Arregla una entrevista.

- ¿Qué? - Marion volvió a mirar al marido por encima del hombro, la lente de contacto izquierda atrapada debajo del párpado. - Sabes, andaba desnudo.

- Eso vi. Es parte de su código. Slade está tratando de decirme algo. Me necesita, de un modo especial.

- ¿Te necesita? No, no te necesita, créeme. Si no fuera por ti habría ido a la luna. Le quitaste eso, Robert.

- Y puedo devolvérselo.

- ¿Cómo? ¿Van ustedes a iniciar un programa espacial propio? - Ya lo hemos iniciado en cierto modo. Pero de verdad necesitamos tu ayuda.

Franklin se quedó esperando una respuesta, pero Marion siguió extasiada ante el espejo, la caja de las lentes de contacto en una mano, separando los párpados con los dedos.

Fundida con su propio reflejo en el vidrio manchado por los dedos, parecía que estaba disparándole al sol con un sextante en miniatura, buscando su rumbo en esa ciudad de espejos vacíos. Recordó el último mes que habían pasado juntos en Cabo Kennedy después del fin, el largo viaje en auto por la costa muerta de la Florida. El programa espacial había expresado todo su fracaso mediante esa mezcla terminal de hoteles y edificios de departamentos abandonados, arquitectura tan críptica como los códigos de un idioma geométrico descartado. Recordó la sangre de Marion derramándose en el lavatorio desde las palmas de las manos cortadas, y las disputas constantes que nacían del aire.

Pero curiosamente éstos habían sido días felices, colmados por los vivificantes estímulos de su enfermedad.

Había soñado con la promiscuidad de ella, con los insanos favores que concedía a camareras y a mozos de hotel. Regresó solo de Miami, descansando al lado de las piscinas de los hoteles vacíos, recordando los éxtasis de los aparcamientos abandonados. En cierto modo ese viaje había sido su primer experimento con el tiempo y el espacio, colocando ese cuerpo y esa mente desdichada en una serie de cuartos de baño y piscinas, observándola con los amantes en los esquemáticos aparcamientos de coches, emociones suspendidas en esas telarañas abstractas del espacio.

Afectuosamente, Franklin apoyó las manos en los hombros de Marion, sintiendo la conocida piel pegajosa de las ausencias. Le acomodó las manos de ella en la falda y luego le sacó la lente de contacto del globo del ojo, cuidando de no cortarle la córnea. Franklin le sonrió a ese rostro descolorido, contando las pequeñas cicatrices y manchas que le habían aparecido alrededor de la boca. Como todas las mujeres, Marion nunca temía verdaderamente las ausencias: aceptaba el mito popular de que durante esos períodos de ausencia temporal el cuerpo se negaba a envejecer.

Sentado al lado de ella en el taburete, Franklin la abrazó con suavidad. Le sostuvo los pechos en las palmas de las manos, siguiendo durante un momento las curvaturas resbaladizas. A pesar de todo el cariño que sentía por Marion, no tendría más remedio que usarla en su duelo con Slade. Los planos de los muslos y los hombros de ella eran segmentos de una pista de despegue secreta por la que algún día volaría hacia su seguridad.

Julio 5 No fue uno de mis mejores días. Cinco ausencias largas, cada una de más de una hora. La primera comenzó a las 9, mientras iba por detrás de la piscina hacia el auto. De pronto me encontré de pie en el fondo: la luz del sol era más fuerte, y el viejo geólogo me miraba con cara de preocupado. ¡Marion le había pedido que no me molestase porque yo estaba meditando! En el futuro tendré que acordarme de usar un sombrero, la luz del sol me produjo una erupción viral en los labios. Marion usa eso como pretexto para no besarme, no se da cuenta de lo ansiosa que está por irse de aquí, no podrá seguir fingiendo que no existen las ausencias durante mucho tiempo. ¿Supondrá que yo de algún modo tengo planes para explorar su sexualidad exacerbada? Esas ausencias largas son extrañas, por primera vez desde el ataque del aeroplano tengo un vago recuerdo del tiempo muerto. La geometría de aquella piscina vacía actuaba como un espejo, el cielo parecía haberse llenado de soles. Quizá Marion sabía lo que hacía cuando iba allí a tomar baños de sol. ¿Deberé descender por esa oxidada escalera de cromo a una nueva clase de tiempo? Total de tiempo perdido: 6 horas 50 minutos.

Julio 11 Hoy sufrí una ausencia peligrosa, y lo que puede haber sido otro intento homicida por parte de Slade. Casi me maté viajando en auto a la clínica, y me cuesta pensar en volver allí. La primera ausencia se produjo a las 8:15 de la mañana,

sincronizada con la de Marion: ésa es ahora nuestra única actividad conyugal. Debo haber empleado una hora en abrir la puerta del baño, mientras la miraba a ella inmóvil bajo la ducha. Sobre el cielo raso y las paredes, hasta sobre el aparcamiento de autos, allá afuera, parecían extenderse unas curiosas imágenes residuales, partes de la anatomía de ella. Por primera vez sentí que no era imposible estar despierto durante las ausencias. Un mundo fantástico, el cambio espacial percibido con independencia del tiempo.

Excitado por todo esto, salí hacia la clínica, ansiando hacer algunas pruebas en la cámara perimetral.

Pero después de haber andado poco más de un kilómetro debo haber salido de la carretera, pues me encontré en el aparcamiento de un hipermercado abandonado, rodeado por una multitud de rostros que me miraban. En realidad eran maniqués como los que se ven en las tiendas. De pronto se oyó una andanada de disparos, y volaron por todas partes brazos y cabezas de fibra de vidrio. Slade jugando de nuevo, esta vez con una ametralladora instalada en el techo del hipermercado. Seguramente me había visto allí desamparado y me había puesto los maniqués alrededor. La gente intemporal, los únicos miembros del homo sapiens cuando todos nos hayamos ido, esperando aquí con sonrisas idiotas el primer visitante estelar.

¿Cómo hace Slade para reprimir las ausencias? ¿La violencia, lo mismo que la pornografía, será algo así como una especie de sistema de apoyo evolucionario, un último recurso para introducir un nuevo naipe en el juego? La preferencia generalizada por la pornografía significa que la naturaleza nos está alertando acerca de alguna amenaza de extinción. Entre paréntesis, sigo pensando en Ursula... Total de tiempo perdido: 8 horas 17 minutos.

Julio 15 Debo salir más a menudo de este motel. Como curioso producto lateral de las ausencias, estoy perdiendo todo sentido de la urgencia. Me he quedado aquí tres días sentado, mirando tranquilamente cómo se me escapaba el tiempo entre los dedos. Lo que casi me convence de que las ausencias son buenas, signo de que está a punto de producirse un inmenso salto biológico, provocado por los vuelos espaciales. O simplemente se trata de que tengo la mente paralizada por el miedo...

Esta mañana me obligué a salir a la luz del sol.

Anduve despacio en auto por Las Vegas, buscando a Marion y pensando en los vínculos que existen entre el juego y el tiempo. Uno podría imaginar un mundo en el que la longitud de cada intervalo temporal dependiese del azar.

Tal vez los derrochadores que llegaban a Las Vegas andaban más cerca de la verdad de lo que creían. El «tiempo de reloj» es un invento neuropsicológico, una vara de medir limitada al homo sapiens. El viejo perro perdiguero del geólogo que vive en la puerta de al lado tiene obviamente un sentido del tiempo diferente, lo mismo que las cigarras de la orilla de la piscina. Hasta los materiales de mi cuerpo y los niveles inferiores de mi cerebro tienen un sentido del tiempo muy diferente del que tiene mi corteza cerebral, ese huésped no invitado que llevo dentro del cráneo.

¿Simultaneidad? Es posible imaginar que todo ocurre al mismo tiempo, que todos los acontecimientos «pasados» y «futuros» que constituyen el universo tienen lugar a la vez. Quizá nuestro sentido del tiempo sea una estructura mental primitiva que heredamos de nuestros menos inteligentes antepasados. Para el hombre prehistórico la invención del tiempo (un brillante salto conceptual) fue una manera de clasificar y almacenar la inmensa catarata de acontecimientos que le había abierto su cerebro incipiente. Como a un perro que entierra un hueso grande, la invención del tiempo le permitió postergar el reconocimiento de un sistema de acontecimientos tan grande que no lo podría entender de un solo bocado.

Si el tiempo es una estructura mental primitiva que hemos heredado, deberíamos recibir con alegría su atrofia, abrazar las ausencias... Total de tiempo perdido: 9 horas 15 minutos.

Julio 25 Todo anda cada vez más despacio, tengo que hacer un esfuerzo para acordarme de comer y de ducharme. Es bastante agradable, no siento miedo aunque me quedan sólo seis o siete horas de tiempo consciente por día.

Marion va y viene, literalmente no tenemos tiempo para conversar. Un día pasa con la rapidez de una tarde.

Durante el almuerzo miraba un álbum fotográfico de mi madre y mi padre, y un retrato formal de bodas de Marion y yo, y de pronto fue de noche. Siento una extraña nostalgia por los amigos de la infancia, como si fuera a verlos por primera vez, una premonición del pasado. Veo cómo el pasado cobra vida en el polvo del balcón, en las hojas secas del fondo de la piscina, parte de un inmenso granero de tiempo pasado cuyas puertas podemos abrir con la llave indicada. Nada es más viejo que lo muy nuevo: un bebé al nacer, mientras le está saliendo la cabeza del cuerpo de la madre, tiene los rasgos lisos, gastados por el tiempo, de un faraón. Todo el proceso de la vida consiste en descubrir el pasado inmanente contenido en el presente.

Al mismo tiempo siento una creciente nostalgia por el futuro, un recuerdo del futuro que ya he vivido pero que de algún modo he olvidado. En nuestras vidas tratamos de repetir esos acontecimientos significativos que ya han ocurrido en el futuro. Al envejecer sentimos cada vez más nostalgia de nuestras propias muertes, por las que ya hemos pasado. Del mismo modo, tenemos una premonición cada vez más fuerte de nuestros nacimientos, que están a punto de producirse. En cualquier momento podemos nacer por primera vez. Total de tiempo perdido: 10 horas 5 minutos.

Julio 29 Slade ha estado aquí. Sospecho que ha andado entrando al departamento mientras yo sufría las ausencias. Esta mañana tuve un misterioso recuerdo de alguien en el dormitorio: cuando salí de la ausencia de las 11 había una curiosa imagen residual, casi una presencia pentecostal, una mancha vagamente biomorfa que flotaba en el aire como una fotografía tomada con la cámara perimetral. Habían sacado mi pistola del cajón de la mesa del tocador y la habían puesto sobre mi almohada.

Hay un pequeño diagrama dibujado con pintura blanca en el dorso de mi mano izquierda. Una especie de imagen críptica, una clave geométrica.

Slade ¿habrá estado leyendo mi diario? Esta tarde alguien pintó el mismo dibujo en el piso inclinado de la piscina y en la grava del aparcamiento de autos. Tal vez todo eso forme parte de los juegos serios que Slade practica con el tiempo y el espacio. Está tratando de reanimarme, de obligarme a salir del departamento, pero las ausencias no me dejan más de dos horas seguidas de tiempo consciente. No soy el único afectado. Las Vegas está casi desierta, nadie sale de su casa. El viejo geólogo y su mujer se pasan todo el día sentados en el dormitorio, en sendas sillas de respaldo recto colocadas a los lados de la cama. Les di una inyección de vitaminas, pero están tan delgados que no durarán mucho más. La policía y los servicios de ambulancias no contestan. Marion ha salido otra vez, a recorrer los hoteles del Strip en busca de señales de Slade. Sin duda piensa que sólo él puede salvarla. Total de tiempo perdido: 12 horas 35 minutos.

Agosto 12 Rachel Vaisey vino a verme hoy, preocupada por mí y frustrada por no encontrar aquí a Marion. La clínica ha cerrado, y ella está a punto de irse al este. Extraña pantomima, caminamos tiesamente durante diez minutos.

Estaba evidentemente desconcertada por mi aspecto tranquilo, a pesar de la barba y de los pantalones manchados de café, y no dejaba de mirar el dibujo blanco que yo tenía en la mano y las figuras similares que había en el cielo raso del dormitorio, en el

aparcamiento de coches allá afuera y hasta en una parte de un pequeño edificio de departamentos a medio kilómetro de distancia. Ahora soy el foco de un inmenso enigma geométrico que irradia de mi mano izquierda, sale por la ventana abierta y se extiende sobre Las Vegas y el desierto.

Sentí alivio cuando ella se fue. El tiempo común - llamado «tiempo real» - parece ahora totalmente irreal.

Con su existencia discreta, su conciencia puntillosa, Rachel me recordaba una figura animada de un cuadro del Hombre Temporal en un museo antropológico del futuro. A pesar de eso, cuesta ser demasiado optimista. Ojalá estuviera aquí Marion. Total de tiempo perdido: 15 horas 7 minutos.

Agosto 21 Ahora sólo quedan unos pocos lapsos de conciencia que apenas duran una hora como mucho. El tiempo parece continuo, pero los días pasan en un borrón de amaneceres y crepúsculos. Como casi sin pausa para no morirme de hambre. Sólo espero que Marion pueda cuidarse sola, aparentemente no ha andado por aquí durante semanas...

...la pluma chasqueó en la mano de Franklin. Cuando despertó se encontró caído sobre el diario. En la alfombra, alrededor de sus pies, había hojas arrancadas. Durante su ausencia de dos horas había tenido lugar allí una lucha violenta, sus libros estaban desparramados alrededor de una lámpara volcada, había marcas de tacos en la ceniza de cigarrillo que cubría la alfombra. Franklin se palpó los hombros lastimados.

Alguien lo había agarrado mientras él estaba allí sumido en una ausencia, y tratando de hacerlo revivir le había arrancado el reloj de la muñeca.

Del cielo llegó un ruido conocido. El motor de un avión liviano martilleó por encima de los edificios más cercanos.

Franklin se levantó, protegiéndose los ojos del vívido aire del balcón. Miró cómo el avión describía un círculo por encima de las calles próximas y luego apuntaba hacia él. De la hélice caían gotas de luz derretida que salpicaban el motel con platino líquido, una tintura retiniana que convertía en plata el polvo de la calle.

El avión pasó por delante de donde él estaba, rumbo al norte de Las Vegas, y vio que Slade había reclutado un pasajero. Detrás del piloto desnudo, rodeándole la cintura con las manos, iba sentada una mujer rubia vestida con un andrajoso abrigo de piel. La mujer miró a Franklin con cara de soñadora asustada.

El avión microliviano se alejó y Franklin regresó al cuarto de baño. Juntó coraje y miró la figura cetrina y barbuda que había en el espejo, un fantasma de sí mismo.

Partes de su mente ya emigraban hacia la apacible geometría de las paredes del cuarto de baño. Pero por lo menos Marion estaba todavía viva. ¿Habría tratado de interceder mientras Slade lo atacaba? Se percibía en el aire la débil imagen de una mujer herida...

Las Vegas estaba desierta. De vez en cuando, mientras iba en el auto, veía una cara gris asomada a una ventana, o una manta colocada sobre dos pares de rodillas en un balcón.

Todos los relojes se habían detenido, y si no fuera por el que llevaba en la muñeca ya no podría enterarse de cuánto habían durado las ausencias, o en qué momento empezaría la siguiente.

Conduciendo a la prudente velocidad de quince kilómetros por hora, Franklin se detenía cada siete u ocho kilómetros y esperaba hasta que se descubría allí sentado con el motor frío. El dial de la temperatura era ahora su reloj. Llegó a la base aérea casi al mediodía. La clínica estaba en silencio, el sitio de aparcamiento vacío. A través de las borrosas líneas demarcatorias crecían las malezas, una vacía hoja de informes

abandonada por esos desdichados psiquiatras y sus ahora desaparecidos pacientes. Franklin entró en el edificio y caminó por las salas y los laboratorios desiertos.

El equipo de los colegas había sido despachado, pero cuando abrió la puerta de su propio laboratorio descubrió las cajas de mudanza donde las había dejado.

Delante de la cámara perimetral, sobre el disco giratorio, había un colchón de goma. Al lado, un cenicero desbordado de colillas que habían quemado las planchas de madera.

Era evidente que Slade había empleado su talento en un tipo especial de fotografía: la pornografía circular. Detrás de la cámara se veía una galería de inmensas copias fotográficas clavadas a las paredes. Esos extraños paisajes parecían imágenes aéreas de un desierto convulsionado por una serie de terremotos titánicos, como si una era geológica estuviese pariendo otra nueva. Surcaban las fotos zanjas y grietas alargadas; los contornos eran muy parecidos a los que habían subsistido en el departamento después de las duchas de Marion.

Pero una segunda geometría cubría la primera, una musculatura curtida y agresiva que él había visto sostenida por el viento. El avión estaba aparcado delante de la ventana, la cabina y el asiento del pasajero vacíos a la luz del sol. Detrás del escritorio de la oficina de Franklin estaba sentado un hombre desnudo, los anteojos de volar sobre la frente. Mientras lo miraba, Franklin entendió por qué Slade había aparecido siempre desnudo.

- Entre, doctor. Dios es testigo de todo lo que ha tardado usted en llegar aquí.

Slade sopesó en una mano el reloj de pulsera de Franklin, evidentemente decepcionado por la figura andrajosa que tenía delante. Había sacado el cajón central del escritorio, y jugaba con el altar de Franklin. A los objetos originales Slade había agregado una pequeña pistola cromada.

Descartó el reloj de pulsera y lo arrojó en el cesto de los papeles.

- No creo que eso siga siendo verdaderamente parte de usted. Usted es un hombre sin tiempo. Me he mudado a su oficina, Franklin. Véala como mi centro de control de misiones.

- Slade... - De pronto Franklin sintió náuseas, el aviso de que estaba a punto de embestirlo la siguiente ausencia. El aire pareció cerrarse a su alrededor. Sosteniéndose con las manos del marco de la puerta, resistió la tentación de abalanzarse sobre el cesto de los papeles. - Marion está aquí con usted. Necesito verla.

- Pues véala... - Slade señaló las fotografías perimetrales. - Estoy seguro de que la reconoce, Franklin. La ha usado durante los últimos diez años. Por eso ha entrado usted en la NASA. Usted ha estado hurtando de la misma manera a su mujer y a la agencia, robando las piezas para su máquina espacial. Hasta yo le he ayudado.

- ¿Ayudado...? Marion me contó que...

- ¡Franklin! Slade se levantó furioso, haciendo caer la pistola cromada al suelo. Se pasó las manos con torpeza por las costillas cubiertas de cicatrices, como si se estuviera obligando a respirar. Mientras lo miraba, Franklin llegó casi a creer que Slade había contenido las ausencias mediante un simple esfuerzo de voluntad, una ira sostenida contra las mismísimas dimensiones del tiempo y el espacio.

- Esta vez, doctor, no podrá usted atarme a la tierra.

¡Si no fuera por usted habría caminado por la luna! Franklin miraba la pistola tirada al lado de sus pies, sin saber cómo calmar a ese maníaco.

- Slade, si no fuera por mí usted estaría como los demás. Si hubiera volado con las tripulaciones espaciales estaría como Trippett.

- Estoy como Trippett. - Tranquilo de nuevo, Slade se acercó a la ventana y miró hacia las pistas de aterrizaje vacías. - Me llevo al viejo, Franklin. Irá conmigo al sol. Es una pena que usted no venga. Pero no se preocupe, ya encontrará la manera de salir de las ausencias. Cuento con eso, en realidad.

Fue del otro lado del escritorio y levantó la pistola del suelo. Mientras Franklin se ladeaba, Slade le tocó la frente cada vez más fría con el arma.

- Voy a matarlo, Franklin. No ahora sino al final, cuando entremos en esa última ausencia. Trippett y yo estaremos viajando al sol, y usted... usted morirá para siempre.

Pasaron quince minutos, a lo sumo, antes de la siguiente ausencia. Slade había desaparecido, llevándose el avión al cielo. Franklin miró el laboratorio silencioso, escuchando el aire vacío. Recogió el reloj de pulsera del cesto de los papeles y salió. Cuando llegó al aparcamiento, buscando su coche entre el laberinto de líneas diagonales, el paisaje desértico que rodeaba la base aérea se parecía a las fotografías perimetrales de Marion y Slade. Las colinas ondeaban y resplandecían, ecos excitados de ese singular acto sexual, remedando cada caricia.

El sol ya le estaba evaporando la humedad del cuerpo. Le picaba la piel, en un ataque de urticaria. Salió de la clínica y atravesó en auto el pueblo, aminorando la velocidad para esquivar al propietario de la gasolinera, la mujer y el hijo, que estaban en el centro de la carretera. Miraban como ciegos hacia la bruma, como quien espera el último coche del mundo.

Partió hacia Las Vegas, tratando de no mirar las colinas circundantes. Las barrancas se acariciaban unas a otras, las torres de piedra ondulaban como si la propia tierra estuviese en el lecho nupcial. Exacerbado por su propia transpiración y por las exudantes colinas, Franklin apuró el acelerador, llevando la velocidad del auto a sesenta kilómetros por hora.

Todo el mundo mineral parecía resuelto a vengarse de él. La luz que salía de las vetas de cuarzo expuestas y de los oxidados cuencos de radar instalados en las cimas de las colinas le apuñalaban las retinas. Franklin clavó los ojos en la línea divisoria de la carretera, que cada vez se perdía a mayor velocidad entre las ruedas del auto, soñando con Las Vegas, esa polvorienta Samarkanda.

Entonces el tiempo, delante de sus ojos, volvió a dar un paso al costado.

Al despertar se encontró tendido bajo el tapizado roto del techo interior del auto volcado, asomando las piernas por el parabrisas destrozado. Quebradas las cerraduras, las puertas abiertas colgaban sobre su cuerpo en una nube de polvo perezoso. Franklin apartó los asientos arrancados que le habían caído encima y salió del auto. Del radiador fracturado salía una débil columna de vapor, y las últimas gotas del refrigerante se derramaban en la alfombrilla del viejo sistema de irrigación donde había caído el auto. El líquido azul formó un pequeño charco y, mientras lo miraba, se hundió en la arena.

En el cielo, sobre su cabeza, giraba una cometa solitaria, pero el paisaje estaba vacío. A menos de un kilómetro de distancia se extendía la cinta alquitranada de la carretera. Al sufrir él la ausencia el coche se había salido de la ruta, describiendo un amplio círculo entre los matorrales y volcando al saltar sobre la primera zanja de irrigación. Franklin se limpió la arena del rostro y de la barba. Había estado inconsciente durante casi dos horas, en parte a causa del golpe y en parte a causa de la ausencia, y la luz áspera del mediodía había echado a todas las sombras de la tierra arenosa. Los suburbios del norte de Las Vegas estaban a quince kilómetros de distancia, demasiado lejos para ir caminando, pero las cúpulas blancas de Soleri II se alzaban al pie de las montañas al oeste de la carretera, a poco más de tres kilómetros del otro lado del desierto. La luz del sol tocó uno de los cuencos inclinados, y vio el parpadeo metálico de los espejos solares.

Aturdido todavía por el choque, Franklin dio la espalda a la carretera y echó a andar por la calzada entre las zanjas de irrigación. Había avanzado sólo cien metros cuando se hundió hasta las rodillas. La arena se licuaba alrededor de sus pies, le chupaba los zapatos como si ansiara arrancarle las ropas de la espalda y exponerlo al sol.

Entreteniéndose en un juego personal con Franklin, el sol cambiaba de lugar en el cielo. Las ausencias se presentaban ahora a intervalos de quince minutos. Se encontró apoyado contra una oxidada bomba de agua. Del suelo olvidado brotaban unas tuberías enormes. Su propia sombra se escondía detrás de él, refugiándose bajo sus talones.

Franklin rechazó con un ademán la cometa que giraba allá arriba. No le resultaba nada difícil imaginar al pájaro posado en su hombro y merendándole los ojos mientras él estaba perdido en una ausencia. Le quedaban todavía casi dos kilómetros para llegar a los espejos solares, pero la luz potente le hería las retinas. Si pudiera llegar a la torre, subir algunos escalones y hacer señas con un trozo de vidrio, tal vez alguien...

...el sol trataba otra vez de engañarlo. Más confiada ahora, su sombra había salido de abajo de sus talones y resbalado con suavidad por el suelo pedregoso, sin temer a ese vacilante espantapájaros que vivía cada paso como una ordalía. Franklin se sentó en el polvo. Se tendió de costado y se palpó las ampollas de los párpados, bolsas de linfa que casi le habían cerrado las órbitas. Unas ausencias más y moriría allí mismo, perdería simultáneamente la sangre, la vida y el tiempo.

Se levantó y buscó el equilibrio contra el aire. Las montañas ondulaban a su alrededor, todos los cuerpos de mujer que había conocido copulando y concibiendo juntos ese mundo mineral a donde él iría a morir.

A trescientos metros de distancia, entre él y los espejos solares, una palmera solitaria inclinaba su verde parasol. Franklin se adelantó con cautela a través de la extraña luz, nervioso ante ese espejismo. Mientras avanzaba apareció una segunda palmera, luego una tercera y una cuarta.

Había un resplandor de aguas azules, la tranquila superficie del charco de un oasis.

Su cuerpo se había entregado, los pesados brazos y piernas que le salían del tronco se habían metido en la ausencia siguiente. Pero su mente había luchado hasta liberarse dentro del cráneo. Franklin sabía que aunque ese oasis fuese un espejismo, era un espejismo que él podía ver, y que por primera vez estaba consciente durante una ausencia.

Se impulsaba por ese suelo arenoso como quien maneja un autómata torpe, un sonámbulo a medio despertar que se aferraba al charco azul que tenía delante de los ojos. Habían aparecido más árboles, bosquecillos de palmeras que bajaban las frondas hasta la superficie vítrea de un lago serpentino.

Franklin avanzó cojeando, sin prestar atención a las dos cometas que flotaban en el cielo sobre su cabeza. El aire estaba henchido de luz, a su alrededor se apiñaba un diluvio de fotones. Apareció una tercera cometa, a la que se agregaron casi instantáneamente media docena más.

Pero Franklin miraba el valle verde que se extendía allí delante, el bosque de palmeras que daba sombra a un archipiélago de lagos y charcos alimentados por arroyos frescos que bajaban de las colinas circundantes. Todo parecía sereno y al mismo tiempo vívido, la tierra joven vista por primera vez, un sitio donde las dulces aguas calmarían y mitigarían los males de Franklin. Dentro de ese valle fértil todo se multiplicaba sin esfuerzo. Abrió los brazos y cayeron de ellos una docena de sombras, proyectadas por los doce soles que tenía sobre la cabeza.

Hacia el final, mientras intentaba por última vez llegar al lago, vio que se acercaba una joven caminando. Avanzaba entre las palmeras con ojos preocupados, ciñéndose la cintura con las manos, como quien busca a un niño o a un padre anciano que se ha extraviado en el desierto. Mientras Franklin le hacía señas con la mano apareció al lado de ella la hermana gemela, otra joven de rostro serio que caminaba con la misma cautela. Detrás de las dos aparecieron otras hermanas que caminaban entre las palmeras como escolares que acaban de salir de clase, concubinas de un pabellón refrescado por el lago. Franklin se arrodilló ante ellas y esperó a que esas mujeres lo encontrasen y lo sacasen del desierto y lo llevasen a los prados del valle.

El tiempo, en un fugaz acto de bondad, regresó a Franklin. Él estaba en una habitación abovedada, detrás de una galería oscurecida por un techo de vidrio. Por entre las rejas veía las torres y las terrazas de departamentos de Soleri II, cuya arquitectura de cemento

se alzaba ante la luz como un hombro tranquilizador. Del otro lado de la plaza había un viejo sentado en una terraza. El viejo, aunque profundamente dormido, se mantenía alerta por dentro, y movía rítmicamente las manos dirigiendo con alegría una orquesta de piedras y matas de creosota.

Franklin se alegró de ver al viejo astronauta. Trippett se pasaba todo el día sentado en la silla, dirigiendo el desierto según un invisible repertorio de música. De vez en cuando sorbía un poco de agua que le llevaba Ursula, y luego volvía a su coloquio con el sol y con el polvo.

Vivían los tres solos en Soleri II, en esa vacía ciudad de un futuro sin tiempo. Sólo el reloj pulsera de Franklin y su incansable segundero los unía al mundo del pasado.

- Doctor Franklin ¿por qué no lo tira? - preguntó Ursula mientras le daba de comer en la boca la sopa que preparaba todas las mañanas en el hogar solar de la plaza -. Ya no lo necesita. No hay tiempo que medir.

- Lo sé, Ursula. Supongo que es una especie de vínculo, una línea telefónica abierta a un mundo que estamos abandonando. Por las dudas...

Ursula le levantó la cabeza y le limpió la arena de la almohada. A la muchacha le quedaba ahora una sola hora diaria, y el trabajo doméstico tenía muy poca importancia en su vida. A pesar de eso, su cara ancha y su cuerpo abundante expresaban todos los mitos de la niña maternal. Había visto a Franklin vagando por el desierto mientras sufría una ausencia en la galería, en las primeras horas de la tarde.

- Lamento no haberlo encontrado, doctor. Había cientos de usted, el desierto estaba cubierto de moribundos, una especie de ejército perdido. No supe a cuál escoger.

- Me alegro de que hayas venido, Ursula. Te vi como una multitud de escolares soñadoras. Hay tanto que aprender...

- Usted puso las cosas en marcha, doctor. Lo supe hace meses, cuando trajimos aquí a papá en auto. Hay tiempo suficiente.

Los dos rieron, mientras del otro lado de la plaza el viejo dirigía las arenas orquestales. Tiempo suficiente, cuando de lo que más deseaban escapar era del tiempo.

Franklin tomó a la joven de la muñeca y le midió el pulso sereno, esperando impaciente la siguiente ausencia. Miró hacia el valle árido que se extendía allá abajo, los espejos poblados de nubes de la granja solar y la torre tan oxidada como su crujiente cuenco colector. ¿Dónde estaban esos palmares y esos lagos mágicos, los dulces arroyos y los prados de donde habían salido las serias y hermosas mujeres para salvarlo del peligro? Todo eso había comenzado a regresar durante las ausencias posteriores a su recuperación, pero no tan vívidamente como cuando lo había visto desde el suelo del desierto en las horas posteriores al accidente. Sin embargo, cada ausencia le había permitido vislumbrar ese mundo verdadero, y los arroyos volvían a correr y a llenar los lagos.

Desde luego, Ursula y el padre veían cómo florecía el valle: una selva tan densa y tan vívida como la del Amazonas.

- Ursula, ¿tú ves los árboles, los mismos que vio tu padre? - Los veo a todos, y también veo millones de flores.

Nevada es ahora un jardín maravilloso. Nuestros ojos están haciendo florecer todo el estado. Una flor hace florecer el desierto.

- Y un árbol se convierte en una selva, y una gota de agua en todo un lago. El tiempo nos quitó todo eso, Ursula, aunque durante un breve período los primeros hombres y mujeres tal vez vieron el mundo como un paraíso. ¿Cuándo aprendiste a ver? - Cuando traje aquí a mi padre, después que cerraron la clínica. Pero todo empezó cuando veníamos en el auto. Luego volvimos a donde están los espejos. Me ayudaron a abrir los ojos. Papá ya los tenía abiertos.

- Los espejos solares... yo también tendría que haber vuelto allí.

- Slade lo esperó, doctor. Lo esperó durante meses.

Ahora a él casi se le ha acabado el tiempo: creo que sólo le alcanza para un vuelo más. - Ursula limpió la arena de la sábana. A pesar de la llamarada amazónica durante las ausencias, entraban en el departamento nubes de polvo, arenoso recuerdo de un mundo diferente. La muchacha escuchó el viento silencioso. - No importa, doctor, hay tantas puertas. Para nosotros fueron los espejos, para usted fue esa extraña cámara y el cuerpo de su mujer durante el acto sexual.

Ursula se calló, y miró la galería con ojos repentinamente vacíos de tiempo. Tenía la mano abierta, y dejaba caer la arena entre los dedos separados como un niño que trata de atrapar el aire brillante. Sonriendo a todo lo que la rodeaba, intentó hablar con Franklin, pero los sonidos que emitía se parecían a los gorjeos de un bebé.

Franklin le tomó las manos frías, contento de estar con ella durante la ausencia. Le gustaba oír esos murmullos. El llamado «lenguaje articulado» era un artefacto del tiempo.

Pero el bebé que balbuceaba, y esa joven, hablaban con la lucidez de lo intemporal, la misma lucidez que otros trataban de alcanzar mediante el delirio o el daño cerebral. Los bebés, en su media lengua, les hablaban a las madres de ese reino de maravillas del que acababan de ser expulsados.

Ansioso por entender a Ursula, la alentaba. Pronto entrarían juntos en la luz, en esa última ausencia que los libraría del mundo de las apariencias.

Esperó a que las agujas se multiplicasen en la esfera de su reloj, segura señal de la próxima ausencia. En el mundo verdadero, fuera del reloj, la simultaneidad sustituía al tiempo consecutivo. El ojo, como una cámara con el obturador indefinidamente abierto, percibía un objeto en movimiento como una serie de imágenes separadas. La figura de Ursula caminando mientras buscaba a Franklin, había dejado atrás un ciento de réplicas de ella misma, había sembrado el aire con una multitud de gemelas idénticas. Vistas desde el coche en movimiento, las pocas palmeras deshilachadas de la orilla de la carretera se habían multiplicado sobre la pantalla de la mente de Trippett, la misma selva de palmeras que Franklin había percibido al atravesar el desierto. Los lagos habían sido las imágenes multiplicadas del agua de aquella tibia piscina de motel, y los arroyos azules eran el refrigerante de motor que salía del radiador de su coche volcado.

Durante los días siguientes, después que dejó la cama y empezó a moverse por el departamento, Franklin abrazó las ausencias con alegría. Cada día perdía otros dos o tres minutos. En unas pocas semanas el tiempo dejaría de existir.

Pero ahora se mantenía despierto durante las ausencias, y podía explorar ese suburbio vacío de la ciudad radiante. Lo había liberado el sueño ambiguo que lo había sustentado durante tanto tiempo, la visión de su mujer con Slade, luego copulando con las colinas circundantes en esa última infidelidad con el reino mineral y hasta con el tiempo y el espacio.

Por las mañanas miraba cómo se bañaba Ursula en la plaza, debajo de su balcón. Mientras ella se paseaba alrededor de la fuente, secándose bajo una docena de soles, Soleri II parecía colmada de mujeres desnudas que se bañaban en una ciudad de cascadas, un harén que superaba todas las fantasías infantiles de Franklin.

Al mediodía, durante unos pocos minutos finales de tiempo, Franklin se miró en el espejo del armario. Lo perturbó la continua presencia de su cuerpo, los brazos y las piernas como varas, una colección de huesos descartados al pie del reloj. Al comenzar la ausencia, alzó los brazos y llenó la habitación de réplicas de sí mismo, una procesión de hombres alados, todos vestidos con sus armaduras de coronación. Libre del tiempo, la luz se fortaleció y le cubrió la piel con láminas y láminas de oro. Confiado, sabía ahora que la muerte era nada más que una falla del tiempo, y que si moría sería sólo de una manera pequeña e insignificante. Mucho antes de que muriesen, él y Ursula se convertirían en los habitantes del sol.

Era el último día del tiempo pasado, y el primer día de la eternidad.

Franklin despertó en la habitación blanca sintiendo en los hombros los golpes de Ursula. La muchacha exhausta estaba tendida sobre su pecho, sollozando con la cara apoyada en los puños. Levantó el reloj pulsera de Franklin y lo apretó contra la frente de él.

-...despierte, doctor. Vuelva aunque sea una vez...

- Ursula, me estás cortando...

- ¡Doctor! - Aliviada de verlo despierto, la muchacha se estregó las lágrimas de la frente. - Es papá, doctor.

- ¿El viejo? ¿Qué pasa? ¿Ha muerto? - No, no muere. - Ursula sacudió la cabeza y luego señaló hacia la terraza vacía del otro lado de la plaza. - Ha estado aquí Slade. ¡Se ha llevado a papá! La muchacha se inclinó contra el espejo mientras Franklin se vestía y, tambaleante, buscaba un sombrero para protegerse del sol, escuchando el ruidoso motor del avión microliviano de Slade. El aparato estaba detenido en el camino de mantenimiento cerca de la granja solar, y la luz reflejada por la hélice llenaba el aire de cuchillos. Desde su llegada a Soleri Franklin no había visto nunca a Slade, y esperaba que se hubiese ido llevándose a Marion. Ahora el ruido y la violencia del motor destrozaban el nuevo mundo que había construido con tanto cuidado. En sólo unas pocas horas él y Ursula escaparían del tiempo para siempre.

Franklin se apoyó en el borde del lavatorio, sin poder reconocer la figura monástica que lo miraba fijamente desde el espejo. Ya se sentía agotado por el esfuerzo de enfrentar ese pequeño segmento de tiempo consciente, un adulto obligado a entretenerse con un frenético juego infantil. Durante las últimas tres semanas el tiempo se le había estado reduciendo con rapidez creciente. Todo lo que quedaba era un único y breve período de unos pocos minutos diarios, útil solamente para alimentarse él y la muchacha. Ursula había perdido interés en cocinar para ellos, y se dedicaba a pasear por las galerías y las terrazas de la ciudad, profundamente sumida en sus ausencias.

Consciente de que ambos perecerían si él no vencía las ausencias, Franklin se obligaba a meterse en la cocina. En las tardes cálidas el vapor que salía de la sopera pronto transformaba la ciudad solar en una isla de nubes. Poco a poco le enseñaba a Ursula a comer, a conversar y a responderle incluso durante las ausencias. Había un nuevo idioma que aprender, oraciones cuyos sustantivos y verbos estaban separados por días, sílabas donde las vocales eran señaladas por las fases del sol y de la luna. Ése era un idioma ajeno al tiempo, a cuya gramática daban forma los pechos de Ursula que él sostenía en las manos, la geometría del departamento. El ángulo entre dos paredes se convertía en un mito homérico. Él y Ursula se comunicaban por balbuceos, amantes que conversaban entre los tránsitos lunares en el idioma de los pájaros, de los lobos y de las ballenas. Desde el principio, la relación sexual de ellos había alejado todos los temores de Franklin. La amplia figura de Ursula se puso a prueba finalmente en las ausencias. La naturaleza la había preparado para un mundo sin tiempo, y él descansaba entre esos pechos como Trippett cuando dormía en sus propios prados.

Ahora estaba de vuelta en un reino de luz áspera y perspectivas rígidas, el reloj de pulsera en la mano, la marca de ese reloj en la frente.

- Ursula, trata de no seguirme.

En la entrada de la ciudad, la tranquilizó contra el pórtico, frotándole en las manos cada vez más frías unos segundos adicionales. Si los dos salían al desierto, pronto sucumbirían bajo el calor de aquel sol colérico y solitario.

Como todas las cosas, el sol necesitaba sus acompañantes, necesitaba deshacerse del tiempo...

Cuando Franklin comenzaba a atravesar el desierto, el motor del avión microliviano comenzó a barrenar el aire con toda su potencia, se ahogó y tartamudeó hasta enmudecer.

Slade bajó de la cabina, sin mostrar interés en la proximidad de Franklin. Seguía desnudo, excepto por los anteojos, y tenía la piel blanca cubierta de cardenales y llagas producidas por el sol, como si el propio tiempo fuese una plaga contagiosa de la que ahora intentaba escapar. Hizo girar la hélice, gritándole al motor ahogado. Sujeto al asiento del pasajero había un viejo canoso, un espantapájaros metido dentro de una chaqueta de aviador demasiado grande.

Evidentemente sin ver el vívido relámpago de la hélice, Trippett subía y bajaba las manos, un prestidigitador que manipulaba trozos de luz y de aire.

- ¡Slade! ¡Suelte al viejo! Franklin corrió hacia el sol. Su próxima ausencia comenzaría en unos minutos, dejándolo expuesto a la hipnótica violencia de la hélice de Slade. Cayó de rodillas contra el espejo más cercano mientras el motor arrancaba con estruendo.

Satisfecho, Slade se apartó de la hélice, sonriéndole al viejo astronauta. Trippett se inclinó en el asiento, ansiando que comenzase el vuelo. Slade le palmeó la cabeza, y luego estudió el paisaje circundante. En su rostro enjuto había por primera vez una expresión serena, como si él aceptase ahora la lógica del aire y de la luz, de la hélice vibrante y el viejo feliz que llevaba en el asiento del pasajero. Mientras lo miraba, Franklin supo que Slade estaba retrasando el vuelo hasta último momento, para que él despegase rumbo a su propia ausencia. Cuando volasen hacia el sol, él y el viejo astronauta regresarían al espacio en su eterno viaje a las estrellas.

- ¡Slade, queremos que el viejo se quede aquí! ¡Usted no lo necesita ahora! Slade arrugó el ceño al oír el grito de Franklin, esa voz ronca que salía de los espejos vacíos. Se alejó de la cabina y rozó el ala de estribor con el hombro quemado por el sol. Retrocedió, y se le cayó en la arena la pistola cromada.

Antes de que pudiese recogerla, Franklin se levantó y corrió entre las hileras de espejos. Vio allá arriba su propio reflejo en el cuenco colector, un inválido tambaleante que acababa de robar el cielo. Hasta Trippett lo había advertido, y retozaba en el asiento, alentando a ese equilibrista lunático. Franklin llegó al último de los espejos, pasó a horcajadas por encima de la plancha metálica y caminó hacia Slade limpiándose el polvo de los pantalones.

- Ha llegado tarde, doctor. - Slade sacudió la cabeza, impaciente con el aspecto de abandono que mostraba Franklin. - Toda una vida tarde. Vamos a partir ahora mismo.

- Deje a Trippett... - Franklin trató de hablar, pero se le trababa la lengua. - Yo ocuparé su lugar...

- No estoy de acuerdo, doctor. Además, anda por ahí Marion. - Señaló hacia el desierto. - La dejé en las pistas para usted.

Franklin se tambaleó en el aire cada vez más brillante.

Trippett seguía dirigiendo la hélice, impaciente por unirse al cielo. Las sombras se duplicaban saliendo de los talones de Slade. Franklin se apretó la herida de la frente, obligándose a permanecer en el tiempo lo suficiente como para llegar al avión. Pero ya estaba comenzando la ausencia, la luz barnizaba todo lo que lo rodeaba. Slade era un ángel desnudo, sujeto al vidrio coloreado del aire.

- ¿Doctor? Conseguí salvar... - Slade lo llamó por señas, y el brazo se fabricó una réplica alada. Mientras caminaba hacia Franklin su cuerpo comenzó a desarmarse. Unos ojos aislados miraban a Franklin, unas bocas gesticulaban en la luz vívida. Las pistolas plateadas se multiplicaban.

Como libélulas, flotaron en el aire alrededor de Franklin hasta mucho después de haberse elevado el avión en el cielo.

El cielo se llenó de hombres alados. Mientras Franklin andaba entre los espejos el avión se multiplicó en el aire y pobló el cielo de flotas interminables. Ursula se acercó a buscarlo, atravesando el desierto desde las puertas de la ciudad solar acompañada por todas sus hermanas. Franklin esperó a que ella llegase hasta donde estaba él,

alegrándose de que hubiese aprendido a alimentarse. Sabía que pronto tendría que abandonarla a ella y a Soleri II, y partir en busca de su mujer. Contento ahora de haberse librado del tiempo, abrazó la gran ausencia. Toda la luz del universo había llegado allí para saludarlo, una inmensa congregación de partículas.

Franklin gozaba con la luz, como gozaría cuando regresase a la clínica. Después del largo viaje a pie a través del desierto, llegó finalmente a la base aérea vacía.

Por las noches se sentaba en el techo, sobre las pistas, y recordaba su viaje en auto con el viejo astronauta. Allí descansaba, aprendiendo el lenguaje de los pájaros, esperando a que su mujer saliese de las pistas y le llevase noticias del sol.

TEATRO DE GUERRA

Prefacio del autor:

Luego de trescientos años ¿podría una guerra civil volver a dividir el Reino Unido? Con el creciente nivel de desempleo y de estancamiento industrial, un sistema de clases cada día con más trincheras y una monarquía débil, alejada de todo lo que no sea su papel ceremonial, ¿es posible ver a la derecha y a la izquierda extremas resolviendo sus inmensos antagonismos mediante un abierto conflicto civil? Doy por supuesto que, a pesar de su experiencia desdichada en el sudeste de Asia, la intervención de Estados Unidos para defender su inversiones económicas y militares sería todavía más segura que en Vietnam. También imagino que la cobertura televisiva sería ininterrumpida y minuciosa, y presentaría el hecho bajo la forma de un documental de TV no distinto del que popularizó Mundo en Acción.

Primera Parte

LONDRES SITIADA

combate callejero

Centro de Londres, calle apartada en Lambeth, donde tiene lugar una confusa lucha en la vía pública.

Sobre un fondo continuo de ruido de motores de tanques se oyen nutridos disparos de ametralladora y el parloteo de los intercomunicadores.

Veinte soldados, cinco norteamericanos y los demás ingleses, avanzan de puerta en puerta disparando hacia el otro extremo de la calle, donde se ve el Big Ben por encima de los techos en ruinas.

Allá arriba giran helicópteros artillados.

Un tanque se detiene delante de una casa en la que entran velozmente unos soldados.

Un instante más tarde aparece una mujer, seguida por tres niños exhaustos y un viejo que lleva su colchoneta en el hombro.

Pasan corriendo por delante con caras aturcidas.

Hay cuerpos tendidos por todas partes.

Dos soldados negros norteamericanos arrastran a un soldado enemigo con el pelo hasta los hombros.

En la chaqueta de camuflaje el soldado lleva cosida la Union Jack.

Se congela la imagen, y la cámara se acerca hasta que la Union Jack llena la pantalla, empapada en la sangre del soldado.

títulos de mundo en acción

Sobreimpresa en la ensangrentada Union Jack: «Guerra Civil».

Comentarista

Ha terminado un combate callejero, pero la guerra civil continúa.

Después de cuatro años no hay ninguna solución a la vista.

Las bajas norteamericanas ascienden a 30.000 muertos y cien mil heridos y desaparecidos.

Ha muerto un millón de civiles británicos.

A pesar de críticas domésticas cada vez más fuertes, Norteamérica arroja día a día más tropas en lo que es ahora el Vietnam europeo.

Pero la lucha no cesa.

Esta semana el Frente de Liberación lanzó una ofensiva en gran escala contra una docena de ciudades.

Aquí en Lambeth un pelotón suicida se abre paso hasta llegar a ochocientos metros del Parlamento.

¿Cuánto tiempo podrá sobrevivir el gobierno británico? ¿Llegará algún día la paz? Mundo en Acción está aquí para averiguarlo.

combate callejero

La lucha ha terminado, y las fuerzas gubernamentales emprenden una limpieza final.

Sacan a asustados civiles de los sótanos y los hacen desfilar por delante de los cuerpos de soldados enemigos.

Detrás del empalme con la calle principal se ve el cartel de un aviso de British Airways acribillado a tiros.

Las tropas británicas registran con rudeza a una joven inglesa de cara hosca, mientras otros arrancan las Union Jacks de los soldados enemigos muertos.

El tanque arrastra una maraña de cuerpos atados unos a otros por las muñecas.

En un jeep cargado de cámaras, radios y tocadiscos robados, resuena música pop saliendo del intercomunicador.

plano del soho nocturno

Fondo de luces estridentes, galerías de juegos electrónicos, clubes de desnudistas.

Bajan soldados norteamericanos de unos autos y entran en un bar.

Comentarista

Soldados norteamericanos descansan durante un fin de semana de licencia.

Hace dos días luchaban contra una ofensiva del Frente de Liberación en los suburbios de Manchester.

Mientras las Naciones Unidas promueven conversaciones para buscar un arreglo, y ambas partes de la guerra civil planean nuevas ofensivas, ¿qué piensan los soldados rasos de las perspectivas de paz?

Primer soldado norteamericano (apoyándose en la barra)

Aquí la situación es muy delicada.

Cuesta mucho analizar y hacerse una idea completa de la historia, porque al menos desde mi posición no se puede llegar a tener una imagen completa del asunto.

Es decir, uno no sabe qué es lo que motiva a esa gente.

La paz parece estar muy lejos, eso por lo menos es lo que me parece a mí.

Comentarista

Dime, ¿te parece que vale la pena todo esto?

Segundo soldado norteamericano

Es difícil saberlo.

Como veo la cosa, pienso que estamos perdiendo el tiempo.

Eso es todo.

Pienso que debemos estar aquí.

Comentarista

¿Qué podrían hacer que no fuese perder el tiempo?

Tercer soldado norteamericano

Bueno, la llaman guerra civil.

Si es una guerra, que sea una guerra.

Ellos nos empujan, nosotros los empujamos, en este momento yo veo la cosa como un empate.

Pienso que deberíamos mostrarles quién es el que manda aquí.

Porque el enemigo, según lo que he visto hasta el momento, va a pelear, a pelear, ¿sabes?, y a no dejar de pelear.

Segundo soldado norteamericano

Si lo que estamos librando es una guerra, más vale que lo hagamos como si fuese una guerra, con todo el montón de potencia que tenemos.

Potencia en reserva, potencia terrestre, potencia aérea y potencia marítima.

Cerca de la costa tenemos barcos de guerra que pueden moler este lugar hasta deshacerlo.

Comentarista

Palabras duras de los soldados norteamericanos mientras descansan, pero a la clara luz del día, mientras Londres recoge los pedazos después de la última ofensiva del FLN, ¿cuál es exactamente la situación militar actual? ¿Puede alguna de las partes ganar esta guerra? Hoy, en Nueva York, le preguntaron al presidente Reagan a qué clase de acuerdo tenía esperanzas de llegar.

El presidente contestó: «No creo que a esta altura podamos hablar de acuerdos.

Pienso que sí podemos hablar de nuestra disposición a aceptar un gobierno de coalición o de fusión. Al menos se podría discutir abiertamente el tema antes de empezar a hablar de negociaciones.» El presidente Reagan pasó el día en Nueva York, donde habló en un almuerzo y negó que la guerra fuese indefendible, criterio que decididamente no comparten los líderes del Congreso de ambos partidos.

Pero ¿hasta qué punto es exacta la imagen que tiene de la guerra civil el público norteamericano?

noticiario

Miscelánea de imágenes: Civiles que corren mientras soldados norteamericanos y tropas del gobierno británico avanzan sobre el patio de una vivienda disparándole a un francotirador que está en la azotea; helicópteros que giran sobre un fortificado Estadio de Wembley; ejecución callejera, cerca de Picadilly Circus, de tres soldados del FNL vestidos de civil, las manos atadas con alambre, ante una multitud reunida al lado de un cine protegido por sacos de arena; cadáveres de niños exhibidos en una escuela; combate con armas de fuego delante de una sala de bingo Top-Rank; una muchedumbre en Bellevue, Manchester, haciendo girar al revés el tiovivo de un parque de diversiones para mostrar un cuerpo echado sobre un unicornio de madera, que sube y baja al compás de la música de la Wurlitzer; hileras de clubes de desnudistas en Oxford, con las entradas custodiadas por la policía militar que no deja entrar a los civiles; billetes de una libra sobreimpresos con la leyenda «One Dollar»; tanques rodeando Parliament Square; tiendas repletas de mercaderías; una enorme fogata de Union Jacks; refugiados de edad avanzada acampando en los pisos inclinados de un edificio para aparcamiento de autos en Dover, vigilados por soldados norteamericanos de aspecto indeciso directamente traídos de un buque de transporte de tropas; tropas gubernamentales demoliendo un bunker

subterráneo bordeado de retratos cuidadosamente enmarcados de Jorge VI visitando durante la segunda guerra mundial fábricas de municiones y bombardeados pobladores del este de Londres.

Comentarista

A medida que pasan los días la vida se vuelve cada vez más intolerable en las zonas controladas por el gobierno.

Londres es una ciudad sitiada.

Manchester, Liverpool y Birmingham son los últimos bastiones de resistencia gubernamental, defendidos por una presencia masiva de fuerzas norteamericanas.

El campo pertenece al FLN.

La continua infiltración de los suburbios de Londres por batallones de la guerrilla que se mezcla con la población local ha llevado el frente de combate a la puerta de cada vecino.

Atentados con bombas, secuestros, batallas callejeras contra francotiradores, asesinato de jefes políticos: todo eso forma parte de la vida diaria.

Durante los cinco años de exilio en Riyadh, la monarquía, huésped incómoda de la casa real saudita, y poco dispuesta a comprometer su menguante prestigio con cualquiera de las partes, ha perdido toda credibilidad.

Mientras tanto, en la Londres donde en otra época imperó la Reina, florece el mercado negro.

Millones de dólares en mercaderías norteamericanas entran en la capital, apuntalando una economía bulliciosa de redes de TV piratas, miles de bares y burdeles.

En muchos pueblos y suburbios, la principal unidad monetaria es la ilegal libra esterlina del FLN.

Se desprecia el dólar británico que respalda el gobierno.

Se puede comprar cualquier cosa, pero todo carece de valor.

Cada vez son más los jóvenes que van a incorporarse al Frente de Liberación.

Doctores, ingenieros, mecánicos calificados desertan para unirse a las fuerzas enemigas.

Abandonan una población compuesta ante todo por la vieja clase media y un ejército de cantineros, croupiers y prostitutas.

Londres es ahora una gigantesca Las Vegas, la lámpara incandescente más grande del mundo, lista para estallar en una llamarada de fuego de ametralladora rebelde.

comentarista en grosvenor square

En el fondo, la embajada norteamericana, rodeada por tanques.

Patrullan tropas norteamericanas y británicas.

Se oye, amortiguado, el cercano fuego de artillería, pero los civiles continúan ocupándose de sus cosas sin preocuparse.

Comentarista

Estoy en Grosvenor Square, la vieja Eisenhowerplatz de la segunda guerra mundial, de nuevo cuartel general de las fuerzas gubernamentales norteamericanas y británicas.

Esta vez no combaten una Wehrmacht alemana excelentemente equipada, con sus divisiones de panzers, sino un ejército de campesinos británicos.

Sin embargo, ¿podrán triunfar las fuerzas gubernamentales y sus aliadas norteamericanas? ¿Terminará la guerra alguna vez?

entrevista con el supremo comandante británico

En una época heredero del trono inglés, el comandante de las fuerzas gubernamentales, de treinta y seis años, es un oportunista agresivo, aficionado a los medios de difusión; lleva revólver de cachas de nácar blanco, traje negro de aviador y bufanda blanca de seda.

Se lo muestra desfilando en una sucesión de uniformes militares, disparando una metralleta en un campo de tiro, pasando revista a un desanimado pelotón de tropas gubernamentales, subiendo en la azotea a su helicóptero, que él mismo pilotea para inspeccionar los ataques que se producen en toda la ciudad (aunque el televidente no sabe muy bien si ese hombre no estará a punto de protagonizar una farsa), y por lo general tratando de levantar el ánimo de su séquito.

Transmite un aire de confianza y al mismo tiempo de amargura; sabe que ha perdido su trono a causa de sus compromisos con el régimen títere.

Odia al FNL, pero más a los norteamericanos.

Su héroe es Rommel, pero su estilo es el de James Bond.

Comandante británico

Como comandante de las fuerzas leales británicas, mi tarea es ganar la guerra y unificar de nuevo el país.

El enemigo cada vez lucha más por desesperación.

Nuestros servicios de inteligencia nos dicen que se está quedando sin hombres, sin fuerzas y sin materiales.

Sencillamente carece de la potencialidad económica para sostener una guerra.

La gente de Europa y Estados Unidos que critica la guerra, no sabe verdaderamente qué es lo que está ocurriendo.

Es muy evidente que la gente de este país no quiere tener nada que ver con el pueblo del norte, ni con el estilo de vida comunista.

Comentarista

¿No siente usted, general, que tanto ustedes como los norteamericanos imponen una forma de gobierno al pueblo de este país?

Comandante británico

No, no le imponemos nada.

Estados Unidos considera que éste es un buen sitio para detener la agresión comunista, y si vencen las fuerzas gubernamentales, como sé que ocurrirá, tendremos ante todo un buen aliado, y habremos impedido que la agresión comunista se apoderase del Reino Unido y finalmente de Francia y de todo lo demás.

(Señala un mapa que muestra zonas oscurecidas de las Islas Británicas.)

Nuestras fuerzas están ahora avanzando en una serie de importantes enfrentamientos con el otro bando, así que creo que puedo esperar con confianza el momento en que el mapa vuelva a ser blanco.

Sé que entonces los norteamericanos estarán encantados de irse a su casa.

comentarista de nuevo en grosvenor square

Mapas en la mano, se dirige a la cámara.

Comentarista

Mientras tanto, sin embargo, se informa que el comandante británico le ha pedido más tropas al presidente de los Estados Unidos.

¿Cuántos soldados harán falta para contener al FLN? A pesar del optimismo fácil del general, el mapa que mira la mayoría de la gente no es el suyo, sino éste proporcionado por el FLN.

(Levanta otro mapa.

Unas zonas negras rodean las ciudades principales, y toda la campiña.) Es éste el que consultan si quieren visitar a sus parientes del campo o mudarse a otro pueblo.

Es éste el que usan si quieren desertar al FLN.

explosión en la plaza

La cámara oscila, se balancea violentamente.

Pánico, gente que corre.

El comentarista se agacha, luego comienza a hablar de manera confusa.

Comentarista

...ha ocurrido una...

parece, parece que hubiera un francotirador.

Lo que aparentemente ocurre es que a un...

la gente forma un agitado círculo alrededor de un jeep Soldados norteamericanos se abren paso y miran el cuerpo de un oficial de su país caído en el asiento delantero, desangrándose por una herida.

A pocos centímetros de la cara del oficial brota del intercomunicador una estruendosa música pop.

Locutor de radio

Tenemos una lista de las últimas ordenanzas del toque de queda.

En el centro de la capital, el toque de queda regirá de este modo: entre la medianoche y las seis de la mañana, Kensington, Knightsbridge y Battersea, y entre las diez y las siete de la mañana, la Tercera Brigada Aérea y unidades de apoyo en...

soldado norteamericano tiende la mano y apaga la radio

Comentarista

Hace cinco minutos asesinaron a un oficial jefe norteamericano que estaba sentado dentro de su jeep delante del club de oficiales norteamericanos aquí en Grosvenor Square.

Un asesino del FLN vestido de civil se metió entre la gente que sale a almorzar e hizo un solo disparo, luego desapareció de nuevo entre esa gente.

El oficial, coronel Wilson J.

Tucker, asesor militar de la misión «corazones y mentes», que según se sospechaificaría como pantalla de un escuadrón de la muerte organizado por la CIA, murió en unos pocos segundos.

Todo lo que se sabe acerca del asesino es que era «joven», tal vez de poco más de veinte años, hipótesis prudente en una época en que la mayoría de los hombres y las mujeres jóvenes se han ido para alistarse en el Frente de Liberación, en una época en que ser joven invita automáticamente la atención de la policía militar y la hostilidad de la gente vieja y madura que proporciona el último apoyo al régimen títere.

Como me dijo un periodista canadiense...

periodista canadiense en el bar de un hotel

Periodista canadiense

Todo lo que tiene que hacer el FLN para ganar esta guerra es esperar diez años.

Para esa época toda la gente que está del lado del gobierno habrá muerto o andará en silla de ruedas.

tomas de jóvenes en un campamento

La policía los saca a empujones.

Los viejos miran cómo les afeitan la cabeza a las muchachas y a los muchachos.

Comentarista

Sin duda, una de las divisiones más impresionantes en la vida británica es la brecha ya irremediable que separa a jóvenes y viejos.

Aunque se inicien conversaciones de paz, y se alcance finalmente un acuerdo, ¿podrán ambos convivir en una sociedad? Años de violencia y de guerra declarada han alimentado una herencia de resentimiento, intolerancia y envidia sexual.

En una época en que la vida en las zonas gubernamentales se asienta en los pilares gemelos del club desnudista y el dólar norteamericano, ¿sigue Gran Bretaña contando con las instituciones políticas y sociales necesarias para hacer posible una sociedad verdadera?

Periodista canadiense

No veo que el Parlamento funcione ahora como entidad en ningún sentido.

Es el trasero de los viejos Miembros del Parlamento y de los extremistas de derecha, una vía de escape para todo tipo de desagradables gases fascistas.

Como poder legislativo no existe.

Enfrentemos los hechos, el gobierno británico es un régimen títere, y quiere mantener este estado de cosas.

La economía cuenta, por primera vez en treinta años, y gracias a los gastos de guerra norteamericanos y a los dólares de los soldados, con un verdadero superávit en la balanza de pagos.

Vamos, si de este lado nadie dice «Yanqui, vete a casa».

Es más probable que te ofrezcan la hermana...
o la madre.

La hermana está en el otro bando.

Comentarista

El patriotismo adopta muchas formas.

Pero resulta significativo que la bandera del Frente de Liberación sea la Union Jack, durante muchos años símbolo de la unión de las principales zonas provinciales...

¿símbolo odiado y temido ahora por los partidarios del gobierno? ¿Hasta qué punto puede el propio gobierno ofrecer perspectivas de unidad?

entrevista con el primer ministro británico

Antiguo Primer Ministro laborista llamado de nuevo a desempeñar el cargo, a conducir la coalición multipartidaria, no oculta su incomodidad en la oficina de Downing Street protegida por sacos de arena, literalmente agachando la cabeza cada vez que se oye un disparo.

Está rodeado de guardias armados, pero parece desanimado y evasivo.

Evidentemente está a merced de los norteamericanos, y carece de ideas para ponerle fin a la guerra.

Comentarista

¿Puedo empezar preguntándole, Primer Ministro, si ve hoy con esperanzas un futuro de paz?

Primer Ministro

Bueno, depende mucho de lo que quiera hacer la otra parte.

Las últimas ofensivas - ataques contra la gente común de este país - no la muestran demasiado sincera cuando dice que quiere llegar a un acuerdo.

Comentarista

¿Considera usted que la partida de las tropas norteamericanas creará problemas? Si uno anda por Londres, ve que gran parte de la economía local está ideada para servir a los soldados norteamericanos.

Cuando se vayan esos soldados, ¿no se verán en dificultades las personas que hoy...?

Primer Ministro

Bueno, aquí aparece el mismo problema que se presentó en todos los otros países que han tenido una gran cantidad de tropas norteamericanas en su suelo: Alemania, Japón, Vietnam.

Creo que será bueno porque volveremos a la normalidad y mucha gente tendrá que ganarse la vida por sus propios medios.

Deberá renunciar a muchos beneficios fáciles que le da la guerra y que crean problemas sociales.

Tenemos ahora en este país una clase gente creada por la guerra, y pienso que es bueno que eso se acabe.

Comentarista

La infancia, para la mayoría de los niños de Londres, ha estado marcada por una extraña convivencia con el dólar norteamericano, ¿no es así? El dólar ha modelado la infancia de esos niños.

Y cuando todo eso desaparezca, encarnado en el soldado norteamericano, ¿no tendrán un montón de problemas?

Primer Ministro

Estoy seguro de que los tendrán.

Serán ante todo problemas económicos.

Creo que vamos a tener que pasar, como individuos y como nación, por lo que yo llamaría un proceso doloroso.

Pienso que va a haber un período de readaptación, quizá de turbulencia, pero será necesario vivir ese proceso.

Tal vez si se lo hubiese vivido hace veinte años no estaríamos en guerra hoy.

panoramas generales de gente merodeando cerca de las entradas a bases norteamericanas

Comentarista

¿Podrá el pueblo británico encontrarse a sí mismo? ¿Podrá sobrellevar el doloroso proceso que implica restablecerse como nación individual? Con el setenta por ciento de la economía ligada a la guerra, con los ingresos del petróleo del Mar del Norte malvendidos hace tiempo a los alemanes y a los japoneses, ¿podrá la gente común hacer los ajustes necesarios para convivir con la otra parte? En suma, ¿quieren de verdad que la guerra termine? Mundo en Acción visitó un pueblo en el frente para ver cómo está enfrentando la realidad de la guerra el grueso de la población.

panorama general de pueblo pequeño en buckinghamshire Alambre de púas, barricadas en los caminos, tropas y vehículos blindados.

Disparos a lo lejos.

Comentarista

Aquí en Cookham, a sólo unos treinta kilómetros del centro de Londres, los «beneficios fáciles» de la guerra bien pueden consistir en la bala de un francotirador o en una descarga de mortero enemiga.

Éste es uno de los llamados pueblos pacificados.

De día las fuerzas británicas y norteamericanas ocupan los bunkers y los nidos de ametralladoras.

Al anochecer se retiran, junto con los administradores locales, a un enclave fortificado situado cerca de la base norteamericana de Windsor.

De noche se instala el Frente de Liberación.

En este momento las posiciones adelantadas de ellos no están a más de doscientos metros de nosotros, y sus centinelas nos miran por los binoculares.

Ninguno de esos lugareños quiere hablar con nosotros.

Se supone que son simpatizantes del Frente de Liberación, pero en realidad son neutrales profesionales que viven sobre el filo de una navaja gigantesca que en cualquier momento los puede cortar en dos.

Cultivan los campos, trabajan en los garajes y en las tiendas, y esperan a que los norteamericanos se vayan.

Lo más raro es que aquí no hay nadie que tenga entre cuatro y cuarenta años.

aparece tanque, seguido por soldados británicos y norteamericanos

Comentarista

Llega una fuerza especial de operaciones, parte de una Misión de Pacificación que se internará quince kilómetros en territorio recientemente ocupado por el Frente de Liberación.

Un tanque, diez soldados norteamericanos de la Primera División de Caballería y treinta soldados británicos marchan bajo las órdenes del capitán Errejota Robinson.

Mundo en Acción va con ellos a ver qué pasa.

capitán robinson dando instrucciones a su unidad en el ayuntamiento del pueblo

Los soldados norteamericanos, muy bien protegidos por chalecos antimetralla y cascos equipados con radio, están sentados en primera fila, y detrás de ellos las tropas británicas, con dos oficiales de edad avanzada.

Capitán Robinson

La principal misión de Compañía Alfa será de reconocimiento y pacificación.

Los círculos indican escondites de víveres

dentro de la zona, también lugares conocidos de aparcamiento, ante todo de vehículos rodantes y de camiones grandes.

También hay algunos puntitos amarillos, que indican posiciones conocidas donde hemos visto tanques.

No cabe duda de que hay tanques en la zona.

Según veo las cosas en este momento, nos vamos a encontrar con dos compañías controlando la base de la artillería.

Actuaremos con mucha soltura, improvisaremos a dónde ir y cuántas veces.

Iremos allá, mataremos al enemigo donde lo encontremos y luego regresaremos.

Segunda Parte

MISIÓN DE PACIFICACIÓN

Comentarista

Se dispone a partir una Misión de Pacificación.

Son las 6:35 de la mañana, y los treinta soldados británicos que cargarán con la mayor parte de la lucha - y la mayor parte de las muertes - esperan tranquilamente en segundo plano mientras la dotación del tanque norteamericano y los especialistas de radio preparan su equipo.

Las armas y los aparatos de comunicaciones norteamericanos son tan sofisticados que las tropas británicas casi no los entienden.

Muchos de esos hombres desertarán durante esta misión, muchos más morirán.

¿Qué es lo que tienen que enfrentar? El mes pasado un equipo de filmación sueco consiguió atravesar el frente.

La breve película muestra cómo es la vida dentro del Frente de Liberación.

noticiario de las zonas del frente de liberación

Montañas, bocas de túneles custodiadas por soldados jóvenes y por mujeres jóvenes armadas.

Union Jacks ondeando en el aire.

Gente trabajando en fábricas.

Tecnología alternativa, molinos de viento, hornos de función en pequeña escala, talleres mecánicos, telares manuales.

Niños por todas partes, delgados pero saludables.

Atmósfera de kibbuth, madres jóvenes con minifaldas caqui llevando bebés y rifles.

Trincheras abrigo, hombres con rifles que atraviesan campos esquivando tanque norteamericano quemado.

Gimnasia en sala de adiestramiento, canto comunal alrededor de bandera.

Sesiones de adoctrinamiento, comisario político de dieciocho años dirigiendo la palabra a médicos y a personal de enfermería en hospital.

Niños actuando en teatro popular, pequeños de cuatro años vestidos con parodias de uniformes militares norteamericanos representando pantomimas de bombardeos a robustos lugareños.

En todas partes consignas, altoparlantes, retratos de Jorge VI.

Voz de locutor sueco

Las montañas de Escocia y de Gales son las principales fortalezas del Frente Nacional de Liberación.

En los cuatro años de guerra contra el gobierno central británico se han construido cientos de escuelas y de fábricas clandestinas.

De aquí van al frente provisiones y equipos.

A esta altura todas las zonas agrícolas de Inglaterra están bajo control del Frente de Liberación.

Los soldados y los campesinos están organizados en comunidades, las mujeres cultivan la tierra y cuidan a los niños mientras los hombres combaten.

Sus líderes son jóvenes.

Aquí hay pocos viejos.

El estado de ánimo es bueno en todas partes, confían en que han ganado la guerra y en que los norteamericanos tendrán que irse pronto.

Son escoceses, galeses, habitantes de las provincias norteñas y occidentales de Inglaterra, antillanos, asiáticos y africanos.

Los han bombardeado durante cuatro años, pero todavía siguen combatiendo.

cookham

Plano del capitán Robinson en la torre del tanque.

Escudriña los campos desiertos.

Nada se mueve.

Allá abajo, en el campamento, los soldados han terminado de preparar las armas y el equipo.

El comentarista de Mundo en Acción se pone ropa de combate norteamericana, se coloca una pistola en la cintura y se prueba unas pesadas botas.

Arriba martillea un helicóptero.

Locutor de radio de AFN

...anoche, en las afueras del sur de Londres un grupo guerrillero disparó un cohete de 107 milímetros, matando a un civil e hiriendo a otros cuatro.

En la Operación Pegaso, elementos terrestres de la Primera Brigada Aérea mataron ayer a 207 enemigos en enfrentamientos aislados, con escasas bajas leales.

Marines de la Primera División mataron a ciento veinticuatro en dos combates diferentes en la Provincia del Norte.

Los infantes emboscaron a elementos enemigos, solicitando apoyo de la artillería y de la aviación.

No hubo bajas entre los marines, que mataron a ciento cincuenta y seis comunistas...

Comentarista

Dentro de media hora los cuarenta hombres de la Compañía Alfa saldrán de Cookham.

Mientras atravesamos esta campiña infestada de guerrilleros, dos compañías de ingenieros de combate habrán volado a la zona - objetivo en helicóptero.

Se encargarán de neutralizar la oposición local, si es que se presenta.

La principal función de la Compañía Alfa, de esto que llaman misión de pacificación, es restablecer la autoridad gubernamental.

Los treinta soldados británicos y el Administrador de Distrito se quedarán allí después que se hayan ido los norteamericanos, reclutando milicia local, levantando un pueblo fortificado, cambiando de rumbo la agricultura del lugar.

La zona - objetivo está en un punto clave sobre la Ruta M4, hacia el sudeste.

Para mantener abierta esa ruta, las fuerzas gubernamentales están construyendo una cadena de pueblos fortificados a lo largo de sus trescientos kilómetros de longitud.

el capitán robinson inspecciona el equipo de sus hombres

Comentarista

El comandante de la Compañía Alfa, capitán Errejota Robinson, ya es un veterano de esta guerra.

Tiene treinta y dos años, viene de Denver, Colorado, y se graduó en West Point.

Está casado con la hija de un pastor y tiene tres hijos, que no ha visto en los dos años que lleva aquí.

Soldado de carrera, ya ha decidido permanecer aquí hasta que se retiren los norteamericanos.

el sargento paley inspeccionando las cadenas del tanque

Comentarista

Su subjefe es el sargento Carl W.

Paley, un soltero de veintiséis años de Stockton, California, donde era gerente general de una emisora de radio propiedad de su padre.

Como el capitán Robinson, él casi no ha tenido contacto con la gente común de este país.

Para él forman un fondo gris de rostros borrosos: chicas que conoce en los bares delante de los campamentos de la base, viejos que limpian los cuarteles o que trabajan como camareros en el rancho de los sargentos.

Aparte de las prostitutas, los únicos jóvenes ingleses que verá probablemente estarán en la mira de sus armas.

El mes pasado la Compañía Alfa estuvo comprometida en una acción de envergadura en la que fueron muertos más de doscientos cincuenta soldados enemigos, un tercio de los cuales eran mujeres auxiliares.

Pero para el sargento Paley son simplemente «Charley», nombre colectivo arrastrado desde Vietnam, o «basuras».

arranca el motor del tanque

Los soldados norteamericanos suben a bordo, los británicos forman una columna detrás.

Comentarista

En cuanto a las tropas británicas que los acompañarán...

como todos los norteamericanos que están aquí, el sargento Paley siente hacia ellas poco más que desprecio.

Desnutridas y mal equipadas, tienen que proveerse su propia comida y sus elementos para dormir.

Durante las próximas seis horas los norteamericanos viajarán al campo de batalla en el tanque.

Los treinta británicos caminarán detrás.

En su mayoría hombres de más de cuarenta años, con algunos más jóvenes reclutados en las fuerzas penales, representan el residuo de los ejércitos alistados por el gobierno hace tres años, ejércitos ahora diezmados por las bajas y las deserciones.

mayor cleaver

Un hombre del ejército británico sube al tanque y se sienta al lado del capitán Robinson.

Lleva botas norteamericanas, pantalones color ciervo, chaqueta de cuero marrón y porta un revólver del ejército de los Estados Unidos.

Comentarista

El único británico a quienes los norteamericanos prestan alguna atención es al mayor Cleaver, el Administrador de Distrito que quedará a cargo del pueblo pacificado.

Ex oficial regular del ejército, el mayor Cleaver es uno de los miles de AD enviados por el gobierno británico para manejar la administración civil de las zonas recapturadas.

En parte comisario político, en parte juez y jurado, el mayor Cleaver tendrá literalmente poder de vida y muerte sobre la gente que vivirá bajo su autoridad, poder que él y sus pares se han apresurado a ejercer en el pasado.

arranca el convoy

La infantería se esparce delante y a los lados del tanque.

Avanzan por un camino que atraviesa un terreno arbolado, entre prados y granjas abandonadas.

De vez en cuando se detiene el tanque, y entonces hacen un alto.

Capitán Robinson

Los helicópteros son lo más indicado en esta época.

Puedes llegar allí en seguida con un intenso fuego represivo, y si hace falta que te saquen, puedes salir rápidamente.

Sargento Paley

Es decididamente el mejor instrumento para librar una guerra terrestre.

Capitán Robinson

Entiendo que habrá dos compañías controlando la base de fuego, Bravo y Charley, que irán en helicóptero.

Cuando lleguemos allí ya tendrán limpia la zona, con lo que habrá finalizado el lado táctico de la operación.

También conviene desde el aspecto psicológico que no nos comprometamos demasiado con el lado táctico.

Comentarista

¿Se refiere usted al combate en sí, en las cercanías del pueblo?

Capitán Robinson

Correcto.

operador de radio entrega mensaje al capitán robinson

Se detiene el tanque.

Comentarista

Si no fuera por las compañías Bravo y Charley, que supuestamente viajarán en helicóptero, hoy no es el día indicado para librar una guerra.

El tiempo en la zona - objetivo ha empeorado, y los helicópteros han regresado a la base.

La Compañía Alfa se prepara para avanzar sola: cada uno de sus hombres confía en que el tiempo aclare.

Sargento Paley

En este país lo principal es el clima.

Llueve mucho y uno anda mojado casi todo el tiempo, pero como soldado sabe que no puede pedir un determinado territorio para combatir, sino arreglárselas lo mejor posible con el territorio que le toque.

Comentarista

Sargento, ¿qué posibilidades de paz ve usted aquí?

Sargento Paley

Bueno, pienso que...

No sé, me parece que mientras el enemigo tenga un arma y un poco de munición y la use no se va a rendir.

Pienso que pone el alma en esto, metiendo a su propia gente en aprietos muy grandes.

Comentarista

¿Cómo cree usted que va todo esto?

Sargento Paley

Bueno, sé que va bien para las brigadas aéreas.

En todos los sitios a donde vamos nos encontramos con el enemigo...

Sé que no va a durar mucho.

Comentarista

Dígame, sargento, ¿por qué está usted en Inglaterra?

Sargento Paley

¿Por qué estoy en Inglaterra? Bueno, supongo que por curiosidad.

Quería saber cómo era la guerra.

Comentarista

¿Cómo es la guerra?

Sargento Paley

Bueno, supongo que excelente.

Durante un año diría que es una buena experiencia.

Realmente se aprende mucho de ella.

Mayor Cleaver

Desde luego, uno tiene la esperanza de que la paz llegue al país lo antes posible.
Las posiciones se han endurecido mucho en el último año, y hay en ambas partes una herencia de amargura.
No es ésta una guerra civil que resuelva algo.

Comentarista
¿Qué me puede decir de la lucha? ¿No le resulta difícil dispararle a su propia gente?
Mayor Cleaver
Ya no es nuestra propia gente.
Ése es el sentido de la guerra.
Ahora es el enemigo, y la paz no los va a transformar en nuestros amigos de la noche a la mañana.

Comentarista
Pero ¿no hay muchas deserciones en el ejército?
Mayor Cleaver
No tantas como antes.
La mayoría de los hombres se dan cuenta de que aquí las condiciones son mucho mejores que en el otro bando.
Los bombardeos han matado a cientos de miles de personas.
Es mucho más cómodo estar aquí sentado, comiendo raciones enlatadas, que lo hiervan a uno vivo en napalm.

la columna reanuda la marcha
Lenta penetración del bosque que flanquea el camino.
Vemos el tanque atascado en un pequeño arroyo.
Disparos individuales simulados de soldados norteamericanos y británicos.
Salto de imagen a las primeras horas de la tarde.
Una larga toma de la carretera a la izquierda, el pueblo a la derecha.
Nada se mueve.
La cámara gira y vemos las tropas norteamericanas y británicas atrincheradas en el borde del campo que los separa del pueblo.
Ha estado lloviendo pero el cielo se ha despejado.
Todo está muy tranquilo.
Instalan ametralladoras y otras armas.
El tanque está oculto entre los árboles.
El capitán Robinson escudriña el cielo bajo con los binoculares.

Comentarista
Las tres de la misma tarde.
La Compañía Alfa ha llegado a su objetivo.
No hay señales de los helicópteros, así que el capitán Robinson y sus hombres tendrán que entrar solos.
¿Cuántos soldados del Frente de Liberación tendremos enfrente? Tal vez cincuenta, tal vez cien.
¿Presentarán combate? ¿O desaparecerán en la campiña circundante, dejando a las mujeres y a los niños hasta que vuelva la noche?
norteamericanos y británicos observan en silencio
Aparece un campesino que camina por un sendero del otro lado del campo.
Lleva un rifle al hombro.
El sargento Paley lo observa por la mira de su ametralladora.
Nadie se mueve.

el pueblo empieza a animarse después de la tormenta

Aparecen hombres y mujeres jóvenes.

Se ponen a trabajar.

Instalan un puesto donde distribuyen alimentos.

Madres jóvenes con minifaldas caqui dejan a sus niños en el jardín de infantes comunitario.

Otras echan a andar hacia los campos y las granjas con el rifle al hombro.

Izan una mojada Union Jack en el mástil del pueblo.

Mientras tanto, las fuerzas leales norteamericanas y británicas observan tranquilamente por las miras de las armas.

Con el zoom de la cámara enfocamos soldados individuales, y luego lugareños individuales que aparecen en las miras: un joven con vincha en la cabeza que es el jefe del kibbutz; su novia con un bebé; una muchacha de color con una pistola en la cintura.

El jefe habla por un megáfono, y la voz se oye del otro lado del campo.

Está haciendo una especie de chiste, y toda la gente del pueblo se ríe.

los primeros campesinos empiezan a atravesar el campo

Todavía no han detectado las fuerzas gubernamentales, y llevan los rifles colgados casualmente del hombro.

Uno de ellos, un joven paquistaní, ha descubierto algo que se mueve por el campo.

Lo persigue entre las coles, luego se inclina y lo recoge.

Es un paquete de cigarrillos norteamericano.

Intrigado, levanta la mirada.

Ve a tres metros el cañón de una ametralladora liviana con la que le está apuntando el sargento Paley.

Mientras aplasta el paquete con la mano, abre la boca para gritar.

el capitán robinson hace una señal

El sargento Paley abre fuego directamente sobre el joven paquistaní que, despedazado, cae entre las coles.

Se desata un impresionante tiroteo.

Caen los otros hombres y mujeres jóvenes que andaban por el campo.

El fuego de mortero apunta al pueblo, el tanque avanza retumbando, y comienza a disparar con su pesado cañón.

Por la lente de mirar lejos vemos cómo los tiros alcanzan a hombres y mujeres aislados; otros corren buscando refugio.

El puesto de comida está volcado.

Arde un pajar.

El capitán Robinson hace otra señal y los hombres avanzan al unísono sin dejar de disparar.

El comentarista de Mundo en Acción y el mayor Cleaver los siguen, refugiándose detrás del tanque.

En el pueblo responden al fuego desde un pequeño fortín que se levanta detrás de un cobertizo para bicicletas.

Los disparos matan a dos soldados británicos.

Ahora arde todo en el pueblo.

Se ven cuerpos tirados, motocicletas ardiendo y comida desparramada por todas partes.

todo está tranquilo

Hace aproximadamente una hora que terminó la batalla.

Todavía hay fuego en algunos sitios, el humo flota hacia la carretera distante.
Las tropas gubernamentales británicas derriban las puertas de las casas.
Miran las hileras de cuerpos, principalmente de mujeres y de niños.
Seis prisioneros tienen las manos atadas con alambre.
Al resto de los lugareños los sacan al campo.

Segundo comentarista

Hace dos horas, en el ataque a este pueblito al borde de la M4, fue muerto el comentarista de Mundo en Acción.

Mientras acompañaba la primera ola de soldados norteamericanos fue atacado por un francotirador enemigo, y en pocos minutos murió a causa de las heridas.

Hemos mostrado su relato de la guerra sin cambiarle nada.

lugareños en cuclillas en el campo

Los soldados norteamericanos preparan cargas de demolición.

Segundo comentarista

La Compañía Alfa se prepara para retirarse.

El tiempo ha vuelto a empeorar, y no contarán con apoyo transportado en helicópteros.

Se suspende la acción a pedido del mayor Cleaver.

Diez soldados británicos han sido muertos o heridos.

Sin los norteamericanos y su tanque nunca podría conservar el pueblo.

Capitán Robinson

Los estamos sacando de las viviendas, generalmente nos los quitamos de encima.

Así resulta más fácil bombardearles y demolerles las casas sin andar con culpa.

Pónganlos en el campo.

explosiones deshacen edificios del pueblo

Primer plano de cuerpos de soldados rebeldes arrastrados sobre el barro detrás del tanque.

La columna se pone en marcha en el crepúsculo, regresando a Cookham.

Mayor Cleaver

Ser útil a otro ser humano justifica el costo, la pérdida de vidas.

A veces me pregunto si algunas de las personas conocidas que han muerto sabían por qué morían.

No se me ocurre un pensamiento más difícil.

Si un hombre no sabe por qué muere, su muerte no es buena.

Agradecimientos:

Por todos los diálogos precedentes, al general Westmoreland, al presidente Thieu de Vietnam del sur, al mariscal Ky y a varios periodistas, a personal militar norteamericano y vietnamita.

EL TIEMPO DE LOS MUERTOS

Sin aviso, como si trataran de confundirnos, los japoneses que custodiaban nuestro campo habían desaparecido. Desde las puertas abiertas del campo, con un grupo de

internados, miré casi hipnotizado el camino desierto y los canales descuidados y los arrozales que se extendían por todos lados hasta el horizonte. Habían abandonado el cuartel de la guardia. Los dos centinelas japoneses que generalmente me echaban cada vez que intentaba venderles cigarrillos, habían dejado sus puestos y huido con el resto de la policía militar a sus cuarteles de Shanghai. Todavía se veían claramente las huellas de los neumáticos de los vehículos en el polvo entre los pilares de los portones.

Quizá bastase esta insinuación de la presencia de los japoneses que nos habían encarcelado durante tres años para disuadirnos de atravesar la línea que nos separaba del mundo silencioso que había fuera del campo. Nos quedamos juntos en la puerta, tratando de alisarnos las ropas andrajosas y escuchando a los niños que jugaban adentro. Detrás del primer bloque de dormitorios varias mujeres colgaban la ropa que habían lavado esa mañana, aparentemente satisfechas de comenzar la rutina de otro día en el campo. ¡Pero todo había terminado!

Aunque yo era el más joven del grupo - entonces sólo tenía veinte años -, me adelanté impulsivamente y caminé con naturalidad hasta el centro del camino. Cuando me volví hacia el campo todos los demás me estaban mirando. Sin duda temían que pudiese llegar un disparo de algún lado. Uno de ellos, un ingeniero consultor que había conocido a mis padres antes que la guerra nos separase, alzó la mano como para indicarme que me pusiera a salvo.

El zumbido tenue de un avión norteamericano atravesó la orilla desierta del río a casi un kilómetro de distancia.

Voló directamente hacia nosotros, a no más de treinta metros por encima de los arrozales; el joven piloto se asomaba sobre los controles para mirarnos. Entonces hizo balancear las alas, saludándonos, y cambió de rumbo hacia Shanghai.

Los demás, al recuperar la confianza, me rodearon de pronto, riendo y gritando mientras bajaban por el camino. A seiscientos metros de distancia había una aldea china, parcialmente oculta por los bultos erosionados de los túmulos funerarios construidos sobre los terraplenes que separaban los arrozales. Ya habían llevado al campo unas provisiones considerables de cerveza de arroz. A pesar de nuestra cautela, no éramos los primeros internados en salir. Una semana antes, inmediatamente después de la noticia de la capitulación de los japoneses, un grupo de marinos mercantes había trepado por la valla detrás de su bloque y caminado los doce kilómetros hasta Shanghai. Allí habían sido apresados por la gendarmería japonesa, retenidos durante dos días y devueltos al campo después de una cruel golpiza. Hasta el momento todos los que habían llegado a Shanghai - ya fuese en busca de parientes, como en mi caso, o tratando de controlar sus negocios - habían encontrado el mismo destino.

Mientras caminábamos a zancadas hacia el pueblo, volviéndonos de vez en cuando para mirar las curiosas perspectivas del campo que se alejaba a nuestras espaldas, observé los arrozales y los canales que se extendían a ambos lados del camino. A pesar de todo lo que había oído en los informativos de la radio, aún no estaba seguro de que la guerra hubiese terminado. Durante el último año habíamos escuchado más o menos abiertamente las diversas radios que habíamos logrado introducir en el campo, y habíamos seguido el avance de las fuerzas norteamericanas sobre el Pacífico.

Habíamos oído relatos detallados de los ataques nucleares - Nagasaki estaba a poco más de setecientos kilómetros de nosotros - y el inmediato llamado del Empeador a la rendición. Pero en nuestro campo, doce kilómetros al este de Shanghai en la boca del Yangtsé, poco era lo que había cambiado. Grandes cantidades de aviones norteamericanos atravesaban el cielo sin encontrar resistencia y sin participar ya en acciones ofensivas, pero pronto nos dimos cuenta de que ninguno había aterrizado en el aeropuerto militar contiguo a nuestro campo. Cantidades decrecientes pero todavía considerables de tropas japonesas ocupaban el paisaje, patrullando el perímetro del campo de aviación, las vías del ferrocarril y las carreteras a Shanghai. La policía militar

seguida custodiando nuestro campo, como garantizando nuestra prisión durante cualquier posible período futuro de paz, y mantenía poco más que su habitual distancia de los dos mil internados. Paradójicamente, la única señal positiva era que después de haber hablado por radio el Emperador no habíamos recibido alimentos.

El hambre, precisamente, era la principal razón por la que yo había salido del campo. En la confusión que siguió a Pearl Harbour las autoridades de la ocupación japonesa me habían separado de mis padres y me habían encarcelado en una prisión militar en el centro de Shanghai reservada para varones nativos aliados. Dieciocho meses más tarde, cuando comenzaron los bombardeos norteamericanos, cerraron la prisión y desparramaron a los prisioneros al azar entre la multitud de campos de concentración grandes para familias con hijos contruidos en la campiña que rodeaba a Shanghai. Mis padres y mi hermana pequeña habían pasado la guerra en otro de esos campos, unos treinta kilómetros al oeste de la ciudad. Aunque probablemente estaban en tan malas condiciones como yo, tenía la certeza de que una vez que los encontrase todo iría bien.

- Parece que se han ido. Deben haberse llevado todo de la noche a la mañana.

En la entrada al pueblo el hombre que iba a mi lado, propietario de un garaje en Shanghai, señaló las casas abandonadas. Recuperando el aliento después de la apresurada caminata, miramos las calles vacías y las ventanas cerradas.

No se veía un solo chino, a pesar de que la tarde anterior habían estado haciendo un trueque ventajoso con grupos de internados del campo, traficando cerveza de arroz por relojes, zapatos y estilográficas.

Mientras los demás conferenciaban, yo me escabullí hasta las ruinas de una fábrica de cerámica en las afueras del pueblo. Suponiendo tal vez que los hornos eran algún tipo de instalación militar, los norteamericanos habían bombardeado repetidamente las instalaciones. Algunas de las construcciones quedaban todavía en pie, pero los patios estaban cubiertos por miles de pedazos de loza destrozada. Misteriosamente, parecían haber sido clasificados en varias categorías de vajilla. Caminé sobre una alfombra de cucharones de porcelana para sopa, muy consciente del hecho de que el único ruido que se oía en todo el paisaje venía de mis pies.

Que los pobladores se hubiesen ido tan repentinamente, después de todos sus esfuerzos durante la guerra, sólo podía significar que los había asustado algo que, estaban seguros, iba a ocurrir en las inmediaciones. Durante el último año se habían apegado a nuestro campo, vendiendo algunos huevos a través de los alambres de púas y luego, cuando ellos mismos empezaron a pasar hambre, tratando de meterse por las cercas para robar los tomates y las raíces que los internados cultivaban en cada metro cuadrado de tierra desocupada. En una época habíamos reclutado a los guardias japoneses para que nos ayudasen a fortalecer el alambre e impedir así la entrada de esos ladrones. En los últimos meses, el círculo de viejos hambrientos o enfermos que se plantaba delante de las puertas del campo - jamás dejamos entrar a alguno, y menos aún alimentarlo - crecía todos los días.

Sin embargo, por algún motivo, se habían ido todos.

Cuando volví del perímetro de la fábrica mis compañeros estaban discutiendo cuál sería la mejor ruta para llegar a Shanghai a través de los arrozales. Habían saqueado varias de las casas y estaban ahora sentados en las pilas de cacharros rotos con botellas de cerveza de arroz. Recordé los rumores que habíamos oído acerca de que los japoneses planeaban, antes de rendirse, masacrar a sus prisioneros civiles.

Miré por el camino hacia el campo, consciente de su curiosa mezcla de vulnerabilidad y seguridad. El tanque de agua y los bloques de cemento de tres pisos de altura parecían brotar de las hileras de túmulos funerarios. El campo había sido una escuela secundaria china. Habíamos llegado después del anochecer, y yo nunca lo había visto desde afuera,

como no había entrado nunca físicamente en el paisaje que rodeaba el campo y que había sido una parte íntima de mi vida todos esos años.

Escuché la discusión cada vez más aleatoria de mis compañeros. Además del ingeniero consultor y del propietario del garaje había dos marineros australianos y un cantinero de hotel. Yo ya estaba seguro de que ellos no tenían idea de los riesgos que enfrentaban, y que mientras me quedase con ellos nunca encontraría a mis padres. Su única intención era emborracharse en la mayor cantidad posible de las docenas de pueblos que nos separaban de Shanghai.

Pero cinco minutos después de dejarlos, mientras regresaba por el camino hacia el campo, oí el ruido de un camión militar japonés que se me acercaba por detrás.

Soldados de la gendarmería armados se recostaban sobre la cabina, encima del conductor, custodiando a mis cinco antiguos compañeros, que iban sentados en el suelo, a los lados de la puerta trasera. Las caras de mis compañeros tenían ese aspecto ceniciento y átono que se ve en los rostros de los hombres que han sido despertados bruscamente.

Sólo uno de ellos, un marinero australiano, levantó la mirada de las muñecas atadas y me clavó los ojos, como si no pudiera reconocerme.

Yo seguí caminando hacia el campo, pero el camión se detuvo delante de mí. Ninguno de los soldados me habló ni siquiera me indicó por señas que subiese, pero yo ya sabía que no nos llevaban de vuelta al campo.

Sin pensar, tuve un repentino presentimiento de muerte, no de la mía sino de la de todos los que me rodeaban.

Durante los tres días siguientes nos tuvieron detenidos en los cuarteles de la gendarmería dependientes del campo de aviación militar, donde habían concentrado a algo así como un centenar de pilotos aliados derribados durante los ataques aéreos con la intención de disuadir a los bombarderos norteamericanos de ametrallar los hangares y las pistas. Para mi alivio, no nos maltrataron. Los japoneses estaban por allí sentados, indiferentes, sin mostrar ya ningún interés en nosotros y mirando con ojos melancólicos los aviones norteamericanos que atravesaban el cielo sin cesar. Ya arrojaban víveres con paracaídas en nuestro campo. Desde la ventana de nuestra celda veíamos los doseles coloreados que caían pasando por delante del tanque de agua.

Era evidente que la guerra había terminado, y cuando un sargento de gendarmería nos sacó de la celda y nos ordenó presentarnos en la plaza del cuartel, di por sentado que nos iban a liberar a las puertas del campo de aviación. En cambio, nos hicieron subir al mismo camión que nos había traído y nos trasladaron bajo custodia hasta la cercana estación de ferrocarril que servía como base militar en la línea Shanghai-Nankín.

Primero en saltar del camión, miré alrededor los arruinados edificios de la estación; era evidente que el último tren se había detenido allí hacía por lo menos dos meses. Fuera de los aviones que pasaban por encima, el paisaje seguía tan desierto como el día de nuestra abortada fuga. Se veían en todas partes desechos de guerra: camiones oxidados, un arrozal utilizado como basural para gomas de vehículos gastadas, una hilera de zanjas parcialmente anegadas por el agua que llevaban hacia un pequeño estadio de fútbol algo apartado de la carretera, un fortín cubierto de bolsas de arena agujereadas que se levantaba a la entrada de la estación. Pero los chinos se habían ido, desocupando el paisaje como si hubieran finalmente decidido abandonarnos a nuestros propios recursos, al fin inútil que quisiéramos darnos.

- Parece que vamos a jugar al fútbol - gritó uno de los marineros australianos, dirigiéndose a los demás, mientras él y yo seguíamos a los tres guardias hacia el estadio.

- Algún truco publicitario para la Cruz Roja - comentó alguien -. Luego asegurémonos de que nos lleven de vuelta al campo.

Pero yo ya veía el interior del estadio, y comprendí que, pasara lo que pasase, no jugaríamos al fútbol. Subimos por el túnel de cemento que llevaba al campo, un círculo de

hierba amarillento en cuyo centro había dos camiones detenidos. Los japoneses habían utilizado parte de las tribunas vacías como depósito, y varios soldados patrullaban las gradas, allí arriba, custodiando lo que parecía una pila de muebles robados. Junto a los dos camiones había un grupo de militares elegantemente uniformados, esperando que nos acercásemos. Al frente estaba un joven intérprete eurasiático de camisa blanca.

Mientras caminábamos hacia ellos miramos el suelo a nuestros pies. Tendidos en la hierba marchita había unos cincuenta cadáveres, dispuestos en pulcras hileras, como si alguien los hubiera ordenado con notable cuidado y devoción.

Todos estaban completamente vestidos y yacían con los pies hacia nosotros, los brazos a los lados, y por la brillante palidez de los rostros de esa gente supe que, quienesquiera que fuesen, habían muerto hacía muy poco tiempo. Me detuve al lado de una joven monja con hábito completo y toca cuya boca ancha apenas empezaba a adquirir el rictus de muerte. A sus lados, como miembros de su rebaño, había tres niños, las cabezas ladeadas como si se hubieran quedado dormidos antes de morir.

Avanzamos despacio entre los cadáveres, bajo la mirada de los soldados japoneses y el joven intérprete, y los centinelas que vigilaban los muebles de las tribunas. Fuera de dos chinos de edad madura, un hombre y una mujer tendidos uno al lado del otro y que podían ser marido y mujer, todos eran europeos o norteamericanos, y por el grado de deterioro de sus zapatos y de sus ropas daban la impresión de ser internados como nosotros. Pasé por delante de un hombre grande de pelo rojizo y pantalones cortos de color marrón con una herida de bala en el pecho, y una anciana con un vestido estampado que había recibido un disparo en la mandíbula, pero a primera vista ninguno de esos cuerpos presentaba señales de violencia.

Delante de donde estaba yo, a menos de diez metros, uno de los soldados japoneses movió el rifle. A mis espaldas, mis compañeros retrocedieron involuntariamente. El propietario del garaje tropezó contra mí, y por un momento se apoyó en mi hombro. Escuché el sonido de un avión norteamericano que pasaba por encima; el cuenco de cemento del estadio amplificaba el ruido del motor. Parecía una locura que fuésemos a morir fusilados diez días después de haber terminado la guerra y ante los ojos de nuestros salvadores, pero yo ya estaba convencido de que no moriríamos. Al mismo tiempo volvía a tener el mismo presentimiento de muerte que había percibido, inexplicablemente, antes de nuestro arresto.

Uno de los oficiales japoneses, de uniforme completo bajo una capa para la lluvia, dijo unas breves palabras. Noté que a su lado había una pequeña mesa de juego sobre la que descansaban dos cestas de mimbre en las que había botellas de saki y paquetes de arroz hervido envuelto en hojas. Por alguna extraña razón supuse que iba a darme un premio.

El euroasiático de camisa blanca se me acercó. Tenía en el rostro la misma pasividad de los japoneses. Sabía, sin duda, que cuando llegasen las fuerzas del Kuomintang se acabaría su vida, como se había acabado la de esas cincuenta personas que yacían sobre la hierba del estadio.

- ¿Está usted bien? - me preguntó. Luego de una pausa inclinó la cabeza hacia el oficial japonés. Entonces, casi como si acabara de ocurrírsele, dijo -: ¿Puede usted conducir un camión?

- Sí... - La presencia de los japoneses armados hacía inútil cualquier otra respuesta. En realidad yo no había manejado ningún vehículo desde el comienzo la guerra, y antes solamente el auto Plymouth de mi padre.

- Claro que podemos. - El propietario del garaje, ya recuperado del susto, se nos había acercado. Se volvió para mirar a nuestros cuatro compañeros, separados ahora de nosotros por el trecho de cadáveres. - Ambos podemos manejar, yo soy un mecánico con experiencia. ¿Quiénes son todas esas personas? ¿Qué les pasó?

- Necesitamos dos conductores - dijo el intérprete -.

- ¿Conocen el cementerio protestante en Soochow?

- No, pero podemos encontrarlo.

- Muy bien. Son sólo noventa kilómetros, cuatro horas, luego quedan en libertad. Lleven a esa gente al cementerio protestante.

- De acuerdo. - El propietario del garaje había vuelto a aferrarme el hombro, esta vez para que no se me ocurriera cambiar de idea, aunque yo ya no tenía intenciones de hacerlo. - Pero ¿quiénes son?

El intérprete parecía haber perdido interés. Los soldados japoneses ya estaban bajando las puertas traseras de los camiones. - Varias cosas - dijo, palmeándose la camisa blanca -. Algunas enfermedades, los aviones norteamericanos...

Una hora más tarde habíamos cargado los cincuenta cadáveres en los dos camiones y, luego de una vuelta de prueba alrededor del estadio, habíamos partido en dirección a Soochow.

Al recordar esas primeras horas de libertad avanzando juntos por el paisaje vacío, cincuenta kilómetros al sudeste de Shanghai, me sorprende hasta qué punto habíamos olvidado ya a los pasajeros cuyo destino había posibilitado esa libertad.

Claro que ni Hodson, el propietario del garaje, ni yo, teníamos la menor intención de viajar a Soochow. Como vi mientras los seis cargábamos los últimos cadáveres en su camión, su única ambición era doblar hacia Shanghai en el primer camino y abandonar el camión y su contenido en una calle lateral... o, en todo caso, si sufría un repentino ataque de humanidad, delante de la embajada suiza. En realidad mi principal temor era que Hodson me dejase a merced de alguna patrulla japonesa antes que yo pudiese dominar los cambios y la pesada dirección del camión.

Por fortuna todos estábamos tan cansados del esfuerzo de cargar los cuerpos que los japoneses no se habían dado cuenta de mis torpes afanes para poner en marcha y controlar el camión, y en media hora conseguí mantenerme a una constante distancia de cincuenta metros detrás de Hodson. Ambos vehículos iban cubiertos de etiquetas militares pegadas a los parabrisas y a los guardabarros: esas etiquetas presuntamente garantizarían nuestro pasaje si nos encontrásemos con unidades japonesas. Dos veces pasamos al lado de un pelotón sentado en las vías férreas con las mochilas y los rifles, esperando un tren que no llegaría nunca, pero fuera de eso el paisaje estaba desierto, sin ningún chino a la vista. Pero, prudentemente, Hodson siguió la ruta a Soochow señalada en el mapa de carreteras que nos había dado el intérprete eurasiático.

Yo me alegraba de hacer ese rodeo antes de llegar a Shanghai; no deseaba meterme en el centro de la ciudad, camino al campo de mis padres, con el camión cargado de cadáveres. Al pasar los suburbios occidentales de la ciudad saldría de la carretera de Soochow, doblaría hacia el norte y entregaría el vehículo al primer puesto de comando aliado - nuestra flamante libertad me había convencido de que la guerra habría finalmente terminado para la tarde - y completaría a pie el corto viaje hasta el campo de mis padres.

Me mareaba la perspectiva de verlos en literalmente unas pocas horas, luego de todos esos años. Durante los tres días que habíamos pasado en los cuarteles de la gendarmería casi no nos habían dado nada de comer, y yo ahora picoteaba el arroz hervido que iba en la cesta de mimbre a mi lado, en el asiento. Ni siquiera los cadáveres cuyos pies y rostros saltaban debajo del encerado del camión de Hodson conseguían arruinarme el apetito. Mientras cargaba los cuerpos en los dos camiones me di cuenta en seguida de que la mayoría eran bastante carnosos, mucho mejor alimentados que cualquiera de nuestro campo. Probablemente los habían encerrado en algún centro de internación especial, y habían tenido la mala suerte de sufrir los ataques aéreos norteamericanos.

Al mismo tiempo la ausencia, con pocas excepciones, de heridas o de señales de violencia, insinuaba una o dos posibilidades inquietantes: plaga, tal vez, o una epidemia repentina. Manejando el volante con una mano y comiendo con la otra, levanté un poco el pie del pesado acelerador, aumentando ligeramente la distancia que me separaba de

Hodson. A pesar de todo no me preocupaban demasiado esos cuerpos. Ya había muerto demasiada gente dentro y alrededor de nuestro campo. El hecho de cargar esos cadáveres en los camiones había puesto entre ellos y yo una cierta distancia mental. Manejar todos esos cuerpos, levantar brazos y piernas tiesos, empujar nalgas y espaldas sobre las puertas traseras de los camiones, había sido como una prolongada lucha cuerpo a cuerpo con un grupo de extraños, una especie de intimidad forzada que me absolvía de todo futuro contacto u obligación.

Una hora después de salir del estadio, cuando habíamos recorrido unos quince kilómetros, Hodson comenzó a aminorar la velocidad; su camión traqueteaba sobre el camino poceado poco más que a paso de hombre. A menos de un kilómetro del río habíamos entrado en un paisaje inundado por aguas pardas, estancadas. Hacia todas partes se extendían canales descuidados y arrozales anegados, y el camino era ahora poco más que una serie de arrecifes estrechos. Los campesinos desaparecidos habían construido sus túmulos funerarios en los bordes del camino, y las puntas de los féretros baratos asomaban como cajones en la tierra lavada por la lluvia, alacenas saqueadas por el paso de la guerra. Del otro lado de los arrozales vi una barrera de buques hundidos que bloqueaba el río: las chimeneas y los puentes asomaban en la marea crecida. Pasamos por delante de otra aldea abandonada, y luego del fuselaje verde de un avión de reconocimiento derribado por los norteamericanos.

Delante de mí, a tres metros de distancia, el camión de Hodson avanzaba a los tumbos; los cadáveres cabeceaban vigorosamente, como durmientes que comparten un sueño. De pronto Hodson se detuvo y saltó de la cabina.

Apoyó el mapa en la capota de del motor de mi camión y luego señaló el ancho canal que habíamos estado siguiendo durante los últimos diez minutos. - Tenemos que cruzar esto para llegar a la carretera principal. Más adelante hay un puente - esclusa. Parece demasiado pequeño como para que lo hayan bombardeado.

Con sus manos fuertes empezó a arrancar las etiquetas pegadas a los guardabarros y al parabrisas de mi camión.

Aunque estaba flaco y desnutrido, parecía fuerte y agresivo.

Era evidente que la experiencia de volver a conducir un vehículo le había devuelto la confianza. Vi que había estado tomando generosamente de la botella de saki.

Se inclinó debajo de la puerta trasera del camión y palpó el neumático interior izquierdo. Yo había notado que el vehículo se inclinaba cuando llegamos al canal.

- Se está desinflando, y no tenemos una maldita rueda de auxilio. - Se enderezó y observó la parte trasera del camión, y con un solo movimiento de brazo apartó el encerado, como un funcionario de aduana que pone al descubierto un cargamento sospechoso. Miró con aprobación los cuerpos apilados unos sobre otros.

- Muy bien, descansamos aquí y terminamos la comida, luego buscamos el puente. Primero aliviemos un poco nuestra tarea.

Antes que yo pudiese abrir la boca fue al camión y tomó por los hombros a uno de los cadáveres. Tiró de él arrancándolo de la pila y lo arrojó de cabeza en el canal.

Pertenecía a un hombre de piel pecosa, de poco más de treinta años, y a los pocos segundos volvió a la superficie del agua parda y lentamente se alejó entre las cañas.

- Vamos, ahora le toca a la monja. - Mientras la levantaba, gritó por encima del hombro: - Empieza con los tuyos. Deja unos pocos por las dudas.

Diez minutos más tarde, mientras estábamos con las botellas de saki en la orilla del canal, había en el agua unos veinte cadáveres que se alejaban lentamente en la corriente perezosa. El esfuerzo de descargarlos casi me había agotado, pero los primeros sorbos de saki, casi tan embriagadores como el arroz hervido que había comido, entraron rápidamente en mi torrente sanguíneo. Ya no me perturbaba la manera brusca en que nos habíamos desembarazado de nuestros pasajeros... aunque, curiosamente, mientras estaba en la parte trasera del camión arrastrando los cuerpos al suelo me había

descubierto haciendo algún tipo de selección. Había retenido los tres niños y la mujer madura que podría haber sido su madre, y tirado al agua la pareja china y la vieja de la herida en la mandíbula. Pero todo eso no importaba nada. Lo único que importaba era encontrar a mis padres. Para mí estaba claro que los japoneses no habían dicho seriamente que llevásemos los cuerpos al cementerio protestante de Soochow: las dos monjas demostraban que todo eso no era más que un truco, un truco que los liberaba de algún apuro local antes que los norteamericanos aterrizasen en el campo de aviación.

Hodson estaba dormido al lado del camión. Su botella de saki siguió a los cadáveres canal abajo. Después de arrojarle algunas piedras, pasé la hora siguiente mirando los rastros de vapor de los aviones norteamericanos y pensando con creciente optimismo en el futuro, y en el encuentro con mis padres y mi hermana luego, esa tarde. Nos mudaríamos de vuelta a nuestra casa en la concesión francesa. Mi padre reabrirla su negocio de corretaje, y sin duda me llevaría como ayudante. Tras años de guerra, Shanghai volvería a ser una ciudad próspera... todo retornaría a la normalidad.

Esta agradable fantasía me sostuvo después que Hodson se despertó un poco aturdido y trepó a gatas a la cabina, y mientras arrancábamos en nuestros camiones aligerados. Yo empezaba a tener hambre de nuevo, y lamenté haberme comido todo el arroz, teniendo en cuenta que Hodson había tirado el suyo al canal. Pero entonces oí que Hodson gritaba diciéndome algo. Señalaba el puente - esclusa, cien metros más adelante.

Cuando llegamos allí descubrimos que no éramos los únicos que esperaban cruzar.

Detenido en las cercanías del puente había un auto patrullero japonés camuflado, sin nadie que custodiase la ametralladora liviana. Cuando nos detuvimos, la dotación de tres hombres había subido al puente y trataba de cerrar las compuertas que nos permitirían pasar al otro lado. Al vernos llegar, el sargento a cargo de la patrulla se nos acercó, observando las pocas etiquetas que Hodson no había arrancado de los camiones. Bajamos de las cabinas mientras el sargento inspeccionaba nuestra carga sin hacer comentarios. Le dijo a Hodson algunas palabras en japonés, y nos indicó por señas que lo acompañásemos al puente.

Al mirar las esclusas vimos en seguida qué era lo que había bloqueado los puentes e impedido que cerraran las compuertas. Apretados contra las aberturas había más de una docena de los cadáveres que Hodson y yo habíamos arrojado al canal una hora antes. Formaban una especie de colchón, con los brazos y las piernas entrelazados, unos boca abajo y otros mirando el cielo.

Me sobresalté al descubrir que los conocía a todos.

Volví a tener aquel presentimiento de muerte - aunque no de la mía, ni de la de aquellas criaturas ahogadas - que me había acosado tantas veces en los últimos días, y miré a Hodson y a los tres japoneses tal vez esperando de ellos una satisfacción inmediata de esa necesidad.

- Bueno, ¿qué quieren? - Hodson discutía agresivamente con el sargento japonés, que por algún motivo me estaba gritando con voz que de pronto se había vuelto estridente.

Quizá pensaba que yo, por razones personales, podría acatar sus instrucciones. Le miré el rostro y los hombros flacos, las muñecas que eran poco más que unos palillos, sabiendo muy bien que tenía tanta hambre como yo.

- Creo que quieren que los saquemos - le dije a Hodson -. De lo contrario no podremos atravesar el canal.

Saben que nosotros los tiramos al agua.

- Por Dios... - Exasperado, Hodson se abrió paso entre los japoneses y bajó gateando por la orilla del canal.

Hundido hasta la cintura entre los cadáveres, comenzó a echarlos afuera con brazos fuertes. - ¿No van a ayudarnos?

- gritó, apesadumbrado, viendo que los japoneses no hacían ningún esfuerzo por moverse.

No hace falta decir que Hodson y yo nos vimos obligados a sacar solos los cuerpos, que quedaron en la orilla como un grupo de bañistas cansados, en un extraño sentido casi refrescados por el viaje en el canal. Las aguas habían limpiado la sangre de la herida del maxilar de la anciana, y por primera vez vi la imagen de una personalidad nítida. La luz del sol alumbraba la hilera de rostros húmedos, iluminando las manos y los tobillos expuestos.

- Bueno, ahora podemos cruzar. - Mirándose los pantalones empapados mientras los japoneses cerraban las esclusas, Hodson me dijo: - Sigamos adelante. Los dejaremos aquí.

Yo miraba el rostro de la anciana; la imaginaba hablando conmigo, tal vez de su infancia en Inglaterra o de sus largos años misioneros en Tientsin. A su lado, los hábitos lavados de la monja eran de un negro casi espectral, y le daban a la piel blanca de las manos y del rostro una luminosidad extraordinaria. Yo estaba a punto de seguir a Hodson cuando noté que los japoneses también miraban los cuerpos. Todo lo que yo veía era su intensa hambre, como si desearan fervientemente convertirse en mis pasajeros.

- Pienso que deberíamos ponerlos de vuelta en los camiones - le dije a Hodson. Por suerte, antes que éste pudiese protestar se nos acercó el sargento, indicándonos con la pistola que empezásemos a trabajar.

Hodson me ayudó a cargar los primeros diez cadáveres en la caja de mi camión. Luego, sin poder contener más la rabia, tomó la botella de saki de la cabina, se abrió paso entre los japoneses y subió a su camión. Mientras me gritaba algo, arrancó, fue hasta el puente y siguió adelante por la otra orilla del canal.

Durante la media hora siguiente continué cargando mi vehículo, deteniéndome a descansar unos pocos minutos después de acomodar cuidadosamente cada cuerpo. El esfuerzo de arrastrarlos por la orilla y levantarlos hasta el camión casi me agotó, y cuando terminé el trabajo me quedé diez minutos sentado al volante, aturdido. Los japoneses miraron sin hacer comentarios mientras yo ponía en marcha el motor y arrancaba hacia el puente con esa pesada carga.

Por fortuna, la rabia ante Hodson me reanimó en seguida.

Apretaba el volante con fuerza en ambas manos, tocando el parabrisas con la frente cada vez que el vehículo sobrecargado retumbaba en el tosco camino del canal. Que se hubiese llevado mi saki no tenía ninguna importancia, pero dejarme con más cadáveres de los que me correspondían, sin mapa en ese laberinto anegado... Cuando todavía no había recorrido un kilómetro después de dejar a los japoneses, estuve tentado de detenerme y descargar en el agua una docena de cuerpos - tenía en la cabeza una idea muy clara de cuáles eran de Hodson y no míos -. Sólo les permitiría seguir a bordo a la monja y a la anciana. Pero sabía que si me detenía perdería todas las esperanzas de alcanzar a Hodson.

Allá adelante, por encima de los campos de caña de azúcar sin segar, vi los postes y los desordenados cables telegráficos que señalaban una de las principales rutas a Shanghai. Aceleré hacia ese lugar, mientras el vehículo se balanceaba a un lado y a otro avanzando por la huella de tierra. A mis espaldas los cuerpos se deslizaban de aquí para allá como si estuvieran disputando una inmensa pelea, golpeando con las cabezas los bordes del camión. Pasaba poco del mediodía, y había invadido la cabina un hedor potente pero no del todo desagradable. A pesar de su evidente origen, parecía de algún modo refractado y amplificado por los olores de mi propio cuerpo, casi como si mi hambre y mi cansancio catalizaran el proceso de putrefacción. Una plaga de moscas había caído sobre el camión, y cubría la superficie de afuera de la ventanilla posterior, detrás de mi cabeza, así que no podía ver si los japoneses me seguían en el patrullero.

Todavía veía la profunda sensación de pérdida que se les notaba en los ojos mientras observaban mi partida, y casi lamentaba no haberlos traído conmigo. Lejos de ser yo su

prisionero, eran ellos quienes de algún modo pertenecían a los cuerpos que yo llevaba allí detrás.

Antes de llegar a la carretera principal de Shanghai empezó a hervir el agua del radiador, y perdí media hora esperando a que se enfriase. Para aliviar el motor, decidí deshacerme de los cuerpos de Hodson. Ahora ya no tenía posibilidades de alcanzarlo; casi seguramente estaría entrando velozmente en los suburbios de Shanghai, ansioso por echarle una primera mirada a su garaje. Yo de algún modo me las arreglaría para encontrar el campo de mis padres.

Trepé a la caja del camión y caminé en puntillas entre los cuerpos apilados. Al mirar los rostros amarillentos que había a mis pies me di cuenta de que los reconocía a casi todos: las monjas y la pareja china, la anciana y los tres niños, un joven delgado más o menos de mi edad con la mano izquierda amputada, una mujer embarazada, de poco más de veinte años, vagamente parecida a mi hermana. Esos formaban parte de mi rebaño, mientras que los intrusos de Hodson eran tan nítidamente reconocibles como si perteneciesen a un clan rival. Su jefe era sin duda un hombrecito de edad avanzada y pecho tan lampiño como el de un mono gris, y ojos penetrantes que habían parecido seguirme todo el día mientras lo sacaba y lo ponía en los camiones.

Me incliné para agarrarlo de los hombros, pero por algún motivo mis manos no pudieron tocarlo. Tuve otra vez ese presentimiento de muerte que me había dominado tantas veces; estaba en todas partes, rodeándome: en el canal al borde del camino, en los campos de caña de azúcar y en los distantes alambres del telégrafo, hasta en el zumbido de los aviones norteamericanos que pasaban por encima. Sólo éramos inmunes yo y los pasajeros a bordo de ese camión.

Intenté levantar otro de los cadáveres, pero mis manos volvieron a agarrotarse, y de nuevo tuve el mismo presentimiento, un muro que nos cercaba como la valla de alambre que rodeaba nuestro campo. Miré la nube de moscas que cubría mis manos y los rostros de los cuerpos que estaban entre mis pies, aliviado de no tener que verme otra vez obligado a hacer distinciones entre nosotros. Arrojé el encerado al canal, para que el aire les tocara los rostros durante el viaje. Después que se enfrió el motor volví a llenar el radiador con agua del canal, y arranqué rumbo al oeste.

No me sorprendí cuando, una hora más tarde, me encontré con el camión de Hodson, y pude completar mi lista de pasajeros.

A donde había ido el propio Hodson nunca pude saberlo.

Después de andar unos ocho kilómetros por la carretera a Shanghai, tras otras dos pausas para hacer descansar el motor, encontré el camión abandonado junto a una barricada japonesa. En la bruma de la tarde la superficie de la carretera parecía salpicada de granos de oro, nódulos de luz brillante reflejados por cientos de cápsulas servidas. Los japoneses habían librado allí una vigorosa batalla, quizá contra alguna patrulla intrusa de tropas del Kuomintang. En la zanja para tanques cavada en la carretera había cinturones y cajas de municiones vacías. Incapaz de sortear ese obstáculo, Hodson probablemente había seguido a pie.

Me detuve al lado de su camión abandonado, escuchando los latidos roncacos de mi motor en el aire desierto. Cien metros a mis espaldas, un estrecho camino atravesaba un campo de caña de azúcar en dirección al oeste; con suerte me acercaría un poco más a Shanghai.

Pero antes tenía que cargar a mis pasajeros adicionales.

Mientras sacaba la docena de cadáveres del camión de Hodson y los ponía en el mío, tuve más de una vez ganas de abandonar la empresa y continuar a pie detrás de Hodson. Pero cuando salimos de la carretera y nos metimos por el camino entre los campos de caña de azúcar sentí una curiosa clase de consuelo por estar todos juntos, casi una sensación de seguridad ante la presencia de mi «familia». Al mismo tiempo aún persistía en mí el impulso de deshacerme de ellos, y si se presentase la oportunidad - el paso de

un vehículo del Kuomintang que podría acercarme a algún lado - los habría abandonado sin dudar. Pero dentro de ese paisaje vacío proporcionaban al menos un elemento de seguridad, en especial si me cruzaba con una patrulla japonesa hostil. Además, por primera vez había empezado a tener hacia ellos un sentimiento de lealtad, y la sensación de que ellos, los muertos, estaban más vivos que los vivos que me habían abandonado.

El sol de la tarde había comenzado a ponerse. Desperté en la cabina del camión y descubrí que me había quedado dormido al borde de un ancho canal cuya superficie parda se había vuelto casi carmesí al debilitarse la luz. Delante de mí estaba la entrada de un pueblo vacío, los edificios de una sola planta ocultos por las frondas oscuras de la caña de azúcar silvestre. Yo había estado perdido toda la tarde en un mundo dorado, siguiendo el sol que se alejaba sobre los arrozales anegados y las aldeas silenciosas. Tenía la certeza de que había recorrido unos treinta kilómetros: ya no se veían en el horizonte los edificios de departamentos de la concesión francesa.

Mi último intento de liberarme de los cadáveres tuvo lugar esa noche. A la hora del crepúsculo bajé de la cabina y caminé entre la caña de azúcar, quebrando los troncos y chupando la médula dulce. Desde la caja del camión los cadáveres me observaban como un coro hostil, la cabeza inclinada, intercambiando confidencias furtivas. Al principio también a mí me ofendió ese alimento que me corría por el cuerpo, por escaso que fuese. Pero al recuperarme, apoyado en la parrilla del radiador del camión, sentí la súbita tentación de soltar el freno de mano y empujar al vehículo al canal ensangrentado. Por dedicarme a ese lunático grupo de pasajeros, llevándolos del estadio de fútbol a un destino que ellos no habían buscado, había perdido la oportunidad de ver a mis padres ese día.

Protegido por la oscuridad - no me habría atrevido a cometer ese acto a la luz del día - volví al camión y empecé a sacar los cuerpos uno por uno y a tirarlos en el camino.

Nubes de moscas rondaban a mi alrededor, como tratando de alertarme sobre la locura de lo que estaba haciendo. Agotado, arrastraba y dejaba caer los cuerpos como si fuesen bolsas mojadas, evitando despiadadamente los rostros de las monjas y de los niños, del joven amputado y de la anciana.

A esa altura, cuando casi había destruido todo lo que las circunstancias me habían permitido lograr, me salvó la llegada de un grupo de bandidos. Marineros mercantes norteamericanos armados, Kuomintang renegados y ayudantes traidores de los japoneses, llegaron en sampanes y ocuparon rápidamente el pueblo. Demasiado cansado para escapar de ellos, me agaché detrás del camión, mirando cómo esos hombres fuertemente armados avanzaban hacia mí. Por alguna razón, aunque sabía que me matarían, no notaba aquel presentimiento de muerte.

En el último momento, cuando ya estaban a menos de diez metros de distancia, me tendí en la oscuridad entre el círculo de cadáveres, ocupando un lugar entre la monja joven y la anciana. Se detuvo la feroz bandada de millares de moscas, y oí el pesado andar de los bandidos y los ruidos de sus armas. Tendido allí en la oscuridad, en el círculo de muertos, vi que se detenían y miraban dentro del camión, los brazos alzados a la altura de la boca. Como no podían acercarse a nosotros esperaron unos minutos y luego regresaron al pueblo. Estuve toda la noche tendido en el círculo de cadáveres, mientras los bandidos andaban de casa en casa pateando las puertas y rompiendo los muebles. Hacia el amanecer vinieron dos de los soldados del Kuomintang y se pusieron a revisar los bolsillos de los muertos. Mientras miraba el cielo, los oí jadear a mi lado, y sentí sus manos en los muslos y en las nalgas.

Al amanecer, cuando se marcharon en sus sampanes motorizados, volvieron las moscas. Me levanté y miré como subía el sol entre los oscuros bosques de caña de azúcar.

Mientras esperaba a que su disco me tocara, invité a mis acompañantes a ponerse de pie.

Desde ese momento, durante los días confusos de mi viaje al campo de mis padres, me sentí totalmente identificado con mis compañeros. Ya no intentaba huir de ellos. Mientras recorríamos juntos aquel paisaje de guerra y sus consecuencias, entre innumerables canales y aldeas desiertas, no sabía bien si esa aventura había comenzado hacía unas pocas horas o muchas semanas. Ahora tenía casi la certeza de que la guerra había terminado, pero la campiña seguía estando vacía; sólo la inquietaba el ruido de los aviones norteamericanos que pasaban por encima.

Durante gran parte del tiempo anduve hacia el oeste, siguiendo el río, presencia distante y ahora única referencia para orientarme. Manejaba cuidadosamente por los caminos rotos que dividían los arrozales, deseando no molestar a los pasajeros que llevaba detrás. Eran ellos quienes me habían salvado de los bandidos. Sabía que en algún sentido yo era su representante, el instrumento del nuevo orden que ellos habían delegado en mí para que yo lo trajese al mundo. Sabía que ahora tendría que enseñarles a los vivos que mis acompañantes no eran simplemente los muertos, sino los últimos muertos, y que pronto el planeta entero compartiría la nueva vida que ellos habían ganado para nosotros.

Un pequeño ejemplo de esa comprensión era que yo ya no deseaba comida. Miraba desde la cabina del camión los extensos campos de caña de azúcar junto al río, sabiendo que ya no sería necesaria esa cosecha, y que la tierra podría ser cedida a las demandas de mis acompañantes.

Una tarde, después que una breve tormenta alejó del cielo a los aviones norteamericanos, llegué a la orilla del río. En algún momento se había librado una batalla en ese sitio, entre los muelles y las dársenas de una pequeña base aérea naval japonesa. En el pueblo detrás de la base había pozos llenos de rifles, y una pagoda que albergaba una ametralladora antiaérea todavía intacta. Todos los pobladores habían huido, pero descubrí sorprendido que no estaba solo.

Sentados codo a codo en un rickshaw que había sido abandonado en la plaza central del pueblo había un anciano chino y una niña de unos diez años que, supuse, era su nieta.

A primera vista daba la impresión de que habían alquilado el rickshaw hacía unas pocas horas y venido a mirar ese pequeño campo de batalla que yo estaba visitando. Detuve el camión, bajé de la cabina y caminé hacia ellos, mirando alrededor a ver si su coolie estaba presente.

Al acercarme, la niña bajó del rickshaw y se quedó quieta al lado. Ahora yo veía que, lejos de ser un espectador, el abuelo había sido seriamente herido en el combate. Un pedazo grande de metralla había cortado el lado del rickshaw y la cadera del anciano.

Le dije en chino:

- Voy hacia la carretera de Soochow.

Si lo desea, usted y su nieta pueden venir con mis acompañantes.

No me contestó, pero supe por su mirada que, a pesar de sus heridas, me había reconocido en seguida, y entendido que yo era el heraldo de todo lo que tenía delante. Por primera vez entendí por qué había visto tan pocos chinos en los últimos días. No se habían ido para siempre, sino que estaban esperando mi regreso. Sólo yo podía repoblar su tierra.

La niña y yo bajamos juntos por la rampa de cemento de la base aérea naval. En las aguas profundas del muelle estaban las formas sumergidas de cientos de autos arrebatados a los nacionalistas aliados en Shanghai y arrojados allí por los japoneses. Descansaban en el lecho del río, casi diez metros por debajo de la superficie, elementos de un mundo pasado que nunca podría reconstituirse ahora que yo y mis acompañantes, esa niña y su abuelo habíamos tomado posesión de la tierra.

Dos días más tarde habíamos llegado a las cercanías del campo de mis padres. Durante el viaje la niña fue sentada a mi lado en la cabina del camión, mientras el abuelo

iba cómodamente allí atrás, con mis acompañantes. Aunque la niña se quejaba de que tenía hambre, yo le expliqué pacientemente que la comida ya no nos resultaba necesaria. Por fortuna pude distraerla señalándole las diferentes marcas de aviones norteamericanos que atravesaban el cielo.

Después que llegamos a la carretera de Soochow el paisaje cambió. Cerca del Yangtsé habíamos entrado en una zona de viejos campos de batalla. En todas partes los chinos habían salido de sus escondites y esperaban mi llegada.

Estaban en los campos alrededor de las casas, moviendo las piernas en el agua que rezumaban los arrozales. Me observaban desde los terraplenes de las zanjas para tanques, desde los túmulos funerarios y desde las puertas de las casas arruinadas.

A mi lado, la niña dormía a intervalos en el asiento.

Sin ningún temor a avergonzarla, detuve el camión y me saqué las ropas andrajosas, dejándome sólo una tosca venda en un brazo para cubrir una pequeña herida. Desnudo, me arrodillé delante del vehículo, alzando los brazos hacia mi congregación reunida en los campos circundantes, como un rey que recibe sus atributos en la ceremonia de coronación.

Aunque todavía era virgen, mostré mis genitales a los chinos que me miraban tranquilamente desde los campos. Con esos genitales fecundaría a los muertos.

Cada cincuenta metros, mientras iba hacia el lejano tanque de agua del campo de mis padres, detenía el camión y me arrodillaba desnudo ante su hirviente radiador. No se veían señales de movimiento en el campo de prisioneros, y ahora yo ya sabía lo que iba a encontrar allí.

La niña yacía inmóvil en mis brazos. Al arrodillarme en el centro de la carretera, preguntándome si sería hora de ponerla con mis acompañantes, noté que todavía se le movían los labios. Sin pensar, dando rienda suelta a lo que entonces vi como un impulso insensato, me arranqué un pequeño pedazo de carne de la herida del brazo y se lo metí entre los labios.

Alimentándola de esa manera, caminé con ella hacia el campo, que estaba a pocos cientos de metros. La niña se agitaba en mis brazos. Al mirar hacia abajo vi que sus ojos se habían abierto un poco. Aunque no podía verme, parecía darse cuenta de mis movimientos al caminar.

En las puertas del campo de prisioneros, en los tejados de los bloques de dormitorios, en las calzadas de los arrozales detrás de los alambres, había gente en movimiento.

Sus figuras venían hacia mí, avanzando metidas hasta la cintura entre la raquítica caña de azúcar. Asombrado, apreté a la niña contra el pecho, sintiendo cómo mordía mi carne.

Desnudo, a cien metros del camión, conté una docena, veinte, cincuenta internados, algunos seguidos por niños.

Al fin, a través de esa niña y de mi cuerpo los muertos cobraban vida, levantándose en los campos y en las casas y viniendo a saludarme. Vi a mi padre y a mi madre en la entrada del campo de prisioneros, y supe que les había dado mi muerte trayéndolos así a este mundo. Indemnes, habían entrado en la comunidad de los vivos, y de los que viven más allá de los muertos.

Ahora sabía que la guerra había terminado.

LA SONRISA

Ahora que una lógica de pesadilla ha llegado a su conclusión cuesta creer que, cuando llevé a Serena Cockayne a vivir conmigo a mi casa de Chelsea, mis amigos y yo lo consideramos el más inocente de los caprichos. Dos temas me han fascinado siempre - la

mujer y lo raro -, y Serena los combinaba a ambos, aunque no en un sentido vulgar o perverso. Durante las prolongadas cenas que tanto nos entretuvieron el primer verano que pasamos juntos, tres años atrás, su presencia a mi lado, hermosa, callada y eternamente tranquilizadora a su extraña manera, estuvo rodeada por toda clase de complejas y encantadoras ironías.

Nadie que conociese a Serena dejaba de quedar fascinado.

Sentada tímidamente en su silla dorada junto a la puerta de la sala de estar, los pliegues azules del vestido de brocado la abrazaban como un tierno y devoto océano. A la hora de la cena, ya sentados, mis invitados miraban con divertido y tolerante afecto cómo llevaba yo a Serena y la ponía en el otro extremo de la mesa. Su tenue sonrisa, la más delicada flor de aquella piel incomparable, presidía nuestras ricas veladas con invariable calma. Después que se marchaban los últimos invitados, presentando sus respetos a Serena que los miraba desde la sala, la cabeza ladeada en esa pose tan característica, la llevaba con alegría a mi dormitorio.

Desde luego, Serena nunca participaba de nuestras conversaciones, y ése era sin duda un vital elemento de su encanto. Mis amigos y yo pertenecíamos a esa generación de hombres que al comienzo de la madurez se había visto obligada, aunque sólo fuese por necesidad sexual, a una aburrida aceptación del feminismo militante, y había algo en la pasiva belleza de Serena, en su inmaculado pero anticuado maquillaje, y ante todo en su inquebrantable silencio que expresaba una profunda y grata deferencia hacia nuestra herida masculinidad. En todos los sentidos, Serena era el tipo de mujer que inventan los hombres.

Pero eso fue antes de que descubriese la verdadera naturaleza del temperamento de Serena, y el papel más ambiguo que desempeñaría en mi vida, del que ahora quiero librarme con tanto anhelo.

Apropiadamente - aunque entonces se me escapó del todo la ironía -, vi a Serena por primera vez en el Fin del Mundo, en esa zona del lado bajo de King's Road ocupado ahora por un grupo de edificios de departamentos pero que sólo tres años atrás era todavía un enclave de tiendas de antigüedades de segunda, boutiques andrajosas y galerías del siglo diecinueve que pedían a gritos una reurbanización. Volviendo de la oficina me detuve ante una pequeña tienda de curiosidades que anunciaba oportunidades por cierre, y escudriñé, a través de la vidriera manchada de azufre, lo poco que quedaba en exhibición. Casi todo se había terminado, fuera de un montículo de raídos paraguas victorianos desplomados en un rincón como una bruja putrefacta y un viejo juego de patas de elefante disecadas. Había algo de conmovedor en esa docena de monolitos, todo lo que quedaba de una manada solitaria masacrada a causa del marfil hacía un siglo. Los imaginé exhibidos secretamente alrededor de mi sala de estar, llenando el aire con sus presencias invisibles pero dignas.

Dentro de la tienda una joven empleada, sentada detrás de una mesa de marquetería, me miraba con la cabeza inclinada hacia un lado como calculando pacientemente hasta qué punto sería yo un cliente serio. Esa pose tan poco profesional, y su total falta de reacción cuando entré en la tienda, me tendrían que haber puesto sobre aviso, pero el aspecto tan poco común de la joven ya me había impresionado.

Lo primero que noté, y que transformaba el sucio interior de la tienda, era la magnificencia de su vestido de brocado, muy lejos de las posibilidades de una vendedora en ese deteriorado extremo de King's Road. Sobre un fondo de un lustroso azul, un cerúleo de profundidades casi oceánicas, el dibujo de oro y plata subía desde el suelo, a sus pies, tan suntuoso que casi temí que el vestido se levantara como una ola y se la llevase. En comparación, su cabeza y sus hombros recatados, el busto pálido discretamente sugerido por el corpiño bajo, brotaban con extraordinaria serenidad de ese mar resplandeciente, como si su dueña fuese una dócil y doméstica Afrodita tranquilamente sentada a horcajadas sobre Poseidón. Aunque poco más que una

adolescente, su pelo, deliberadamente, no estaba peinado a la moda, como si se lo hubiera arreglado, con mucho cariño, una anciana devota de las revistas de cine de la década del veinte. Bajo de ese casco rubio, su rostro había sido pintado y empolvado con el mismo cuidado pródigo, depiladas las cejas y subida la línea del cuero cabelludo, sin ningún ánimo de pastiche ni de falsa nostalgia, tal vez obra de una madre excéntrica que todavía soñaba con Valentino.

Sus manos pequeñas descansaban en su falda, aparentemente enlazadas pero en realidad separadas por un estrecho espacio, una pose estilizada que sugería que estaba tratando de apresar un instante de tiempo que de lo contrario podría escabullírsele. En su boca flotaba una débil sonrisa, a la vez pensativa y tranquilizadora, como si se hubiese resignado, de la manera más adulta, al mundo caduco de esa moribunda tienda de curiosidades.

- Lamento enterarme de que va a cerrar - le dije -. Esos pies de elefante que hay en la vidriera... tienen algo de conmovedor.

Ella no contestó. Sus manos siguieron enlazadas con la misma separación de milímetros, sus ojos mirando fijo, con esa expresión de trance, la puerta que yo había cerrado a mis espaldas. Estaba sentada en una silla de un diseño peculiar, un artefacto de tres patas de teca barnizada que era una mezcla de pedestal y de caballete de pintor.

Al comprender que se trataba de un aparato ortopédico y que ella era probablemente lisiada - eso explicaba el complejo maquillaje y la postura tiesa - me incliné para hablarle de nuevo.

Entonces vi la placa de bronce clavada en la cúspide del trípode de teca donde ella estaba sentada. «Serena Cockayne»

Unida a la placa había una etiqueta polvorienta con un precio. «250».

Haciendo memoria, me resulta curioso que haya tardado tanto en darme cuenta de que no estaba mirando una mujer verdadera sino un complejo maniquí, una obra maestra, el producto de un notable virtuoso. Eso explicaba al fin su vestido Eduardiano y su peluca antigua, los cosméticos y la expresión facial de la década del veinte. A pesar de todo, el parecido con una mujer verdadera era asombroso. Los contornos de los hombros ligeramente curvos, la piel demasiado perlina e inmaculada, las pocas hebras de pelo de la nuca que habían escapado de la atención del fabricante de pelucas, la insólita delicadeza con que habían sido modelados - casi por un acto de amor sexual - las ventanas de la nariz, las orejas y los labios, representaban en conjunto un tour de force tan pasmoso que casi ocultaba el ingenio sutil de toda la aventura. Yo ya pensaba en el impacto que esa réplica de tamaño natural tendría en las mujeres de mis amigos cuando se la presentase.

Sentí que corrían una cortina a mis espaldas. El dueño de la tienda, un homosexual joven y astuto, se acercó con un gato blanco en brazos; alzó la mandíbula al oír mi risa de satisfacción. Yo ya había sacado la chequera y estampado mi firma con un gesto ceremonioso digno de la ocasión.

Cargué a Serena Cockayne en un taxi y me la traje a vivir conmigo. Al pensar en el primer verano que pasamos juntos, lo recuerdo como un tiempo de perpetuo buen humor, en el que la presencia de Serena enriquecía casi cada aspecto de mi vida.

Correcta y discreta, ella teñía todo lo que me rodeaba con las más deliciosas ironías. Sentada tranquilamente junto a la chimenea de mi estudio mientras yo leía, presidiendo la cena como dueña de casa, su sonrisa plácida y su mirada serena iluminaban el aire.

Ninguno de mis amigos dejó de caer en el engaño, y todos me felicitaron por haber montado semejante golpe de efecto.

Sus mujeres, desde luego, miraban a Serena con recelo, y evidentemente la consideraban parte de una travesura adolescente o sexista. Pero yo ponía mi cara más inexpresiva, y en unos pocos meses todos dimos por sentada su presencia en mi casa.

En verdad, al llegar el otoño ya formaba parte de mi vida, hasta tal punto que muchas veces no reparaba en ella.

Poco después de su llegada le había sustituido el pedestal por una pequeña silla dorada en la que podía transportarla cómodamente de una a otra habitación. Serena era notablemente liviana. Sin duda su inventor - ese genio desconocido del arte de fabricar muñecas - le había insertado una sólida armadura, pues su postura, al igual que su expresión, nunca cambiaba. En ninguna parte había indicios de la fecha o lugar de fabricación, pero por los gastados zapatos de charol que a veces asomaban por debajo del vestido de brocado calculé que la habían armado hacía unos veinte años, probablemente como doble de una actriz durante la época dorada de la industria cinematográfica de posguerra. Cuando regresé a la tienda a preguntar por sus anteriores dueños todo el Fin del Mundo había sido reducido a escombros.

Una noche de domingo, en noviembre, aprendí algo más sobre Serena Cockayne. Después de trabajar toda la tarde en el estudio levanté la mirada del escritorio y la vi sentada de espaldas en el rincón. Distráido por un problema profesional, la había dejado allí sin darme cuenta después del almuerzo, y se le notaba una cierta melancolía en los hombros cargados, casi como si hubiese caído en desgracia.

Al hacerla girar hacia mí noté una pequeña mancha en su hombro izquierdo, tal vez una partícula de yeso caída del cielo raso. Intenté cepillarla, pero la mancha no desapareció. Se me ocurrió que la piel sintética, probablemente fabricada con algún plástico experimental primitivo, podría haber comenzado a deteriorarse. Encendí una lámpara de mesa y examiné los hombros de Serena con mayor atención.

Contra el oscuro fondo del estudio, la aureola de vello que cubría la piel de Serena confirmaba toda mi admiración por el genio de su hacedor. Defectos casi imperceptibles, manchas sutilmente tenues que sugerían superficiales vasos capilares, arraigaban la ilusión en el realismo más firme. Yo siempre había creído que esa obra maestra de imitación cutánea no se prolongaría más allá de unos cinco centímetros por debajo del vestido, y que el resto del cuerpo de Serena estaría hecho con madera y cartón piedra.

Mirando los angulosos planos de esos omóplatos, las modestas curvaturas de los pechos tan bien ocultos, di rienda suelta a un impulso repentino y nada lascivo. De pie detrás de Serena, tomé entre los dedos el cierre plateado y, con un solo movimiento, se lo bajé hasta la cintura.

Mientras miraba la ininterrumpida extensión de piel blanca que se prolongaba hasta un par de caderas rollizas y los inconfundibles hemisferios de las nalgas, comprendí que el maniquí que tenía delante representaba a una mujer completa, y que su creador había prodigado tanta habilidad y arte en esas partes cubiertas de su anatomía como en las visibles.

El cierre se había atascado en el extremo inferior de la oxidada cremallera. Había algo de ofensivo en el forcejeo con el vestido suelto de esa mujer semidesnuda. Mis dedos tocaron la piel de la espalda, sacando el polvo que se había acumulado allí durante años.

Entre la columna y la cadera, en diagonal, presentaba la huella de una considerable cicatriz. Di por sentado que esa marca señalaba una abertura esencial para la fabricación de esos modelos. Pero las hileras de suturas, a ambos lados de la cicatriz, eran demasiado evidentes. Me levanté, y por unos instantes observé a esa mujer parcialmente desnuda, que miraba plácidamente la chimenea con la cabeza ladeada y las manos enlazadas.

Cuidando de no dañarla, le aflojé el corpiño.

Aparecieron las curvaturas superiores de los pechos, marcadas por los breteles. Entonces vi, dos centímetros por encima del pezón izquierdo todavía oculto, un enorme lunar negro.

Le subí el cierre del vestido y le alisé con suavidad la tela sobre los hombros. Me arrodillé en la alfombra delante de ella y le miré con atención el rostro, las tenues fisuras de las comisuras de la boca, las diminutas venas de la mejilla, una cicatriz infantil debajo de la barbilla. Me dominó una curiosa sensación de excitación y de asco, como si hubiera cometido un acto de canibalismo.

Ahora sabía que la persona sentada en la silla dorada no era un maniquí sino una mujer que en otro tiempo había estado viva, y cuya piel incomparable había sido disecada y conservada para siempre por un maestro, pero no un maestro del arte de fabricar muñecas sino del arte de la taxidermia.

En ese momento me enamoré perdidamente de Serena Cockayne.

Durante el mes siguiente mi obsesión amorosa por Serena tuvo toda la intensidad de la que es capaz un hombre maduro.

Abandoné la oficina, dejando que el personal se las arreglase por su cuenta, y pasé todo el tiempo con Serena, cuidándola como el amante más devoto. A un costo inmenso hice instalar en mi casa un complejo sistema de aire acondicionado, de un tipo que solamente se utiliza en museos de arte. En el pasado yo había trasladado a Serena de una habitación caliente a una fría sin pensar en su cutis, que suponía hecho con plástico insensible, pero ahora regulaba cuidadosamente la temperatura y la humedad, decidido a preservarla para siempre. Cambié de orden todo el mobiliario de la casa para evitar lastimarle los brazos y los hombros cuando la llevaba de un ambiente a otro. Por las mañanas me despertaba ansioso para verla a los pies de la cama, luego la sentaba a la mesa del desayuno. Se mantenía todo el día a mi alcance, sonriéndome con una expresión que casi me convencía de que respondía a mis sentimientos.

Abandoné por completo la vida social, interrumpiendo las cenas y viendo a pocos amigos. Acepté una o dos visitas, pero sólo para mitigar sospechas. Durante esas conversaciones breves y vacías yo observaba a Serena en el otro extremo de la sala de estar con toda la excitación que puede producir una relación ilícita.

Celebramos la Navidad solos. Dada la juventud de Serena - a veces, distraído, la sorprendía mirando desde el otro lado de la sala y me parecía poco más que una niña - decidí decorar la casa de la manera tradicional, con un árbol cubierto de adornos, hojas de acebo, serpentinas y muérdago.

Poco a poco transformé las habitaciones en una serie de gloriets, desde las cuales ella presidía nuestras festividades como la virgen de una procesión de retablos.

En la Nochebuena, a las doce, la coloqué en el centro de la sala y le puse mis regalos a los pies. Por un momento sus manos parecieron casi tocarse, como aplaudiendo mis esfuerzos. Inclinandome debajo de la rama de muérdago que le colgaba por encima de la cabeza, acerqué mis labios a los de ella, hasta una distancia similar a la que separaba sus manos.

A todo ese cariño y devoción, Serena respondía como una novia. Su rostro delgado, antes tan ingenuo con esa sonrisa vacilante, se ablandó y adquirió el aire alegre de una esposa joven y satisfecha. Después de Año Nuevo decidí volver a mostrarnos en el mundo, y ofrecí la primera de una pequeña serie de cenas. Mis amigos se alegraron de vernos de tan buen humor, y aceptaron a Serena como una más del grupo. Regresé a la oficina, y allí trabajaba feliz todo el día hasta que partía hacia mi casa, donde indefectiblemente me esperaba Serena con el cálido interés de una esposa orgullosa y devota.

Mientras me vestía para una de esas veladas se me ocurrió que Serena era la única de todos nosotros que no podía cambiar su ropa o su peinado. Desafortunadamente, el descuido formal de su aspecto comenzaba a revelar los primeros signos de una domesticidad excesiva. El peinado antes tan elegante se le había desarreglado, y se le veían muy claramente los pelos rubios sueltos. Del mismo modo, el imaculado maquillaje del rostro mostraba ahora los primeros signos de desgaste.

Después de pensarlo mucho, decidí pedir los servicios de un cercano salón de peluquería y belleza. Cuando los llamé por teléfono aceptaron instantáneamente enviar a mi casa un integrante del equipo.

Y ahí empezaron mis problemas. La única emoción que nunca había sospechado poseer, y que jamás había sentido por ningún ser humano, me atenazó el corazón.

El joven que llegó, trayendo consigo un equipo que era una pequeña mudanza, parecía bastante inofensivo. Aunque de tez morena y físico vigoroso, tenía algo de afeminado, y evidentemente no había peligro en dejarlo solo con Serena.

A pesar de toda la seguridad que mostraba, pareció sorprenderse cuando le presenté a Serena; su cortés «Buenos días, señora...» terminó en un murmullo. La miró boquiabierto, temblando en el aire frío, evidentemente pasmado por su belleza y por su serenidad. Lo dejé para que continuase con lo que tenía que hacer y pasé la hora siguiente trabajando en mi estudio, distraído de vez en cuando por algunos compases de El barbero de Sevilla y Mi bella dama que sonaban en el piso de abajo. Cuando el hombre concluyó su tarea, inspeccioné el trabajo, encantado de ver que le había devuelto a Serena todos los matices de su gloria original. Había desaparecido el ama de casa excesivamente hogareña, y en su lugar estaba la ingenua Afrodita que había visto por primera vez en la tienda de curiosidades seis meses antes.

Yo estaba tan complacido que decidí pedir de nuevo los servicios del joven, y sus visitas se convirtieron en un acontecimiento semanal. Gracias a sus atenciones, y a mi devoción por controlar la temperatura y la humedad, el cutis de Serena recuperó toda su perfección. Hasta mis huéspedes señalaban el notable florecimiento de su aspecto.

Profundamente satisfecho, esperaba con ilusión la llegada de la primavera, y la celebración de nuestro primer aniversario.

Seis semanas más tarde, mientras el joven peluquero trabajaba en la sala de estar de Serena, en la planta alta, volví por casualidad al dormitorio a buscar un libro. Oí nítidamente la voz del joven, casi un susurro, como si estuviera transmitiendo un mensaje personal. Miré por la puerta abierta. Estaba arrodillado delante de Serena, dándome la espalda, la paleta de cosméticos en una mano y el pincel en la otra, gesticulando con ellos de un modo travieso y divertido. Iluminada por la obra del joven, Serena lo miraba directamente a la cara, los labios recién pintados casi húmedos de anticipación. Sin lugar a dudas, el joven le estaba murmurando discretas palabras de cariño.

Durante los días siguientes sentí que una especie de enfermedad se había apoderado de mi cabeza. Mientras trataba sin éxito de dominar el dolor de aquellos primeros e intensos celos, me vi obligado a admitir que el joven era de la edad de Serena, y que ella siempre tendría más en común con él que conmigo. Superficialmente, nuestra vida siguió como antes - nos sentábamos juntos en el estudio cuando yo volvía de la oficina, llevaba a Serena a la sala de estar cuando venían mis amigos, y nos acompañaba en la mesa a la hora de cenar - pero yo sabía que en nuestra relación había entrado una nota de formalidad. Serena no volvió a pasar la noche en mi dormitorio, y noté que, a pesar de esa sonrisa tranquila, yo no la atraía como antes.

A pesar de mis crecientes sospechas, el joven peluquero continuó realizando sus visitas. Fuera lo que fuese la crisis que Serena y yo estábamos atravesando, no pensaba rendirme.

Durante las largas horas de esas visitas tenía que luchar cada segundo para contenerme y no subir corriendo por la escalera. Desde la sala yo oía a menudo la voz del peluquero murmurando en ese tono insinuante, ahora en voz más alta, como si quisiera incitarme. Cuando se iba sentía su desprecio.

Yo me tomaba una hora antes de subir lentamente las escaleras hasta la habitación de Serena. Su belleza extraordinaria, encendida de nuevo por los halagos del joven, hacía crecer mi rabia. Incapaz de hablar, caminaba alrededor de ella como un marido fracasado, notando los sutiles cambios en el rostro de Serena. Aunque más juvenil en todo sentido,

recordándome dolorosamente los treinta años que nos separaban, su expresión, después de cada visita, se volvía un poco menos ingenua, como la de una joven esposa que se plantea la primera aventura amorosa. Una onda sofisticada modulaba ahora la curva de pelo rubio que le caía sobre la sien derecha. Los labios eran más delgados, la boca más fuerte y más madura.

Inevitablemente, inicié una relación con otra mujer, la esposa separada de un amigo íntimo, pero me aseguré de que Serena no supiese nada de esa ni de las demás infidelidades que ocurrieron durante las semanas siguientes. Además, patéticamente, empecé a beber, y me pasaba las tardes borracho sentado en los departamentos vacíos de mis amigos, sosteniendo largas e imaginarias conversaciones con Serena en las que yo era a la vez abyecto y agresivo. En casa empecé a hacerme el marido dictatorial, a dejarla toda la noche en el piso de arriba y a negarme caprichosamente a hablar con ella en la mesa, durante la cena. Mientras tanto miraba con ojos paralizados cómo entraba y salía el joven peluquero, galán insolente que subía las escaleras silbando.

Tras la última de sus visitas llegó el fastidioso desenlace. Yo había pasado la tarde bebiendo solo en un restaurant, ante la paciente mirada de los camareros.

Mientras volvía en taxi a mi casa tuve una repentina y confusa revelación acerca de Serena y de mí mismo. Comprendí que nuestro fracaso había sido totalmente culpa mía, que mis celos por su inofensivo coqueteo con el joven habían exagerado todo hasta proporciones absurdas.

Liberado de semanas de agonía por esa decisión, pagué el taxi en la puerta, entré en el frío ambiente de mi casa y subí corriendo las escaleras. Desaliñado pero feliz, caminé hacia Serena, sentada tranquilamente en el centro de su sala de estar, dispuesto a abrazarla y a perdonarnos a ambos.

Entonces noté que, a pesar de su inmaculado maquillaje y de su peinado extravagante, el vestido de brocado le colgaba de los hombros de una manera extraña. Del lado derecho se le veía toda la clavícula, y su corpiño se había deslizado hacia adelante como si alguien le hubiera estado manoseando el pecho. Todavía le flotaba la sonrisa en los labios, como pidiéndome de la manera más amable que me resignase a las realidades de la vida adulta.

Furioso, me adelanté y le di una bofetada en la cara.

Cuánto lamento ese absurdo arrebató. En los dos años que han pasado he tenido tiempo de sobra para reflexionar sobre los peligros de una catarsis demasiado apresurada. Serena y yo todavía vivimos juntos, pero todo ha terminado entre nosotros. Ella se queda todo el tiempo en su silla dorada al lado de la chimenea de la sala de estar, y me acompaña a la mesa cuando vienen mis amigos a cenar. Pero lo que se ve de nuestra relación no es más que la cáscara seca de un sentimiento que ya no está.

Al principio, después de golpearla en la cara, no noté demasiados cambios. Recuerdo haberme quedado en esa habitación de la planta alta con la mano lastimada. Me tranquilicé, me cepillé el polvo de tocador de los nudillos y decidí hacer un balance de mi vida. Desde entonces dejé de beber y fui a la oficina todos los días, entregándome por entero al trabajo.

Para Serena, no obstante, el incidente marcó la primera etapa de lo que resultó ser una transformación decisiva. En unos pocos días noté que había perdido parte de su lozanía.

La cara se le arrugó, la nariz se le volvió más prominente.

La comisura de la boca donde la había golpeado pronto se le hinchó y se le torció hacia abajo en un gesto irónico. Con la ausencia del peluquero - a quien yo había despedido diez minutos después de golpearla a ella - el deterioro de Serena pareció acelerarse. El exquisito peinado que el joven le había creado pronto se le desató, y los pelos sueltos le cayeron sobre los hombros.

Al cabo de nuestro segundo año de convivencia Serena Cockayne había envejecido toda una década. A veces, al verla encorvada en su silla dorada y con esas ropas todavía

brillantes, casi me convencía de se había propuesto perseguirme y alcanzarme como parte de un complejo plan de venganza. Su postura se había hundido, y los hombros caídos le daban un prematuro aspecto de vieja. Con esos ojos desenfocados y esos pelos desordenados me hacía pensar a menudo en una solterona entrada en años. Sus manos se habían tocado al fin, y se enlazaban de un modo protector y nostálgico.

Últimamente se ha producido un hecho mucho más inquietante. Tres años después de nuestro primer encuentro Serena entró en una nueva etapa de franco deterioro. A causa de alguna intrínseca debilidad de la columna, tal vez vinculada con la operación cuyas cicatrices le atraviesan la espalda, la postura de Serena se ha alterado. En el pasado se inclinaba ligeramente hacia adelante, pero hace tres días descubrí que se había desplomado contra el respaldo de la silla. Ahora está allí sentada de un modo rígido y torpe, estudiando el mundo con un ojo crítico y desequilibrado, como una belleza descolorida y demente. Casi se le ha cerrado un párpado, lo que le da al rostro ceniciento un aspecto casi cadavérico. Las manos siguen chocando lentamente, y han comenzado a retorcerse una sobre la otra, rotando hasta crearse una parodia deforme que pronto se transformará en un ademán obsceno.

Me aterroriza ante todo su sonrisa. Verla ha alterado toda mi vida, pero me resulta imposible apartar de ella la mirada. A medida que su cara se ha ido ablandando, la sonrisa se le ha ido ensanchando y torciendo todavía más. Aunque ha tardado dos años en lograr todo su efecto, aquella bofetada ha convertido la boca en una mueca de reproche. Hay en la sonrisa de Serena algo de perspicaz e implacable. Mientras la miro ahora mismo, desde el otro lado del estudio, creo ver en ella un conocimiento completo de mi personalidad, un juicio que desconozco y del que nunca podré escapar.

Cada día la sonrisa se arrastra otro poco por esa cara.

El avance es irregular, y muestra aspectos de su desprecio hacia mí que me dejan aturdido y mudo. La baja temperatura ayuda a conservar a Serena, y hace frío en este lugar. Si encendiera el sistema de calefacción quizá podría librarme de ella en unas pocas semanas, pero jamás lo haré. Me lo impide esa mueca. Además, estoy completamente atado a Serena.

Por fortuna, Serena envejece ahora más rápido que yo.

Mirando impotente su sonrisa, el abrigo sobre los hombros, espero que se muera y me deje en libertad.

LA ARQUITECTURA DE LOS MOTELES

La sospecha de que había alguien oculto en el solarium coincidió con la llegada de la joven mecánica de reparaciones. La presencia de esa chica elegantemente uniformada pero aburrida, que le hacía resonar la maleta metálica alrededor de la silla de ruedas, le alteraba tanto los nervios que al principio no intentó buscar al intruso. El comportamiento agresivo de ella, los interminables silbidos que profería mientras limpiaba las pantallas de los televisores, y el creciente interés que demostraba hacia él, diferían de todo lo que Pangborn había tenido que enfrentar hasta ese momento.

Las mujeres uniformadas enviadas por la empresa para mantener los servicios del solarium se habían destacado por el silencio y la eficiencia. Haciendo un balance de los doce años que había pasado en el solarium, a Pangborn le costaba recordar un rostro. En realidad, era la ausencia de todo tipo de identidad personal lo que les permitía a las jóvenes realizar esas tareas íntimas. Pero antes que se cumpliera una hora de su primera visita, la nueva recluta había conseguido dañar el control de sintonía de la pantalla principal y alterar a Pangborn con su mirada taciturna. Si no fuera por esa censura vaga y

perturbadora Pangborn habría identificado mucho antes al intruso, y eludido las extrañas consecuencias posteriores.

Había estado sentado en la silla en el centro del solarium, bañándose en la cálida luz artificial que caía por las aberturas del cielo raso y mirando la escena de la ducha de la película Psicosis en la pantalla principal. La maestría de ese tour de force nunca dejaba de asombrar a Pangborn. Había proyectado la secuencia cientos de veces, detenido cada cuadro para explorarlo de cerca, grabado por separado partes de la acción para verlas en la docena de pantallas menores que rodeaban la pantalla principal. La extraordinaria correspondencia entre la geometría de la ducha y la anatomía del cuerpo de la mujer asesinada parecía contener la clave del verdadero significado de todo lo que había en el mundo de Pangborn, de la relación no declarada entre su propia musculatura y el immaculado universo de cromo y cristal del solarium. En los momentos más impetuosos Pangborn se convencía de que ese trozo de película que repetía sin cesar contenía en algún sitio las fórmulas secretas de su inquilinato del espacio y el tiempo.

Tan absorto había estado en el misterioso clímax de la secuencia - la cara de la actriz apretada contra la cuadrícula rectilínea del suelo embaldosado - que al principio no prestó atención al ruido leve de una respiración cercana, al olor casi conocido de un ser humano.

Pangborn giró en la silla de ruedas, esperando encontrar a alguien detrás, tal vez a uno de los repartidores que abastecían la cocina y los tanques de combustible del solarium. Después de vivir doce años totalmente solo Pangborn había descubierto que sus sentidos eran suficientemente agudos como para detectar la presencia de una mosca solitaria.

Congeló la película en las pantallas de los televisores e hizo girar la silla, dándoles la espalda. La habitación circular estaba vacía, lo mismo que el baño sin cortina y la cocina.

Pero el aire se había movido, allí detrás había latido un corazón, habían respirado unos pulmones.

En ese momento giró una llave en el vestíbulo, la puerta de vidrio fue cerrada de golpe por una aspiradora llevada torpemente, y Vera Tilley hizo su primera aparición.

A pesar de toda esa intimidad con la imagen electrónica de la actriz cinematográfica desnuda, hacía más de diez años que Pangborn no miraba a la cara a una mujer verdadera. Alterado todavía por el sospechado intruso, miró cómo la joven uniformada dejaba caer la aspiradora en la alfombra y se ponía a hurgar en la caja de herramientas. Apenas si tendría veinte años, con el pelo rubio desordenado metido debajo de la gorra y un maquillaje excéntrico aplicado a una boca y a unos ojos que ya de por sí eran grandes. Llevaba en la solapa una placa identificatoria: bajo el emblema de la empresa estaba el nombre «Vera Tilley» y una fotografía de ella mirando la cámara mientras hacía un puchero descarado.

Ahora miraba a Pangborn y el solarium de la misma manera provocativa.

- Cuando esté preparada puede continuar - le dijo Pangborn -. Estoy ocupado por el momento.

- Ya veo. - La muchacha observó el conjunto de las pantallas, las inmensas ampliaciones de los ojos muertos de la actriz rodeados como un retablo electrónico por las partes cuantificadas del cuerpo en las pantallas menores. Echó una ojeada irónica a la acolchada silla anatómica de Pangborn y dijo: - ¿Está cómodo ahí arriba? ¿No puede hacer algo por ella? - Golpeteó con una uña sucia en el tablero de mandos del brazo de la silla. - Tiene botones suficientes para parar el mundo.

Sin prestarle atención, Pangborn hizo girar la silla y volvió a concentrarse en las pantallas. Durante la hora siguiente, mientras seguía analizando la secuencia de la ducha, no dejó de pensar en el intruso. Era evidente que ahora no había nadie oculto en el solarium, pero la presencia de ese visitante misterioso podía estar de algún modo relacionada con la extraña joven. Casi estaba dispuesto a creer que ella era un nuevo tipo de terrorista urbano.

Escuchó cómo se movía en la cocina, reparando el equipo y volviendo a poner las provisiones en los distribuidores automáticos de alimentos. De vez en cuando modulaba sus silbidos una nota irónica.

Cuando terminó de limpiar el baño regresó al solarium y se interpuso entre Pangborn y las pantallas. Pangborn le olió su propia colonia en las muñecas.

- Hora de apagar el sistema de vida asistida - dijo de buen humor -. ¿Puede sobrevivir cinco minutos sin aparatos?

Pangborn esperó impaciente mientras ella sacaba uno por uno los televisores de la pared y les afinaba los controles.

Mientras observaba a esa joven trabajando, arrodillada delante de él en la alfombra, se sintió extrañamente vulnerable. La respiración, las pantorrillas rollizas, la tosca vitalidad de ese cuerpo le hicieron desear que no fuese necesario el mantenimiento del solarium. Había sido célibe durante los últimos quince años, y esos sentimientos confusos lo perturbaban. Prefería las seguras realidades de las pantallas de los televisores a las ficciones incesantemente raras de la vida cotidiana. Al mismo tiempo Vera Tilley lo intrigaba. Volvió a pensar en el intruso.

- Hasta la semana próxima - dijo la muchacha mientras él le firmaba la planilla de trabajo. Ella cerró la maleta mirándolo con cierta preocupación -. ¿No se cansa nunca de ver esas viejas películas? Debería salir de vez en cuando. Si alguna vez lo necesita, mi hermano tiene un taxi.

Pangborn la despidió con un ademán, los ojos fijos en la imagen ampliada del suelo del baño y los extraños contornos de las mejillas de la actriz. Pero al abrirse la puerta gritó: - Oiga, quiero hacerle una pregunta... cuando usted llegó, ¿había alguien esperando afuera?

- Sólo si era invisible. - Desconcertada por el tono de Pangborn, deliberadamente casual, Vera Tilley sopesó la maleta en la mano robusta, como si fuera a sacar el destornillador y ajustarle el control de imagen excesivamente activo. - Aquí está usted solo, señor Pangborn. Quizá vio un fantasma...

Después que ella se fue Pangborn se recostó en la silla y recorrió los programas vespertinos de la televisión pública.

Con ese estilo chapucero, la muchacha había sintonizado mal la pantalla principal, moteada ahora por una interferencia intermitente, pero esta vez Pangborn consiguió no prestarle atención. Apagó el sonido y observó las docenas de programas que pasaban en silencio.

De nuevo, inconfundiblemente, volvió a sentir la presencia de alguien cerca. En el aire flotaba la voz tenue de otro ser humano, el rastro de un cuerpo desconocido. En el solarium había un olor raro pero no desagradable. Pangborn dejó las pantallas y recorrió con la silla de ruedas la habitación, inspeccionando la cocina, la sala y el baño. Veía que no había nadie en el solarium, pero al mismo tiempo estaba convencido de que alguien lo observaba.

La chica, Vera Tilley, lo había perturbado de un modo inesperado. Toda la experiencia de Pangborn, los años pasados delante de las pantallas de los televisores, no lo habían preparado ni siquiera para el más breve de los encuentros con una mujer verdadera. Lo que en otra época habría recibido el nombre de mundo «real», las tranquilas calles allá afuera, las propiedades privadas de cientos de solariums similares, no hacía ningún esfuerzo por inmiscuirse en su mundo privado, y nunca había sentido la necesidad de defenderse de él.

Al mirarse el cuerpo se dio cuenta de que había estado desnudo durante la visita de la muchacha. Bañado en la incesante luz del solarium, hacía años que había dejado de usar hasta el slip. Tan distantes y anónimas eran las mecánicas que habitualmente enviaba la empresa que no sentía pudor cuando ellas andaban cerca.

Pero Vera Tilley le hizo tomar conciencia de sí mismo por primera vez. Ella sin duda se había dado cuenta de cómo lo había excitado. Tratando de no pensar en ella, Pangborn enderezó el respaldo de la silla y se concentró en las pantallas de televisión que tenía delante. Tranquilizado por la luz cálida que le recorría el cuerpo bronceado, apagó los canales públicos y volvió al análisis de Psicosis. La geometría de la actriz desnuda desplomada en el suelo de la ducha, resultaba una inagotable fuente de interés, como la más abstracta de todas las músicas, y en unos pocos minutos pudo inclinar el respaldo de la silla: había olvidado a Vera Tilley y al misterioso intruso.

Durante los doce años que llevaba viviendo en el solarium Pangborn nunca había salido de la habitación inundada de luz, y últimamente casi ni siquiera había salido de la silla. En los breves minutos diarios que se veía obligado a pasar de pie en el baño se sentía extrañamente pesado e incómodo: su cuerpo era una desgarrada masa de musculatura superflua, suspendida en la débil armadura de sus huesos como por obra de un mal escultor. Recostado en la silla, le costó creer que la figura elegante y bronceada proyectada por la cámara monitor en las pantallas que tenía delante era el mismo inválido tembloroso que lo había mirado desde el espejo del baño. En lo posible, Pangborn no salía de la silla; se impulsaba hasta la cocina y se preparaba las comidas sentado, rehaciéndose de algún modo un pequeño mundo dentro del universo privado del solarium.

Ese ámbito esférico en el que parecía haber pasado toda la vida, dormido y despierto, le colmaba ahora todas las necesidades, tanto físicas como psicológicas. La habitación era al mismo tiempo gimnasio y dormitorio, biblioteca y lugar de trabajo (nominalmente Pangborn era crítico de televisión, virtualmente la única ocupación, fuera de la de ingeniero de mantenimiento, en una sociedad en la que todo lo demás lo hacían las máquinas). Instalados en la pared trasera del solarium había una serie de aparatos para hacer gimnasia que Pangborn utilizaba durante una media hora diaria sin bajarse de la silla.

El baño estaba también equipado con un gabinete especial que contenía una variedad de aparatos sexuales, pero hacía años que a Pangborn le repugnaba la idea de utilizarlos: lo comprometían de un modo demasiado perturbador con las realidades de su propio cuerpo. Sentía la misma resistencia hacia los programas de mantenimiento psicológico que a todo el mundo le aconsejaban poner en las pantallas de los televisores durante por lo menos una hora diaria: confrontaciones y reconciliaciones simuladas con los padres, tests de inteligencia y de personalidad, y toda una serie de juegos psicológicos, dramas de bolsillo en los que uno podía interpretar el papel protagónico.

Pero Pangborn pronto se había aburrido del limitado repertorio de esas charadas. La fantasía y la imaginación siempre habían desempeñado un papel muy poco importante en su vida, y sólo se sentía cómodo dentro de un marco de absoluto realismo. El solarium era un estudio de televisión totalmente equipado, en el que Pangborn era simultáneamente el protagonista, el guionista y el director de una interminable serie doméstica infinitamente más interesante que los programas que ofrecían los canales públicos. Los boletines de noticias se referían ahora de sus propios procesos corporales, el ritmo cardíaco nocturno, las curvas de su temperatura. Entre esas imágenes y el análisis de ciertos pasajes fundamentales contenidos en su filmoteca, parecía haber una relación profunda aunque misteriosa. La extraña geometría que presidía a la actriz metida en la ducha suministraba una clave de esa absoluta abstracción de sí mismo que había buscado desde la llegada al solarium, la construcción de un mundo formado totalmente con los materiales de su propia conciencia.

Durante los días siguientes, la creciente percepción del intruso que había entrado en el solarium interrumpió la paz mental de Pangborn. Al principio atribuyó sus sospechas a la llegada de Vera Tilley. Los cosméticos poderosamente perfumados que usaba la joven habían liberado un recuerdo reprimido de su madre y de su hermana, y de su breve y fracasado matrimonio. Pero mientras estaba recostado en la silla, analizando las

ampliaciones cada vez más grandes de la cara de la actriz apretada contra las baldosas del baño, volvió a sentir la presencia, allí detrás, de un visitante que nadie había invitado. Al bajar el sonido oía la respiración irregular, hasta algún suspiro, como si ese misterioso intruso se hubiese cansado de su vigilia secreta.

De vez en cuando Pangborn oía un crujido metálico a sus espaldas, la tensión de un arnés de cuero, y detectaba el tenue olor de otro cuerpo.

Dejando por una vez de prestar atención a las pantallas de televisión, Pangborn inició una cuidadosa inspección del solarium, comenzando por la sala y las alacenas de depósito.

Sacó las estanterías de cassettes, las cajas llenas de trajes que no usaba desde hacía diez años. Satisfecho de no encontrar ningún escondite en la sala, fue en la silla de ruedas al baño y a la cocina, registró el botiquín y la ducha, los estrechos espacios detrás del refrigerador y del horno. Se le ocurrió que el intruso podía ser un pequeño animal que se había metido en el solarium durante la visita de una de las limpiadoras. Pero mientras estaba allí inmóvil, en el silencio iluminado, oyó la respiración regular de un ser humano.

Para el momento de la segunda visita de Vera Tilley Pangborn estaba esperando en la puerta del solarium. Tenía la esperanza de vislumbrar a alguien haraganeando allí afuera, tal vez un cómplice del intruso. Ya sospechaba que podían ser miembros de una pandilla dedicada a manipular las encuestas de audiencia de la televisión.

- ¡Me está pisando, señor Pangborn! ¿Qué ocurre? ¿No quiere que venga hoy? - Empujando la puerta contra la silla de ruedas, Vera miró a Pangborn desde arriba. - En qué estado está usted.

Pangborn dio marcha atrás hasta el centro del solarium.

El maquillaje de la muchacha parecía menos exagerado, como si ella hubiese decidido mostrarle más de sí misma. De pronto, al darse cuenta de que estaba desnudo, Pangborn sintió que la piel le picaba incómodamente.

- ¿Vio a alguien afuera? ¿Esperando en un coche o mirando la puerta?

- Ya me preguntó eso mismo la semana pasada. - Sin hacer caso del estado de agitación de Pangborn, Vera abrió la caja de las herramientas y empezó a empalmar las partes de la aspiradora. - ¿Espera que venga alguien a quedarse?

- ¡No! - La idea lo asombró. Lo agotaba hasta la presencia de la joven. Recordó los ruidos de la respiración detrás de la silla, y trató de tranquilizarse. - Deje la limpieza para más tarde y eche un vistazo a las antenas. Creo que uno de los aparatos está sintonizando una extraña banda de sonido, tal vez del estudio de al lado.

Pangborn esperó mientras ella trabajaba en los televisores. Después la siguió por el solarium en la silla de ruedas, mirando como limpiaba el baño y la cocina. Espió entre las piernas de ella la ducha y el conducto de eliminación de residuos, confirmando por sí mismo que no había nadie escondido allí.

- Usted está completamente solo, señor Pangborn. Sólo están usted y las pantallas de televisión. - Vera lo miró preocupada mientras cerraba la maleta. - ¿Ha estado usted alguna vez en el zoológico, señor Pangborn?

- ¿Qué...? Hay programas de vida silvestre que veo a veces... - Pangborn esperó con impaciencia la partida de Vera, aliviado de poder seguir con su trabajo. Al observar la docena de pantallas de televisión, que la muchacha había sintonizado con milimétrica precisión, se convenció de pronto de que la idea del intruso había sido una ilusión generada por la perturbadora presencia de esa joven.

Pero sólo unos pocos minutos después de la partida de la muchacha Pangborn volvió a oír los sonidos del intruso a sus espaldas, y el ruido de la respiración del hombre, que ahora era más fuerte, como si hubiera decidido no ocultarle más su presencia a Pangborn.

Dominándose, Pangborn hizo un inventario del solarium. Una luz inmutable caía por las aberturas de vidrio en ese mundo sin sombras, bañando la habitación en un resplandor

casi submarino. Había estado viendo de nuevo un programa de películas dobladas: existía ahora un inmenso repertorio de clásicos adaptados, en los que ni el argumento ni el diálogo tenían nada que ver con los originales. Pangborn había estado mirando una versión coloreada y doblada de Casablanca, ahora una nueva película de enseñanza - en un curso de dirección de hoteles - sobre los escollos y las satisfacciones que ofrecía la explotación de un club nocturno en el extranjero. Sin prestar atención al diálogo trivial, Pangborn disfrutaba de la elegante dirección, para la que no pasaba el tiempo, cuando una falla en la pantalla principal comenzó a poner verdes las caras de los personajes.

Pangborn apagó las pantallas de la pared, e iba a llamar a la empresa de mantenimiento cuando oyó con nitidez los sonidos de una respiración. Se quedó inmóvil en la silla, escuchando el ritmo característico del aliento humano. Como si se hubiera dado cuenta de que Pangborn lo estaba escuchando, el intruso comenzó a respirar más pesadamente: la respiración áspera y profunda de un hombre asustado.

Fríamente, Pangborn siguió dándole la espalda al intruso, que estaba escondido en la sala o en el cuarto de baño. No sólo oía sino que olía el miedo de ese hombre, el olor vagamente conocido que había notado la semana anterior.

Por algún motivo estaba casi seguro de que el hombre no tenía intención de atacarlo, y que sólo estaba tratando de escapar del solarium. Quizá era un exhausto fugitivo de un acto de justicia errónea, un paciente mental encarcelado sin razón.

Durante el resto de la tarde Pangborn simuló mirar las defectuosas pantallas de televisión mientras planeaba sistemáticamente un método para enfrentar al intruso. Ante todo necesitaba establecer la identidad del hombre. Encendió la cámara monitor que inspeccionaba el solarium y la programó para que recorriese continuamente el baño, la cocina y la sala.

Luego Pangborn se dedicó a preparar una serie de trampas.

Abrió la cerradura del botiquín del baño, marcando las posiciones de la crema antiséptica y los apósitos. Luego de una cena deliberadamente temprana dejó intactos un pequeño bistec y un cuenco de ensalada. Puso una nueva pastilla de jabón en la bandeja de la ducha y esparció una fina nube de talco en la alfombra del baño.

Satisfecho, regresó a las pantallas de televisión y se quedó despierto a medias hasta la madrugada, escuchando esa débil respiración a sus espaldas mientras llevaba a cabo su interminable análisis de la secuencia del crimen en Psicosis.

La muda e inmaculada unión de la piel de la actriz con los blancos azulejos del baño, ampliada en un enorme primer plano, contenía las fórmulas secretas que unían en alguna parte a su propio cuerpo con la tela blanca y el cromo suave de su cama anatómica.

Cuando despertó a la mañana siguiente volvió a oír la respiración del intruso, tan descansada que ese misterioso visitante parecía parte de la vida cotidiana en el solarium.

Desde luego, y tal como Pangborn esperaba, todas las modestas trampas habían funcionado. El hombre se había lavado las manos con la nueva pastilla de jabón, faltaba parte del bistec y de la ensalada, en el talco del cuarto de baño se veía la marca de una extraña pisada.

Pangborn miró la huella, perturbado por esa prueba tangible de que no estaba solo en el solarium. El pie del hombre era casi del tamaño del suyo, con el mismo dedo gordo excesivamente grande y explorador. Había algo en esa similitud que le produjo un arrebató de exasperación. Tuvo una repentina sensación de desafío, provocada por ese sentimiento de identidad con el hombre.

Esa estrecha relación con el intruso se intensificó cuando Pangborn descubrió que el hombre había sacado un libro de su biblioteca: el texto casi inhallable del diálogo original de El tercer hombre, ahora un cuento aleccionador sobre los peligros de la barrera de los idiomas preparado por la autoridad turística mundial. Pangborn hojeó las páginas del guión, casi con la esperanza de encontrar otra pista de la identidad del hombre. Volvió a

colocar con cuidado el libro en el estante. Esos primeros indicios de la naturaleza del intruso - los gustos literarios compartidos, la forma de los pies, los sonidos de la respiración y los olores corporales - lo intrigaban y lo provocaban.

Mientras pasaba a alta velocidad las horas de película que había grabado la cámara del solarium, pescaba lo que parecían imágenes fugaces del intruso: el destello de un codo detrás de la puerta del baño, un hombro enmarcado contra el botiquín, la parte posterior de una cabeza en la sala.

Pangborn miró esas ampliaciones, poniéndolas al lado de las imágenes de Psicosis, los sistemas de dos geometrías paralelas pero coincidentes.

El duelo entre ellos, nunca explícito pero civilizado, continuó durante los días siguientes. A veces Pangborn sentía que era parte de un ménage a deux. La verdad era que cocinaba para ambos; por fortuna, el intruso aprobaba sus gustos en cuanto al vino, y a veces reforzaba la noche con pequeñas cantidades del brandy de Pangborn. Sobre todo coincidían en los gustos intelectuales: el interés por el cine, por la pintura abstracta, y por la arquitectura de grandes estructuras. En realidad, Pangborn casi los veía compartiendo abiertamente el solarium, embarcándose juntos en el rechazo del mundo y en la exploración de sus individualidades absolutas, su tiempo y espacio únicos.

Tanto más amargas fueron entonces las reacciones de Pangborn cuando descubrió que el intruso había intentado asesinarlo.

Demasiado aturdido para tomar el teléfono y llamar a la policía, Pangborn se quedó mirando el frasco de tabletas somníferas. Escuchó la débil respiración que venía de algún sitio a sus espaldas y que ahora sonaba todavía más baja, como si el intruso estuviese conteniendo el aliento, esperando la respuesta de Pangborn.

Diez minutos antes, mientras tomaba el café de la mañana, Pangborn había empezado pasando por alto el gusto ligeramente acre, probablemente una nueva especia o conservador. Pero después de unos pocos sorbos más casi había sentido náuseas. Vacío la taza con cuidado en el lavabo y descubrió los restos medio disueltos de una docena de cápsulas plásticas.

Pangborn fue al botiquín y abrió el frasco de las tabletas somníferas, ahora vacío. Escuchó la tenue respiración en el solarium. En algún momento, mientras él estaba de espaldas, el intruso le había deslizado todo el contenido en el café.

Se obligó a vomitar en el lavabo, pero todavía sentía náuseas cuando llegó Vera una hora más tarde.

- Parece que está harto - dijo ella, muy alegre. Miró los libros desparramados por todas partes y movió la cabeza con aprobación -. Veo que ha estado leyendo otra vez.

- Le voy a prestar algunos libros a un amigo - Pangborn dio marcha atrás con la silla, apartándose de la muchacha que andaba por toda la habitación con la maleta. Bajo el asiento de la silla empuñaba el mango de un cuchillo de cocina.

Mirando el maquillaje excesivamente brillante y los ojos cándidos de Vera costaba creer que estuviese confabulada con el intruso. Al mismo tiempo se sorprendía de que ella no oyese los ruidos obvios de esa respiración. Pangborn volvió a asombrarse de la agilidad del hombre, de su habilidad para pasar de un extremo del solarium al otro sin dejar más que unos pocos fragmentos de su presencia en la película del monitor. Suponía que el hombre había encontrado un escondite seguro, tal vez en un pozo de servicio que Pangborn no conocía.

- ¡Señor Pangborn! ¿Está usted despierto?

Pangborn se reanimó con esfuerzo. Levantó la mirada y encontró a Vera arrodillada delante de él. Ella se había echado el gorro hacia atrás y le estaba sacudiendo las rodillas. Pangborn buscó el mango del cuchillo.

- Señor Pangborn... todas esas píldoras que hay en el baño. ¿Qué hacen ahí?

Pangborn hizo un ademán vago. Preocupado solamente por encontrar un arma, se había olvidado de deshacerse de las cápsulas.

- Se me cayó la botella en el lavabo... tenga cuidado de no cortarse las manos.

- Señor Pangborn... - Confundida, Vera se levantó y se acomodó el gorro. Miró con desaprobación las inmensas ampliaciones de Psicosis que aparecían en las pantallas de los televisores, y los borrosos fragmentos de un hombro y de un codo grabados por la cámara del solarium. - Es como un rompecabezas. ¿Quién es? ¿Usted?

- Otra persona... un amigo que vino a visitarme.

- Ya me parecía... esto está todo revuelto. La cocina...

¿Ha pensado alguna vez en casarse, señor Pangborn?

Ella miró fijamente, sabiendo que ella estaba siendo deliberadamente coqueta, tratando de perturbarlo por su propio bien. Su piel comenzó otra vez a gritar.

- Debería salir de aquí con más frecuencia - le decía ella, sensatamente -. Visite a su amigo. ¿Quiere que venga yo mañana? Me queda en camino. Sé que sus antenas necesitan un ajuste.

Pangborn pasó por delante de ella marcha atrás, vigilando el baño y la cocina. Vera vaciló antes de irse, buscando un pretexto para quedarse algún tiempo más. Pangborn estaba seguro de que esa amistosa cabeza de chorlito no era cómplice del intruso, pero si él divulgaba la presencia del hombre, y no digamos el intento de asesinato, ella probablemente se aterroraría y tal vez provocaría un franco ataque homicida.

Dominando su mal genio, esperó hasta que se fue la muchacha. Pero pronto se olvidó de sus iras cuando atentaron por segunda vez contra su vida.

Como para el primer ataque, Pangborn notó que el método elegido era tan tortuoso como torpe. Ya fuese porque estaba semiadormecido por las píldoras somníferas, o por puro alarde físico, no sentía pánico, sino una serena decisión de derrotar al intruso en su propio juego. Entre ellos se desarrollaba un complejo duelo, cuyo curso fragmentario se exhibía en las pantallas en una alargada serie de ampliaciones gigantescas: sus propias manos sospechosas a poca distancia de la cámara, el hombro anguloso del intruso perfilado contra la puerta de la cocina, hasta un pedazo de una oreja reflejado en el espejo del botiquín. Sentado en la silla, comparando partes de ese rompecabezas visual con los elementos de la secuencia de la ducha en Psicosis, Pangborn sabía que tarde o temprano armaría una imagen completa del intruso.

Mientras tanto, la presencia del hombre se hizo todavía más evidente. El olor de ese cuerpo llenaba el solarium e impregnaba las toallas del baño. Se servía abiertamente la comida del refrigerador, desparramando pizcas de ensalada en el piso. Incansable, Pangborn mantuvo su vigilancia día y noche, tratando de librarse de los efectos de las píldoras somníferas. Tan decidido estaba a vencer al intruso que dio por sentado que el agua del tanque del baño había sido contaminada con lejía. Luego, en la cocina, mientras se lavaba la urticante piel de la cara con agua mineral, oyó la vanidosa respiración del intruso, que celebraba otro pequeño engaño.

Más tarde, esa noche, mientras estaba amodorrado ante las pantallas de televisión, despertó sobresaltado sintiendo en la cara el aliento caliente del intruso. Alarmado, miró a su alrededor en la luz vacilante y encontró el cuchillo de cocina en la alfombra y una pequeña herida en la rodilla derecha.

Por primera vez un olor pestilente saturaba el solarium, una desagradable mezcla de desinfectante, excremento y rabia física, como la atmósfera de un establecimiento psiquiátrico mal atendido.

A punto de vomitar sobre la alfombra, al lado de la silla, Pangborn dio la espalda a las pantallas de televisión.

Empuñando el cuchillo de cocina con el brazo extendido delante del cuerpo, fue hacia la sala. Abrió la cerradura de la puerta principal, y esperó a que el aire nocturno invadiese el solarium. Dejando la puerta abierta, fue en la silla de ruedas hasta el teléfono, al lado de las pantallas.

Mientras sostenía en las manos el cable cortado, oyó que la puerta de la sala se cerraba silenciosamente. Así que el intruso había decidido irse, retirándose del duelo aunque ahora Pangborn no podía comunicarse con el mundo exterior.

Pangborn miró las pantallas, lamentando no poder completar nunca el rompecabezas. El olor pestilente seguía flotando en el aire, y Pangborn decidió tomar una ducha antes de salir a llamar desde la casa de algún vecino.

Pero al entrar en el baño vio claramente las rayas de sangre en la cortina de la ducha. La corrió y reconoció el cuerpo de la joven mecánica tendida boca abajo en el suelo embaldosado, y las posturas conocidas que él había analizado en mil ampliaciones.

Asombrado por la serena expresión de los ojos de Vera, como si la muchacha hubiera sabido perfectamente qué papel le adjudicaban, Pangborn fue marcha atrás hasta el solarium.

Empuñó el cuchillo, sintiendo las heridas de ella en el dolor de la pierna, y percibiendo de nuevo, a su alrededor, esa respiración profunda.

Ahora, en esa fase final, todo estaba en primer plano.

Después de filmar la posición del cuerpo de la muchacha con la cámara portátil - la película sería una prueba esencial para los investigadores policiales -, Pangborn se sentó delante de la pared de pantallas. Tenía la certeza de que estaba a punto de producirse el último enfrentamiento entre él y el intruso. Esperó el ataque con el cuchillo en la mano.

Los sonidos del solarium parecían amplificados, y oía cómo bombeaban esos pulmones, y sentía que ese pulso aterrorizado tamborileaba llegando por el suelo y subiendo hasta los brazos de la silla.

Pangborn esperó la llegada del intruso sin apartar la mirada de la pantalla, ante la cámara monitor que lo enfocaba directamente. Miró los enormes primeros planos de su propio cuerpo, de la actriz de cine tendida en el suelo del baño, y de la desparramada figura de Vera enredada en las cortinas blancas de la ducha. Mientras ajustaba los controles, buscando una definición cada vez mayor de esas zonas de azulejo y carne, Pangborn sintió que pasaba de la rabia a un deseo casi sexual de la muerte del intruso, el primer impulso erótico que conocía desde que había empezado a mirar esas pantallas de televisión hacía tantos años. El olor del cuerpo de ese hombre, su ritmo cardíaco y su respiración caliente parecían avanzar hacia un clímax orgásmico. El choque, cuando ocurriese en los minutos siguientes, sería una cópula, y le proporcionaría al fin la clave que necesitaba.

Empuñando el cuchillo, Pangborn miró las pantallas cada vez más blancas, rectángulos anónimos de piel lisa que formaban un cielo fragmentado. En algún sitio, entre ellos, persistían los elementos de la figura humana, un nexo residual de contornos y texturas en el que Pangborn percibió finalmente el inconfundible perfil de la cara del desconocido.

La mirada clavada en las pantallas, esperó a que el hombre lo tocara, convencido de que había hipnotizado al intruso con esas imágenes obsesivas. No sentía enemistad hacia el hombre, y sabía ahora que en esos años que había pasado en el solarium se había apartado tanto de la realidad exterior que hasta él mismo se había transformado en un extraño. Los olores y los sonidos que tanto lo asqueaban pertenecían a su propio cuerpo. Desde el principio, el intruso del solarium había sido él mismo. En su búsqueda de paz absoluta había encontrado un último obstáculo limitativo: el impertinente hecho de su propia conciencia. Sin eso se fundiría para siempre en el universo del infinito primer plano. Lamentaba lo de la muchacha, pero era ella quien lo había provocado y llevado a sentir ese asco de sí mismo.

Ansiando ahora fundirse con el cielo blanco de la pantalla, encontrar esa muerte en la que se libraría para siempre de sí mismo, de la mente y el cuerpo tan molestos, alzó el cuchillo y se apuntó alegremente al corazón.

UNIDAD DE CUIDADOS INTENSIVOS

Dentro de unos pocos minutos comenzará el próximo ataque.

Ahora que por primera vez me rodean todos los miembros de mi familia parece muy indicado que se realice una grabación completa de un hecho tan único. Aquí tendido - pudiendo apenas respirar, la boca llena de sangre y cada temblor de mis manos reflejado en el atento ojo de la cámara que está a dos metros de distancia -, comprendo que a muchos les parecerá curioso el tema que he elegido. Esta película será, en todos los sentidos, el producto último del cine doméstico, y sólo espero que quien lo vea reciba una idea del inmenso afecto que siento por mi esposa, y por mi hijo y mi hija, y del afecto que ellos, a su manera única, sienten por mí.

Ha pasado media hora desde la explosión, y en esta sala antes tan elegante reina el silencio. Yo estoy tendido en el suelo, al lado del sofá, mirando la cámara instalada fuera de mi alcance en el cielo raso, sobre mi cabeza. En esta inquietante calma, interrumpida sólo por la suave respiración de mi esposa y por el movimiento irregular de mi hijo sobre la alfombra, veo que casi todo lo que he armado con tanto cariño durante los últimos años ha sido destruido. Mi Sévres está en la chimenea, roto en mil pedazos, los rollos de Hokusai perforados en una docena de sitios. Pero a pesar del extenso daño todavía se puede reconocer a esta escena como la escena de una reunión familiar, aunque de características un tanto especiales.

Mi hijo David se agazapa a los pies de la madre y apoya la barbilla en la alfombra persa despedazada; una serie de manchas, las huellas que ha dejado con las manos, señala su lento avance. De tanto en tanto, cuando levanta la cabeza, veo que sigue vivo. Sus ojos me miran, calculando la distancia que nos separa y el tiempo que tardará en llegar a mí. Su hermana Karen está a poco más de un brazo de distancia, tendida al lado de la caída lámpara de pie entre el sofá y la chimenea, pero no le presta atención. A pesar del miedo, siento que me colma de orgullo el hecho de que haya dejado a la madre y haya emprendido ese inmenso viaje hasta mí. Preferiría, por su propio bien, que se quedase quieto y conservase las pocas fuerzas y tiempo que le quedan, pero avanza con toda la determinación que puede mostrar su cuerpo de siete años.

Mi esposa Margaret, sentada en el sillón que mira hacia donde estoy yo, levanta la mano como para hacer una confusa advertencia y luego la deja caer fláccidamente en el embadurnado apoyabrazo color damasco. Distorsionada por la mancha de lápiz labial, la breve sonrisa que me otorga podría parecerle irónica y hasta amenazadora al espectador casual de esta película, pero yo simplemente vuelvo a quedar impresionado por su notable belleza. Mientras la miro, aliviado de que probablemente no vuelva a levantarse nunca más del sillón, pienso en nuestro primer encuentro diez años atrás, también, como ahora, bajo la mirada benévola de la cámara de televisión.

La idea insólita, por no decir ilícita, de encontrarme efectivamente en persona con mi mujer y con mis hijos se me había ocurrido tres meses antes, durante uno de nuestros prolongados desayunos familiares. Desde los primeros días de nuestro matrimonio las mañanas de domingo siempre habían sido especialmente gratas. Estaban los placeres del desayuno en la cama, de comentar los periódicos y todo lo que había ocurrido durante la semana. Después de sintonizar nuestro canal privado, Margaret y yo hacíamos el amor, celebrando la profunda paz de nuestros lechos conyugales. Luego llamábamos a los niños y mirábamos como jugaban en sus cuartos, y quizá los sorprendíamos con la promesa de una visita al parque o al circo.

Todas esas actividades, desde luego, al igual que nuestra propia vida familiar, se las debíamos a la televisión. En esa época ni yo ni nadie había soñado con la posibilidad de

encontrarse con otro personalmente. En realidad existían todavía, aunque casi nunca se las invocaba, ordenanzas antiquísimas que lo impedían: encontrarse cara a cara con otro ser humano era un delito punible (ante todo, y por razones que entonces no pude entender, encontrarse con un miembro de la propia familia, tal vez como parte de un antiguo sistema de tabúes de incesto). Mi propia crianza, mi educación y mi ejercicio de la medicina, mi noviazgo con Margaret y nuestro feliz matrimonio, todo ocurrió dentro del generoso rectángulo de la pantalla del televisor.

Naturalmente, de la inseminación de Margaret se ocupó AID y, como todos los niños, el único contacto que David y Karen tuvieron con su madre fue durante su breve vida uterina.

Eso, no hace falta decirlo, enriquecía inmensamente, en todo sentido, la experiencia humana. De niño me había criado en el jardín de infantes del hospital, ahorrándome así todos los peligros psicológicos de una vida familiar físicamente íntima (para no mencionar los riesgos, estéticos y no estéticos, de una higiene doméstica compartida). Pero lejos de estar aislado, me encontraba rodeado de compañía. En la televisión nunca estaba solo. En mi cuarto me entretenía durante horas jugando alegremente con mis padres, que me miraban desde la comodidad de sus casas y alimentaban mi pantalla con un sinnúmero de juegos de video, dibujos animados, documentales sobre la vida silvestre y seriales de sagas familiares que en conjunto me abrieron el mundo.

Mis cinco años de estudiante de medicina pasaron sin que necesitase nunca ver a un paciente en persona. Adquirí mi experiencia sobre anatomía y fisiología en la pantalla del ordenador. Técnicas avanzadas de diagnóstico y de cirugía eliminaban toda necesidad de contacto directo con una enfermedad orgánica. La cámara, con sus exploradores de rayos infrarrojos y de rayos X, sus instrumentos de diagnóstico computerizados, descubrían mucho más que cualquier ojo humano solo.

Quizá yo fuese especialmente experto en el manejo de esos complejos teclados y sistemas - una sensibilidad en la punta de los dedos que era el equivalente moderno de las habilidades operatorias del cirujano clásico - pero al llegar a los treinta años ya ejercía la medicina clínica con notable prosperidad. Liberados de la necesidad de visitar mi quirófano en persona, mis pacientes simplemente discaban el número de mi pantalla de televisión. La selección de esas llamadas que recibía - el tacto para despedirme de un ama de casa menopáusica y atender a continuación a un niño disentérico, sin olvidarme de recibir por separado la consulta de los angustiados padres - demandaba una considerable dosis de talento, ante todo porque los propios pacientes compartían esas habilidades. Por lo general los pacientes más neuróticos los superaban ampliamente, presentándose con técnicas de montaje desarticulado, efectos agresivos de cámaras y pantallas de imagen múltiple que iban mucho más allá de los peores excesos del cine experimental.

Mi primer encuentro con Margaret tuvo lugar cuando ella me llamó durante una atareada mañana de operaciones. Al echar una mirada a lo que todavía se conocía con nostalgia como «sala de espera» - la muestra visual donde se proyectaban breves perfiles fílmicos de los pacientes del día - habría comúnmente postergado para el día siguiente a cualquier paciente que se hubiese presentado sin una cita. Pero me sentí inmediatamente impresionado, primero por la edad de esa joven - parecía andar cerca de los treinta - y luego por su notable palidez. Bajo un pelo rubio cortado casi al rape, los ojos pocos brillantes y la boca delgada ocupaban un rostro casi ceniciento. Comprendí que, a diferencia de lo que ocurría conmigo y con todos los demás, ella no usaba maquillaje para las cámaras. Eso explicaba tanto sus fríos tonos cutáneos como su apariencia poco juvenil: en la televisión, gracias al maquillaje, se habían desterrado para siempre las crueles divisiones cronológicas, y todo el mundo tenía veintidós años, fuera cual fuese su edad verdadera.

Debe haber sido esa ausencia de maquillaje lo que sembró la idea de conocer a Margaret en persona, una idea que florecería diez años más tarde con consecuencias tan devastadoras. Intrigado por su apariencia inclasificable, deseché a los otros pacientes e inicié nuestra consulta. Me dijo que era masajista, y luego de un preámbulo cortés me planteó su problema. Hacía meses que andaba preocupada por un pequeño bulto en el pecho izquierdo que, sospechaba, podía ser canceroso.

Ensayé una respuesta tranquilizadora, y le dije que la examinaría. En ese momento, sin advertencia, se inclinó hacia adelante, desabotonó la camisa y mostró el pecho.

Sobresaltado, miré ese órgano inmenso, de por lo menos sesenta centímetros de diámetro, que ocupaba toda la pantalla de mi televisor. Un código casi victoriano de ética visual gobernaba la relación médico/paciente, lo mismo que todo otro vínculo social. Ningún médico veía jamás a sus pacientes desnudos, y el sitio de cualquier dolencia íntima era siempre indicado por el paciente mediante diagramas. Hasta entre las parejas casadas la exposición parcial de los cuerpos era una relativa rareza, y los órganos sexuales permanecían velados detrás de los filtros más vaporosos, o se aludía a ellos tímidamente mediante el intercambio de dibujos. Desde luego, funcionaba un canal pornográfico clandestino, y prostitutas de ambos sexos ofrecían su mercadería, pero ni siquiera las más caras aparecerían en vivo, sino que se cambiaban por una tira de película pregrabada que las mostraba en el momento del clímax.

Esas admirables convenciones eliminaban todos los peligros del enredo personal, y esa liberadora ausencia de afecto permitía a todos los que así lo desearan explorar el espectro más completo de posibilidades sexuales, y preparaba el terreno para el día en que todos pudiesen disfrutar sin culpa de las perversidades y hasta de las psicopatologías sexuales.

Mientras miraba el pecho y el pezón enormes, con sus geometrías inexorables, decidí que la mejor manera de tratar a esa joven de franqueza tan excéntrica era pasar por alto el hecho de que se hubiese apartado de la convención. Después que el examen infrarrojo confirmó que el nódulo que se sospechaba canceroso era en realidad un quiste benigno se abotonó la camisa y dijo: - Es un alivio. Llámeme, doctor, si alguna vez necesita un curso de masajes. Me encantaría devolverle el favor.

Aunque ella todavía me intrigaba, yo ya iba a pasar los créditos dando por concluida esa extraña consulta cuando su oferta casual anidó en mi cabeza. Curioso por verla de nuevo, arreglé una entrevista para la semana siguiente.

Sin darme cuenta, yo ya había empezado a cortejar a esa joven insólita. La noche de la cita casi sospeché que era una especie de prostituta novicia. Sin embargo, mientras estaba tendido en el canapé de mi sauna, discretamente vestido, manipulando mi cuerpo según las instrucciones de Margaret, no hubo el menor indicio de lascivia. Durante las noches siguientes nunca detecté un solo rastro de conciencia sexual, aunque a veces, mientras hacíamos juntos los ejercicios, mostrábamos al otro bastante más de nuestros cuerpos que muchas parejas casadas. Margaret, comprendí, era una mujer impúdica, una de esas raras personas sin sentido de la timidez y con poca conciencia de las emociones lujuriosas que pueden despertar en los demás.

Nuestro cortejo entró en una fase más formal. Comenzamos a salir juntos... quiero decir que compartíamos las mismas películas en la televisión, visitábamos los mismos teatros y las mismas salas de concierto, mirábamos las mismas comidas preparadas en restaurantes, todo dentro de la comodidad de nuestras respectivas casas. En realidad, a esa altura yo no tenía la menor idea de dónde vivía Margaret, si a diez o a mil kilómetros de donde yo estaba. Disimuladamente al principio, intercambiamos viejas películas de nosotros mismos, de la infancia y de la escuela, de nuestros sitios de temporada favoritos en el extranjero.

Seis meses más tarde nos casamos, en una espléndida ceremonia realizada en la capilla más exclusiva de los estudios. Asistieron más de doscientos invitados, y condujo la

ceremonia un sacerdote famoso por su dominio de la técnica de la pantalla de imagen múltiple. Se proyectaron contra el interior de una catedral películas pregrabadas de Margaret y de mí tomadas por separado en nuestras propias salas de estar, y se nos mostró caminando juntos por un inmenso pasillo.

Para la luna de miel fuimos a Venecia. Compartimos con alegría las vistas panorámicas de las multitudes en la Plaza San Marcos, y miramos los Tintoretos en la Escuela de la Academia. Nuestra noche de bodas fue un triunfo del arte de la dirección de cámaras. Acostados en nuestras respectivas camas (Margaret estaba en realidad unos cincuenta kilómetros al sur de donde estaba yo, en un complejo de enormes edificios de departamentos), cortejé a Margaret con una serie de movimientos de cámara cada vez más atrevidos, que ella contestaba de un modo dulcemente provocativo disolviendo y borrando tímidamente la imagen. Cuando nos desvestimos y nos mostramos el uno al otro las pantallas se fundieron en un último y amnésico primer plano...

Desde el principio hicimos una hermosa pareja, compartiendo todos nuestros intereses, pasando más tiempo juntos en la pantalla que ninguna pareja conocida. A su debido tiempo, mediante AID, fue concebida y nació Karen, y poco después de su segundo cumpleaños en el jardín de infantes residencial se le agregó David.

Siguieron otros siete años de felicidad doméstica.

Durante ese período me labré una notable reputación como pediatra de ideas avanzadas por mi defensa de la vida familiar: esa unidad fundamental, como yo decía, de cuidados intensivos. Insistía reiteradamente en que se instalasen más cámaras en las casas de integrantes de familias, y provoqué una vigorosa polémica al sugerir que las familias debían bañarse juntas, andar desnudas sin vergüenza por sus respectivos dormitorios, y hasta que los padres deberían asistir (aunque no en primer plano) al nacimiento de sus hijos.

Fue durante un agradable desayuno familiar compartido que se me ocurrió la extraordinaria idea que cambiaría tan dramáticamente nuestras vidas. Yo miraba la imagen de Margaret en la pantalla, disfrutando de la belleza de la máscara cosmética que usaba ahora; esa máscara, que se volvía más gruesa y más trabajada a medida que pasaban los años, la hacía parecer cada vez más joven. Yo gozaba de la manera elegantemente estilizada en que nos presentábamos ahora al otro: por fortuna habíamos pasado de la seriedad de Bergman y de los amaneramientos fáciles de Fellini y Hitchcock a la serenidad clásica y a la sutileza de René Clair y Max Ophüls, aunque los niños, con su pasión por la cámara de mano, se parecían a otras tantas miniaturas de Godard.

Recordando la manera brusca en que Margaret se me había mostrado la primera vez, comprendí que la prolongación lógica de esa franqueza - sobre la que yo efectivamente había edificado mi carrera - era que todos nos encontrásemos en persona. Durante toda mi vida, reflexioné, yo nunca había visto, y mucho menos tocado, otro ser humano. ¿Quiénes mejor, para empezar, que mi propia mujer e hijos?

Le propuse la idea a Margaret con vacilación, y me encantó que aceptase.

- ¡Qué idea extraña, y maravillosa! ¿Por qué diablos no se le habrá ocurrido a nadie antes?

Decidimos instantáneamente que la arcaica prohibición de encontrarse con otro ser humano sólo merecía que no se le hiciese caso.

Desdichadamente, por razones que no entendí en el momento, nuestro primer encuentro no fue un éxito. Para no confundir a los niños, limitamos deliberadamente el primer encuentro a nosotros dos. Recuerdo los días de espera mientras hacíamos los preparativos para el viaje de Margaret, una empresa bastante complicada dado que la gente casi nunca viajaba si no era a la velocidad de la señal de televisión.

Una hora antes que ella llegase desconecté las complejas precauciones de seguridad que sellaban mi casa protegiéndola del mundo exterior, las señales de alarma electrónicas, las rejas de acero y las puertas herméticas.

Por fin sonó el timbre. Desde la puerta interior de la sala de entrada solté los pestillos magnéticos de la puerta principal. Unos segundos más tarde entró en la sala la figura de una mujer pequeña, de hombros estrechos. Aunque estaba a más de ocho metros de distancia la vi con claridad, pero casi no logré darme cuenta de que ésa era la mujer con la que había estado casado durante diez años.

Ninguno de nosotros llevaba maquillaje. Sin la máscara cosmética, el rostro de Margaret parecía pálido y enfermizo, y los movimientos de sus manos blancas eran nerviosos e inseguros. Me impresionó lo avanzado de su edad y, ante todo, su pequeñez. Durante años había conocido a Margaret como un inmenso primer plano en una u otra de las enormes pantallas de televisión de la casa. Hasta en las tomas de cierta distancia solía ser más grande que esa mujer encorvada y diminuta que vacilaba en el extremo de la sala. Me costaba creer que alguna vez me hubiesen excitado esos pechos vacíos y esos muslos estrechos.

Avergonzados el uno del otro, nos quedamos sin hablar en los dos extremos de la sala. Sabía por la expresión de Margaret que ella estaba tan sorprendida de mi aspecto como yo del de ella. Por añadidura, había en su mirada un aire curiosamente penetrante, un elemento casi de hostilidad que yo no había visto nunca antes.

Sin pensar, busqué con la mano el picaporte de la puerta interior. Margaret ya había regresado a la entrada, como si temiera que yo fuese a encerrarla para siempre en la sala.

Antes que yo pudiese hablarle ella había dado media vuelta y desaparecido.

Después que ella se fue probé con cuidado las cerraduras de la puerta principal. Alrededor de la entrada flotaba un olor suave y no del todo agradable.

Luego de ese primer encuentro frustrado Margaret y yo volvimos a la pacífica felicidad de la vida conyugal. Tanto me alivió verla en la pantalla que me costó creer que de verdad nos habíamos encontrado. Ninguno de los dos habló del desastre, ni de las desagradables emociones que nuestro breve encuentro había inspirado.

Durante los días siguientes reflexioné dolorosamente sobre la experiencia. Lejos de unirnos, el encuentro nos había separado. Ahora sabía que la auténtica proximidad era la proximidad de la televisión: la intimidad de la lente que nos acercaba, el micrófono de corbata, el mismo primer plano.

En la pantalla del televisor no había olores corporales ni respiración forzada, no había contracciones de la pupila ni reflejos faciales, no había juicios mutuos sobre las emociones ni superioridades, no había desconfianza ni inseguridad. El afecto y la compasión exigían distancia. Sólo a la distancia podía uno encontrar esa verdadera cercanía con otro ser humano que, con buena voluntad, quizá llegase a transformarse en amor.

Sin embargo, arreglamos un inevitable segundo encuentro.

Todavía no entiendo por qué lo hicimos, pero a ambos parecían empujarnos esos mismos motivos de curiosidad y desconfianza que aparentemente más temíamos. Hablando todo tranquilamente con Margaret me enteré de que ella había sentido hacia mí la misma aversión que yo había sentido hacia ella, la misma oscura hostilidad.

Decidimos que al siguiente encuentro llevaríamos a los niños, y que usaríamos todos maquillaje e imitaríamos lo más fielmente posible nuestro comportamiento de la pantalla. Así que tres meses más tarde Margaret y yo, David y Karen, esa unidad de cuidados intensivos, nos juntamos por primera vez en mi sala de estar.

Karen se está moviendo. Ha girado sobre el soporte de la lámpara de pie y ahora tengo su cuerpo de frente, sobre la alfombra manchada de sangre, tan desnudo como cuando se desvistió delante de mí. Ese acto provocativo, quizá destinado a despertar alguna fantasía incestuosa enterrada en la mente del padre, desató la explosión de violencia que nos ha dejado ensangrentados y exhaustos en las ruinas de mi sala de estar. A pesar de las heridas que tiene en el cuerpo, las magulladuras que le deforman los pechos diminutos, me recuerda la Olympia de Manet, tal vez pintada unas horas después de la visita de un cliente psicótico.

Margaret también observa a su hija. Sentada, inclinada hacia adelante, enfrenta a Karen con una mirada que es a la vez posesiva y amenazadora. Fuera de una breve embestida a mis testículos, no me ha prestado atención. Por algún motivo las dos mujeres se han elegido mutuamente como blanco principal, así como David ha volcado toda su hostilidad sobre mí. No esperaba que tuviese las tijeras en la mano la primera vez que lo abofeteé. Ahora lo tengo a sólo unos pocos centímetros de distancia, dispuesto a lanzar el ataque final.

Por alguna causa pareció indignarlo especialmente la exhibición de ositos de felpa que había montado para él con tanto cuidado, y por todo el piso se ven jirones de esos animales despedazados.

Afortunadamente ahora puedo respirar con un poco más de libertad. Muevo la cabeza para observar la cámara del cielo raso y a mis concombatientes. En conjunto presentamos un aspecto grotesco. El grueso maquillaje de televisión que todos decidimos usar se ha disuelto formando una serie de extravagantes máscaras de carnaval.

De todos modos estamos juntos al fin, y mi afecto hacia ellos supera esos pequeños problemas de acomodamiento mutuo.

En cuanto llegaron, la magulladura en la cabeza de mi hijo y los oídos sangrantes de mi mujer denunciaron el estallido de una refriega potencialmente mortal. Sabía que sería un tiempo de prueba. Pero al menos estamos empezando, sentando modestamente la posibilidad de una nueva clase de vida familiar.

Todo el mundo respira con más fuerza, y no hay duda de que el ataque comenzará dentro de un minuto. Veo las tijeras ensangrentadas en la mano de mi hijo, y recuerdo el dolor de cuando me las clavó. Me acomodo contra el sofá, preparado para patearlo en la cara. En el brazo derecho quizá tengo fuerzas suficientes para vérmelas con quien sobreviva del enfrentamiento final entre mi mujer y mi hija. Sonriéndoles cariñosamente, con la rabia espesándome la sangre en la garganta, sólo soy consciente de mis sentimientos de infinito amor.

FIN